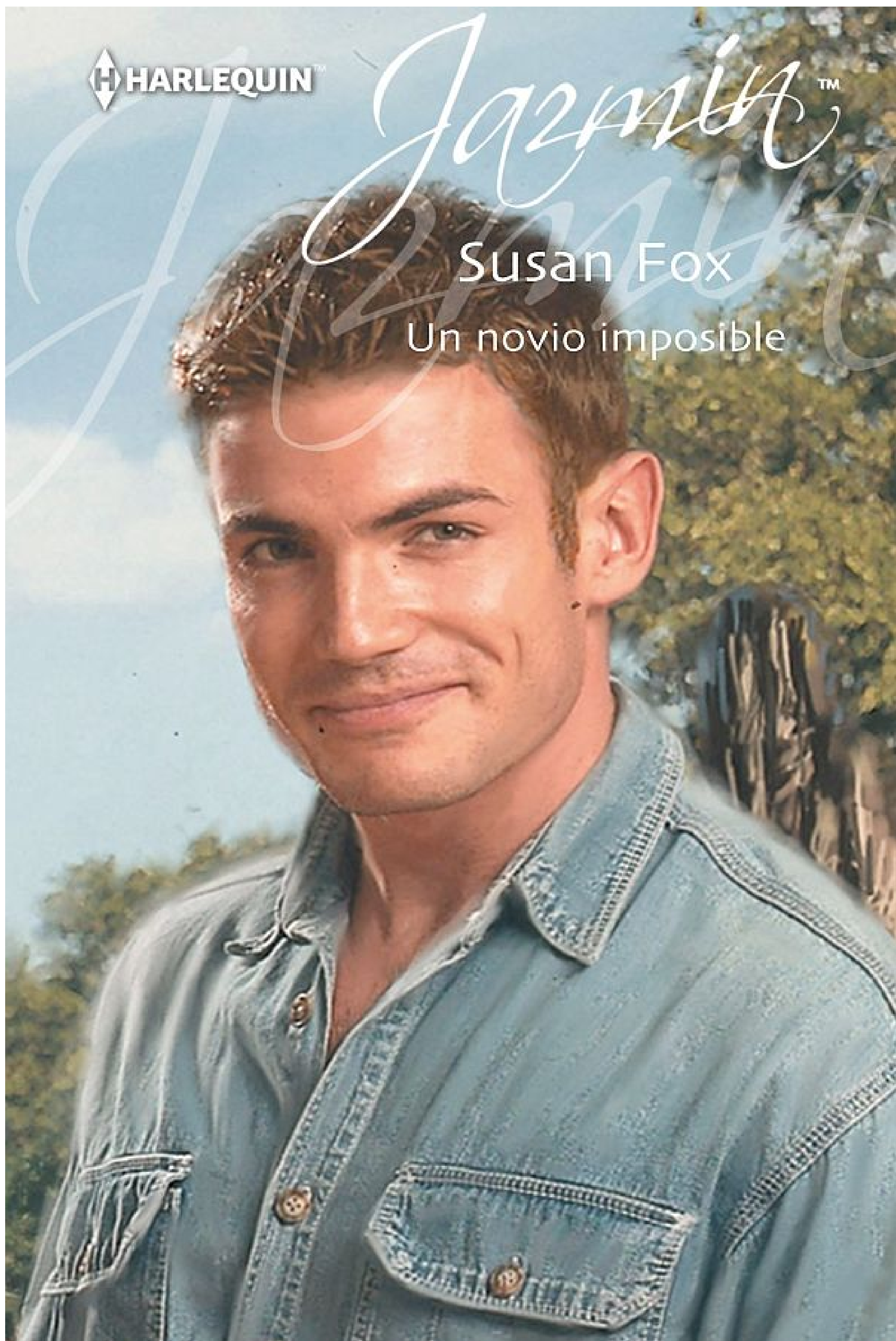

HARLEQUIN
Jazmín
Susan Fox
Un novio imposible

Lorna Farrell tenía dos deseos en la vida: tener la familia que le había faltado de niña y que Mitch Ellery jamás se enterara de que estaba enamorada de él. El magnate era el único hombre en el mundo con el que jamás podría estar, pero también era el único que podía ayudarla a encontrar a su familia…

El dilema se hizo aún más difícil cuando se vio inmersa en un falso compromiso con Mitch. Si huía, lo perdería todo; pero cuanto más tiempo pasaba junto a él, más lo deseaba… y más parecía que él sentía lo mismo por ella. ¡Si al menos pudiera confesarle sus secretos!



Susan Fox

Un novio imposible

Jazmín - 1743

ePub r1.0
LDS 30.11.16

Título original: *Her forbidden bridegroom*
Susan Fox, 2002
Traducción: Ana Belén Fletes Valera
Publicado originalmente: Mills and Boon Tender Romance (MTR) - 148 / Harlequin Romance (HR) - 3717
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Lorna Farrell nunca olvidaría la última vez que había visto a Mitch Ellery. Tenía diecinueve años. Cinco años después, el recuerdo de aquel terrible día seguía vivo, como suspendido en el tiempo, ardiendo lentamente en su corazón como si se hubiera repetido una y otra vez.

La certeza de que podría encontrarse con ese hombre cara a cara había reavivado el recuerdo. Lorna se limpió discretamente el sudor frío que perlaba su frente, con manos temblorosas. No era la primera vez que se enfrentaba a una situación traumática y sabía qué hacer para mantenerse fuerte y sobrevivir. Sin embargo, esta vez, tendría que enfrentarse al desastre sabiendo que se lo merecía. Su sentido de la responsabilidad era demasiado exigente en ella para permitirla ignorar la pesada carga de la culpa, de ahí su miedo y el temblor de sus manos.

Miró con cautela a la joven morena que estaba junto a ella en el ascensor. Apenas tres años menor, Kendra Jackson era totalmente inconsciente de la angustia de Lorna. Mientras subían al vigésimo piso del edificio San Antonio, Lorna se dedicó a estudiar el hermoso perfil de Kendra. La emoción la embargaba, pero continuó mirándola, alerta en caso de percibir que su escrutinio había sido descubierto. Puede que esos momentos con Kendra, fueran los últimos que compartieran.

En cuanto Mitch Ellery se enterara de la amistad tan estrecha que mantenía con su hermanastra, se lo diría a su jefe, si no a la policía, y el trabajo que tanto esfuerzo le había costado encontrar, no sólo se esfumaría, sino que reduciría a cero las posibilidades de encontrar otro.

Kendra Jackson era en ese momento, la prometida del jefe de Lorna, John Owen; la joven que había conseguido burlar la distancia que Lorna había marcado, a base de su persistencia, hasta el extremo de que John Owen había puesto a Lorna a su disposición para todo lo que pudiera necesitar. Kendra había dado la impresión de buscar en Lorna a su confidente, y ésta había caído en la trampa.

El hecho de que Kendra se hubiera apropiado de su tiempo y atención, era algo que Lorna había guardado celosamente para sí.

Kendra Jackson era una mujer joven demasiado feliz y despreocupada, en fin, enamorada, y demasiado desconocedora de los secretos e intenciones egoístas de los demás, para ser consciente de que la eficiente señorita Farrell, cuyo tiempo y atención había monopolizado, resultaba ser su medio hermana.

Y ahí estaba la razón de la culpa que angustiaba a Lorna. Había sabido lo de esa hermana en el mismo momento en que escuchó su nombre seis meses atrás. Para luego verla entrar en la oficina poco después cuando fue a comer con su futuro prometido; y había sido una completa tortura porque Lorna nunca dejaría que su hermana supiera quién era ella. La madre de ambas no había querido saber nada de la hija que había tenido fuera del matrimonio, y, no sólo lo había dejado muy claro ella personalmente cinco años antes, sino que había enviado a su hijastro, Mitch Ellery, a buscar a Lorna y dejarle aún más claras sus intenciones.

Al principio, usó cierto tacto para entregarle el mensaje, pero el brillo de sus ojos oscuros y la dureza de sus rasgos faciales habían conseguido que un discurso tranquilo tuviera sobre ella el impacto de un mazazo. Para Mitch Ellery no había significado nada que Lorna se hubiera asombrado tanto como su madre cuando se encontraron en aquel restaurante donde estaba comiendo con él y con el padre de éste.

Lorna se había quedado tan intimidada con la llegada repentina de Mitch a su apartamento que lo que se le ocurrió para defenderse fue decirle la verdad: que su amigo no tenía mala intención cuando arregló el encuentro, pero fue una insensatez, y había quedado tan sorprendida como su propia madre. Lorna se había quedado mirando la dura expresión de los ojos oscuros mientras le juraba que, por nada del mundo, querría ella desobedecer el deseo de su madre y menos acercándose en público de esa forma.

La explicación y la sincera disculpa de Lorna tampoco le importaron demasiado a Mitch Ellery. La había acusado sin rodeos de estar mintiendo, no sólo en lo de las buenas intenciones de la persona que había arreglado el encuentro, sino también al sugerir que podía ser realmente la hija de Doris Ellery. Mitch Ellery dijo además que la propia estabilidad mental de su madrastra estaba en

juego, quien la había acusado de oportunista inepta que utilizaba un cruel alegato para extorsionar a una familia rica. Terminó amenazándola con informar a la policía si volvían a tener noticias de ella.

Lorna había quedado destrozada con esas palabras, por la seguridad de que su propia madre parecía negar haber tenido una hija fuera del matrimonio a la que había abandonado muchos años atrás, pero que además la acusaba de ser una mentirosa, algo que la mortificaba.

No era que Lorna fuera poco comprensiva ante la difícil situación que vivió su madre. Doris Jackson Ellery debía tener unos dieciséis años cuando nació el bebé. Sin duda las circunstancias de un embarazo tan joven y el hecho de dar al bebé en adopción debió ser muy duro para ella, y Lorna entendía perfectamente que su madre pretendiera olvidar aquella parte de su vida.

Sin embargo, Doris se había casado con el padre de Kendra dos años después de haber dado en adopción a aquel primer bebé y muchos años después se casó con Jake Ellery, un hombre bastante mayor que ella, perteneciente a una escala social alta, en la que la noticia de un embarazo adolescente y el haber dado al bebé en adopción, habría sido un gran escándalo. Y como era un asunto que había mantenido en secreto ante los Ellery, ahora todos debían pensar que la revelación era una traición.

La familia Ellery tenía mucho peso en el negocio del petróleo, y mantener su impecable reputación era primordial. Kendra era un fiel ejemplo de ello, una joven educada en la más estricta moral tradicional para comportarse de una manera respetable. Lorna era consciente de la importancia que tenía la respetabilidad, y tener una reputación impecable sin tacha moral alguna que se pudiera imputar, significaba mucho para ella. Pero todo eso se podía venir abajo, su respetabilidad quedaría por los suelos y su maravilloso trabajo le sería arrebatado. ¿De qué otra forma podría entender Mitch Ellery aquella situación que ella misma había permitido que continuara porque quería mantener su trabajo y al mismo tiempo no quería herir los sentimientos de Kendra?

Una sola mirada a Lorna bastaría para dejarle claro que la señorita Farrell de la que había oído hablar era Lorna Farrell. Aquella Lorna Farrell a la que consideraba una oportunista y una

mentirosa, la Lorna Farrell a quien había amenazado con denunciar a la policía.

Justo en ese momento, Kendra giró la cabeza y Lorna desvió la mirada. El ascensor se detuvo.

—Lorna, ¿por qué estás temblando? —preguntó la joven, tomándola del brazo—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Simplemente, me salté la comida y me siento débil.

—¿Por qué no me lo dijiste? —continuó Kendra, realmente preocupada por ella, lo cual hizo que sintiera un vuelco al corazón—. Podríamos haber tomado algo juntas.

—No tenía hambre, y sigo sin tenerla —contestó Lorna, obligándose a sonreír a su medio hermana—. Tú también has tenido días de estos alguna vez, ¿verdad? Con los nervios de la boda y los preparativos, ¿no has olvidado alguna vez que tenías que comer y te has sentido débil?

Kendra seguía preocupada por Lorna y ésta se sintió conmovida por el gesto.

—¿Estás segura? Últimamente has estado trabajando mucho y además yo te he tenido corriendo de un lado a otro. Tal vez deberías tomarte un par de días libres. Has hecho horas extra más que suficientes…

—Soy feliz trabajando y me gustan los retos. Tendré todo el fin de semana para descansar y recargar las pilas, pero… —Lorna se detuvo mientras se dirigían hacia la puerta de su oficina—… ahora necesito volver al trabajo. Tu prometido me ha dado un montón de correspondencia que tiene que estar lista antes de las cinco de esta tarde. No te preocupes. Tengo una manzana en el cajón.

—De acuerdo —contestó Kendra, sonriendo, sus rasgos algo menos tensos que antes—. Gracias por tu ayuda, y no trabajes tanto.

—Trabajar duro es bueno para la mente —contestó Lorna, entrando en su oficina, y al hacerlo apretó el brazo de su hermana. No sólo era un agradecimiento mudo por su preocupación por ella, sino una necesidad física de darse el capricho de hacerlo porque pudiera ser la última vez.

Si tan sólo pudiera pensar en alguna tarea que la llevara fuera del edificio para retrasar lo inevitable… Tal vez todavía pudiera contactar con el señor Ellery en privado, confesarle lo que había

hecho y expresarle su dilema. Tal vez se lo tomara mejor que enterándose por sorpresa. Seguía preguntándose por qué no lo había hecho meses antes, por qué no habría recobrado la sensatez antes de dejar que las cosas llegaran tan lejos.

Lorna miraba al frente mientras caminaba cuando se dio cuenta de la presencia de un hombre corpulento que se estaba levantando lentamente de uno de los sofás de la sala de espera que había frente a su escritorio. Kendra lo vio también en ese momento.

—Mitch. ¡Has llegado pronto! Siento tanto que hayas tenido que esperar —dijo Kendra, y se dirigió a su hermanastro en cuanto lo vio, adelantando a Lorna, que, de pronto, había sentido que las piernas le fallaban ante la visión de aquel hombre alto y fuerte, cuya sombría mirada se clavó en ella como afilada cuchilla.

El terror la invadió, pero trató concienzudamente de desviar la vista y se dirigió con calma hacia su sitio. No deseaba que aquello fuera una presentación formal, pero por la forma en que Kendra la había informado de la visita diez minutos antes, sabía que sus posibilidades eran nulas. Lo único que podía hacer era protegerse detrás de su postura distante que sólo Kendra y algunos amigos íntimos habían conseguido atravesar.

Lorna no había hecho nada más que dejar su bolso en el cajón y encendido su ordenador, cuando Kendra la llamó.

—¿Lorna?

Ésta se giró en su dirección forzándose a sonreír mientras su hermana se dirigía hacia el escritorio con Mitch Ellery a su lado, y Lorna dio la vuelta a la mesa para enfrentarse a la temida presentación.

—Éste es mi hermanastro, Mitch Ellery —comenzó Kendra, y Lorna llevó entonces su mirada hacia los fieros ojos del hombre—. Mitch, ésta es Lorna Farrell.

El corazón de Lorna dio un brinco y comenzó a latir desbocado, esperando el desastre. No dejaba de pensar que alargar su mano hacia Mitch Ellery era como meterse en la boca del lobo, y se sentía desfallecer. Pero entonces, él alargó su mano hacia ella; una mano fuerte y encallecida que podría haberle partido la suya con un simple apretón, pero que la sacudió ligeramente.

Igual que la otra vez años atrás, iba vestido con un traje negro y unas botas de color oscuras, mates. El traje concordaba con su

calidad de millonario, pero su mano encallecida, aquellas botas y el abrigo que había dejado en el sofá dejaban claro que además de un magnate del petróleo, era un ranchero, acostumbrado a montar a caballo y a ensuciar y maltratar sus manos.

Los segundos parecían horas mientras estrechaban las manos, sin quitarse la vista de encima y el tacto provocaba en ella unos sentimientos que la hacían temblar en lo más profundo de su ser.

La voz de Mitch era mesurada y su acento muy pronunciado.

—Es un placer, señorita Farrell —dijo él, asiendo con un poco más de fuerza la mano de Lorna, lo suficiente para hacer que ésta se atragantara.

—En… encantada de conocerlo, señor Ellery. La señorita Jackson siempre habla con gran simpatía de usted.

«¿Con gran simpatía?». Se sintió mortificada por sus palabras. La sombría mirada de Mitch pareció llamear y a continuación la rabia que mostraban sus rasgos de acero se dulcificaron. Lorna continuó mirándolo a los ojos, buscando una pizca de piedad. Puede que la mirada pareciera dispuesta a concederle el indulto, pero sabía que sería mejor aceptarlo como algo pasajero. Le resultaba obvio que en presencia de Kendra, Mitch Ellery no se enfrentaría abiertamente con ella. Eso significaba que la vigilaría, igual que la otra vez años atrás, pero esta vez su encuentro terminaría de otra manera. Su decisión de no rechazar a Kendra y de no abandonar su trabajo se lo aseguraban. En ese momento, la dulce voz de Kendra la sacó de su ensimismamiento.

—Dios mío. Éste debe haber sido uno de los apretones de manos más largos de la historia.

Lorna hizo ademán de soltar la mano de Mitch rápidamente, pero los dedos de éste se tensaron forzándola a una separación más lenta. La joven Kendra debió pensar que les costaba separarse, como si fueran dos personas que se atrajeran intensamente que sólo dejarían de tocarse porque la buena educación los obligaba a hacerlo.

Lorna no podía mirar a su hermana porque era consciente de lo que estaba pensando. En vez de ello, se contentó con cruzar los brazos a modo de protección intentando que la acción pareciera natural.

—Si me disculpan, tengo que volver al trabajo —dijo Lorna.

Todo terminó rápidamente, aunque le pareció que fueron horas lo que tardó Kendra en entrar en el despacho de John Owen seguida por su hermanastro, para, escasos minutos después, volver a salir con Mitch y despedirse de ella antes de salir al pasillo.

Lorna no pudo recuperar la calma hasta que no oyó las puertas del ascensor cerrándose. Y una vez recobrada la compostura se dedicó a borrar todas las letras sin sentido que había escrito en el ordenador.

Decidida a ocupar su todavía exaltada mente en algo, tomó las notas que su jefe le había dictado y trató de ponerse a trabajar en ellas. Le costaba mucho concentrarse, y le llevó una eternidad conseguir centrarse lo suficiente como para empezar a despachar la correspondencia. Diez minutos antes de las cinco, estaba toda hecha y firmada y su jefe se había marchado a casa.

Lorna se quedó un rato más en la oficina para terminar de organizar varias cosas. No sabía lo que las siguientes horas le depararían. Había posibilidades de que ya no tuviera que ir a trabajar el lunes siguiente o tal vez todo se limitara a una ausencia temporal. Todo dependería de lo que Mitch Ellery decidiera hacer y si cumpliría su amenaza de denunciarla a la policía, y entonces ya nunca tendría posibilidad de ocuparse de nada.

En cuanto terminó lo que tenía pendiente, guardó algunos efectos personales en su bolso. Echó una última mirada a la oficina, tomó el correo que echaría en el buzón al salir, y se fue dejándolo todo apagado.

Era un alivio que la mayoría de la gente hubiera salido ya de trabajar, así no tendría que seguir poniendo cara amable a nadie más que al guarda de seguridad. Pero una vez fuera del edificio, su corazón empezó a latir con fuerza mientras se dirigía a su coche, pensando que Mitch Ellery estaría en ese momento esperándola en su apartamento. No tenía sentido esperar que le concediera un indulto, ni siquiera un retraso de lo inevitable. La espera se hacía insoportable, realmente. Hacía meses que tenía que habérselo contado todo a Mitch Ellery pero no lo había hecho por razones egoístas.

Gracias a Kendra, Lorna había conocido el valor de una familia, lo que tanto había deseado cuando era pequeña, que para ella era lo más sagrado del mundo, y no le había importado aceptarlo a pesar

de su alto precio.

Sin embargo, había llegado el momento de pagar por los pequeños tesoros de los que había disfrutado, en la moneda que Mitch Ellery dispusiera, aunque sabía que el pago la destrozaría, lo haría rápidamente, porque se sabía culpable, y por tanto no podía quejarse.

Hizo todo el camino hasta llegar a su apartamento nerviosa, buscando por los alrededores algún coche que no le resultara familiar. Mientras cruzaba el seto para llegar al portal, pudo oír el portero automático que sonaba, y no había hecho nada más que llegar a su apartamento cuando tocaron a la puerta. Lorna se asustó, hasta que se dio cuenta de que la llamada le resultaba familiar, y abrió la puerta.

Melanie Parker, su mejor amiga, la saludó con una amplia sonrisa que se esfumó rápidamente al ver la cara de Lorna.

—¿Te ocurre algo?

—Me alegra que hayas venido. Tengo que pedirte un favor —contestó Lorna, dando un suspiro de alivio al ver a su amiga—. ¿Recuerdas a Mitch Ellery? —le preguntó, el portero automático sonó de nuevo.

—Oh, no Lorna. ¿Qué podemos hacer? —Mellie se mostró alarmada.

Lorna tenía ganas de llorar. Aunque Melanie sabía que se había permitido pasar todo ese tiempo con su hermana, siempre la había advertido del peligro que corría, y Lorna había decidido no hacer caso a los avisos, porque Melanie, más que nadie, la entendía. Melanie por tanto sabía, igual que Lorna, lo que la llegada de Mitch significaba.

—Si sube —dijo Lorna, con voz temblorosa—, me gustaría que te cerciores de que todo va bien. Bastará con una simple llamada, no hace falta que vengas hasta aquí.

—¿Crees que te haría daño? —preguntó Melanie, asustada ante las palabras de Lorna.

Dios, no lo había pensado, pero dudaba que se pusiera tan violento. Negó con la cabeza.

—Está muy enfadado, pero no creo que me hiciera daño. Probablemente estoy sacando las cosas de quicio.

El portero automático volvió a sonar y Lorna se apresuró a sacar

a Melanie al pasillo.

—No puedo hacerlo esperar, Mel. Por favor, llámame en… veinte minutos —continuó Lorna.

—¿Tanto?

—Veinte minutos —repitió Lorna, tratando de sonreír, repentinamente culpable por preocupar de esa forma a su amiga—. Estaré bien.

Melanie asintió con la cabeza, aunque no parecía estar muy convencida, y se dirigió a su apartamento al otro lado del pasillo. Lorna cerró la puerta y contestó a la llamada del portero. Con un poco de suerte no sería Mitch Ellery.

—¿Si? —contestó con voz suave aunque forzada.

—¿Es el apartamento de la derecha? —contestó Mitch cortante, que había reconocido la voz de Lorna. Pero ni un saludo, ni identificación alguna ni la petición de subir a la casa. Nada. Lo único que lo detuvo antes de cargar contra ella como un toro salvaje era la necesidad de asegurarse de que lo hacía en el apartamento correcto.

Por otro lado, la seguridad del edificio no era muy estricta. Podía haber esperado hasta que entrara algún otro vecino y colarse. El hecho de que no lo hubiera hecho demostraba, al menos, que era un hombre honesto con cierto sentido del decoro.

Lorna dudó un segundo y finalmente abrió la puerta. Entonces se sintió aterrorizada. Antes de que pudiera reaccionar, Mitch había subido las escaleras y sus pasos resonaban por el pasillo. La cadencia de sus pesadas botas le confirmaban que estaba realmente enfadado y que iba a descargar contra ella. El sonido incesante de los pasos que se acercaban, la asustaba más y más.

Pensó que sus nervios no aguantarían el sonido del golpeteo en la puerta, así es que se adelantó a abrir la puerta.

Al ver a Lorna Farrell de pie en la puerta tan remilgada, Mitch sintió la misma rigidez que había sentido esa tarde en el despacho de John Owen.

Lorna Farrell era delgada y menuda. Su pelo oscuro y brillante, en una melena hasta los hombros, enmarcaba unos ojos grandes de un azul intenso, y los rasgos faciales eran finos y delicados, dignos de una belleza renacentista. El parecido entre ella y Kendra era realmente asombroso.

Los cinco años transcurridos desde su último encuentro habían suavizado esos rasgos otorgándole una belleza excepcional. La miraba y le parecía que tenía un estilo refinado y el porte de una reina. Sin duda el parecido con Kendra era en ese momento mucho más patente que cinco años atrás. Debía ser por ese motivo que estaba intentando un nuevo acercamiento a Doris. Mitch podría haberle dado algo de margen en caso de haber intentado contactar con Doris de nuevo. Su madrastra había terminado confesando que había dado un bebé en adopción muchos años atrás, pero negaba la posibilidad de que Lorna Farrell fuera ese bebé. Un simple análisis de sangre frustraría el nuevo intento de la señorita Farrell. Comprobaría lo rápidamente que sería considerada una mentirosa si osaba ponerla en evidencia.

Pero en vez de dirigirse directamente a Doris, se las había arreglado para colarse en la vida de Kendra. Y sólo por eso, Lorna le parecía una persona débil. En las últimas horas, había descubierto que Lorna trabajaba para John Owen mucho antes de que Kendra se convirtiese en su prometida, pero de nada le serviría haber intimado con Kendra.

Kendra era una joven dulce y muy ingenua, decidida, algo consentida, pero ajena a la maldad debido al optimismo y la generosidad propias de la juventud. Todavía no había aprendido que el mundo estaba lleno de mentirosos y oportunistas. Todavía no había conocido la amarga realidad donde hay gente celosa de lo ajeno que haría lo que fuera por pasar por encima de uno, o esa otra gente avariciosa que, creyéndola tonta, tratarían de quedarse con lo suyo.

Por la hábil forma en que se había entrometido hasta ganarse la confianza de Kendra, Mitch Ellery la consideraba de la segunda clase, y, aunque él creyera que su hermana tenía que madurar y conocer la vida real, estaba decidido a que Lorna Farrell no fuera la encargada de «enseñársela».

Ninguno de los dos se dirigió la palabra, mientras Mitch entraba en el apartamento. Lorna había mejorado mucho económicamente en esos cinco años. Su casa actual estaba pintada de un blanco brillante, decorada con buen gusto, a pesar de que los muebles eran de segunda mano. Le gustaba el color y los detalles interesantes, como una curiosa caricatura de un pony desgarbado de largas

pestañas, delante de una librería antigua llena de libros de distinta encuadernación.

El sofá de color gris era de pana y estaba cubierto de cojines tejidos a mano, un tanto pasados de moda, aunque colocados con gracia. También había unas cuantas pinturas baratas pero bonitas, y se notaba el gusto de Lorna por las mesas de tonos oscuros con delicadas patas. En el comedor había un jarrón con unas flores de seda de colores alegres, y todo lo que veía estaba perfectamente limpio. Nada estaba fuera de su sitio. ¿Era el tipo de mujer que acaba de salir al mundo y aprecia que las cosas tienen que recibir un cuidado? ¿Tal vez era el tipo de mujer oportunista a la que le gustaban las cosas bonitas y con ese cuidado sumamente diligente quería demostrar no sólo el deseo de posesiones materiales, sino además el apetito voraz por tener más y más cosas?

Dado que no se fiaba de ella, rechazó la primera posibilidad. Ni siquiera se molestó en quitarse el abrigo, aunque era de buena educación hacerlo si se entraba en un lugar cerrado, no mostró la más mínima intención de rendirle cortesía. Escuchó la voz temblorosa de la joven y le lanzó una hosca mirada.

—¿Quiere sentarse, señor Ellery? ¿Le apetece beber algo?

El hombre vio cómo el color desaparecía de las mejillas de la joven y notó el temblor que trataba de controlar, pero sus hombros se movían bajo la chaqueta.

—Ésta no es una visita de cortesía, señorita Farrell. No se moleste en ser amable conmigo.

Y al decir eso, vio que el color desapareció por completo de las mejillas de ella, confirmándole que la tenía completamente intimidada igual que años atrás, y que sería fácil manejarla. Mitch Ellery se llevó la mano al pecho, frunciendo un poco el ceño al ver el miedo de ella, y metió los dedos en el bolsillo de su chaqueta para sacar por fin un cheque, y se lo ofreció para que pudiera ver la cantidad.

Los ojos azules de Lorna descendieron a la cifra que marcaba, pero no sabía muy bien si sorprenderse o sentirse dolida.

—Notifique a John Owen que en los quince días estipulados dejará el trabajo —continuó él, con brusquedad examinado su reacción—. Tendrá suficiente con este dinero hasta que encuentre otro trabajo. Si abandona la ciudad para encontrar otro empleo, le

daré el doble. Durante los próximos cinco años, le haré llegar a través de mi abogado un cheque, cada año, por el doble de esta cantidad. Uno por cada año que esté lejos de Kendra.

Mitch se detuvo porque le pareció que Lorna se iba a desmayar, pero se endureció aún más su corazón ante el espectáculo que estaba improvisando. Seguro que la vista de semejante cantidad podría calmar sus ansias de riqueza durante una temporada. Así es que continuó con su discurso.

—Después de esos cinco años, el trato llegará a su fin. Todas las transacciones habrán quedado apuntadas en un libro, así es que si trata de acercarse a Kendra de nuevo, tendremos prueba suficiente para llevarla a los tribunales por extorsión.

—¿Cómo se atreve? —preguntó ella.

Las palabras se le atragantaron y la mirada extraviada de Lorna se cruzó con la de Mitch. Ella había permanecido en pie ante él hasta ese momento, pero ya no tenía fuerzas para seguir. Mitch bajó la mano que sostenía el cheque y lo dejó sobre una mesa con un gesto de desprecio.

—¿Cómo se atreve usted, señorita Farrell? Aprovecharse de un parecido que no tenía hace cinco años para colarse en la vida de una niña. Usted no es lo que perdió Doris Ellery hace tiempo. Si le dice una sola palabra a Kendra, presentaremos cargos contra usted ante los tribunales, pediremos pruebas sanguíneas, y cuando obtengamos el resultado que prueba que usted no tiene nada que ver con ella, la arrestarán y la meterán en la cárcel.

Se detuvo para dar un golpe de efecto a sus palabras. El rostro de Lorna estaba colorado y estaba temblando de nuevo. Él continuó con el mismo tono áspero en la voz.

—Le estoy dando la oportunidad de elegir una vida feliz, señorita Farrell. Tome el dinero y váyase. Es usted bonita, obviamente inteligente y con buen gusto. Encontrará a algún viejo rico con quien casarse.

—Fuera de mi casa —la voz le temblaba tanto que no podía articular palabra.

—No estoy bromeando, querida, y es lo suficientemente inteligente como para saber que lo cumpliré.

—Fuera de mi casa.

Lorna dio un énfasis especial esa vez. No importaba lo tonta que

hubiera sido, ni que hubiera permitido que su relación con Kendra avanzase tanto; ella no tenía por qué tolerar aquello. El señor Ellery, todo decoro y buenas maneras estaba intentando intimidarla, y ella se sentía tan ultrajada que creía iba a perder el sentido. La vista se le empezó a llenar de puntitos negros y el cuerpo le ardía de indignación.

Mitch Ellery seguía allí como una columna de granito, sin aparente intención de marcharse. La hostilidad que irradiaba de él era tan intimidatoria que la hacía sentir más dolida y más furiosa.

Casi deseaba que le hubiera dado una paliza. Incluso eso habría sido mejor que sentirse tan insultada, por no mencionar la amenaza de aquel hombre muchísimo más grande que ella. Pero estaba indefensa contra eso. No le cabía duda de que no le faltaban ganas y además poseía los medios para demandarla por extorsión, aunque ella moriría antes que robarle a alguien.

Mitch Ellery era un bravucón pero, de repente, nada de eso importaba; no importaba porque las emociones de los últimos meses, habían despertado las viejas heridas y el horror a esa confrontación le había dejado el cuerpo paralizado.

A todo eso se le unió que casi no había comido nada en todo el día y poco a poco empezó a sentir que le fallaba el control y cada vez veía más puntos negros. Llena de pánico trató de alcanzar una silla pero, no había dado más que un paso cuando notó el movimiento de Mitch y todo se volvió negro.

Mitch había dudado en ayudar a Lorna porque pensó que estaba simulando el desmayo, y para cuando la quiso tomar en brazos era demasiado tarde y aunque la agarró de un brazo, no pudo evitar que se hiciera un rasguño en la sien al chocar con la mesita. La levantó del suelo en brazos y la depositó en el sofá. Una marca sonrosada apareció en la sien derecha que amenazaba con hincharse. Mitch estaba estupefacto. Lorna ni siquiera se había quejado al golpearse, y mientras Mitch palpaba con cuidado la piel alrededor de chichón, tampoco daba muestras de la más mínima reacción.

¡Qué diablos! No se había golpeado tan fuerte como para sufrir una conmoción, así es que se había desmayado de verdad, no estaba disimulando. Una extraña sensación de culpa lo invadió, y llevado del remordimiento tomó las pequeñas manos de Lorna y las

acarició.

—Señorita Farrell, uno de los dos va a enfadarse mucho si no vuelve inmediatamente en sí —gruñó.

Mitch dio unos golpecitos en el dorso de la mano inmóvil y al no recibir ninguna reacción hizo lo mismo en las pálidas mejillas. Los párpados seguían cerrados e inmóviles también, y fue entonces cuando se sintió de nuevo preocupado.

Dejó la mano en el pecho con sumo cuidado, y se levantó para buscar el cuarto de baño. Una vez allí, tomó una toalla del estante y la humedeció con agua fría. Volvió al salón con la toalla. Los párpados parecían empezar a moverse un poco, así es que se sentó junto a ella y rozó las mejillas con la toalla húmeda. Al contacto frío Lorna giró la cabeza.

Mitch se dio cuenta entonces de que había vuelto a tomarle las manos, y que ella respondía asiéndose débilmente.

—Vamos, señorita, vuelva en sí —dijo él, con una voz suave que le sorprendió a sí mismo.

Tal vez fuera remordimiento lo que sentía o tal vez fuera simplemente la compasión que se siente hacia cualquier criatura herida, lo que había causado esa ternura inusual en él. Aunque también podía ser el nítido parecido de Lorna con su hermanastra. Fuera cual fuera la razón, sentir cualquier tipo de ternura hacia Lorna Farrell no era lo que hubiera debido sentir. Y cuando la joven dejó escapar otro sonido de protesta y sacó la otra mano para rechazar la toalla húmeda, Mitch se sintió como un bruto, pero la dejó apoyar su pequeña mano en su pecho mientras presionaba con la toalla la herida de la sien. Ella dio un salto ante la presión y trató de desviar la cabeza.

—Estése quieta.

El tono que empleó era más duro de lo que había deseado y se horrorizó al ver que las lágrimas pugnaban por salir de los ojos de Lorna. Se forzó a emplear un tono más delicado.

—Déjeme que le cure esto, señorita —continuó.

El hecho de que empleara un tono más tierno la dejó bastante asombrada, y respondió quedándose quieta. Los húmedos párpados se abrieron mostrando unos ojos azules que lo miraban, llenos de desconfianza. Mitch pudo ver el miedo en esos ojos azules, mientras permanecía inmóvil, temiendo hacer el más leve movimiento.

La culpa volvió a incomodarlo, y rehuyó la mirada escudriñadora de ella, pero luego volvió a mirarla para decirle que no era su intención hacerla daño.

—Parece como si se hubiera desmayado de horror. Se golpeó con la mesa baja antes de que pudiera evitarlo.

Los ojos azules traslucían la confusión, pero la desconfianza también brillaba. El orgullo propio de Mitch lo hizo atragantarse cuando le pidió disculpas en un tono quedo. Incapaz de sostenerle la mirada a la mujer, quitó la toalla húmeda e inspeccionó la herida.

—Le pondré un poco de hielo. —La suave negativa de ella lo hizo detenerse y mirarla.

—Tiene que marcharse —dijo ella finalmente.

A pesar de su miedo, se estaba recuperando. La negativa lo molestó por el sentido de la responsabilidad que le habían inculcado.

—No lo haré hasta que me asegure de que está bien.

—No necesito su ayuda —replicó ella.

—¿Cómo lo sabe? ¿Suele caer redonda al suelo todos los días?

—Nunca me desmayo.

Mitch inició un conato de risa sobresaltándola. Sus ojos volvieron a mostrar el cansancio, pero Mitch no pareció darse cuenta de esta reacción y se inclinó hacia ella para dar más énfasis a sus palabras.

—Bueno, pues parece que esta vez sí se ha desmayado, señorita Farrell. Escríbalo en su agenda.

—No he… he comido en todo el día —masculló ella.

—¿Acaso no tiene dinero hasta que cobre? —preguntó él, molesto otra vez por el comentario anterior.

—Tengo mucho dinero, y también mucho trabajo para pensar en tener hambre —fue la respuesta de Lorna, colorada como una granada.

Ella nunca le confesaría que durante esos meses de creciente contacto con Kendra, su apetito se había visto afectado.

—Pondré un poco de hielo en esa herida y veré qué tiene de comer —dijo Mitch arrodillándose y mirándola.

Mientras él se dirigía a la cocina por el hielo, ella se sentó en el sofá, alarmada. Se tocó la sien con cuidado, y le dolía. Se mareaba

estando sentada, pero aun así se giró para poner los pies en el suelo, decidida a detener a Mitch y obligarle a marcharse.

¿Por qué no se iba sin más? Ya la había traumatizado bastante con sus amenazas y sus órdenes, y ahora no podía deshacerse de él. Además, le confundía la preocupación que mostraba por ella, cuando minutos antes la había tratado como si fuera basura. Era muy sospechoso.

Su orgullo no la permitiría dejar que alguien que la odiaba y la había intentado comprar, se preocupara de ella ahora. Tomó el cheque y se levantó, para acercarse tambaleándose a la cocina. Una vez allí, se detuvo en el umbral de la puerta esperando que sus piernas recobrasen la fuerza para sostenerla.

Mitch Ellery era un hombretón moreno que resaltaba en su blanca cocina. Igual que había ocurrido en el salón, su atronadora presencia la hacía empequeñecer a su lado. Había colocado los cubitos de hielo en la toalla y ahora estaba mirando en el frigorífico. Y como no había tenido tiempo de ir a hacer la compra como hacía normalmente los viernes, estaba humillantemente vacío. De repente se volvió hacia ella, con una mirada de aterradora desaprobación.

—Claro que no ha comido. Apenas tiene algo que no sean unos pobres condimentos y media botella de leche caducada.

Lorna cruzó la habitación y tomó de sus manos la toalla que envolvía los cubitos de hielo, y los echó en el fregadero, y acto seguido, volvió a meter en el bolsillo del hombre el cheque que le diera momentos antes. Cuando se dirigió después llena de osadía al frigorífico y lo empujó de su camino para poder cerrar la puerta, el hombre tomó su mano. La vista de Lorna voló hacia la de Mitch e intentó soltarse, sin éxito.

Mitch era tan grande, viril, y poderosamente masculino. El estrecho espacio entre él y el frigorífico se hizo asfixiante de repente. El aire fresco del interior del electrodoméstico no hacía impacto contra el calor que se desprendía de sus cuerpos ni tampoco sobre las oleadas de atracción que salpicaban la piel de Lorna haciéndola sentir cálida y tersa por dentro. La voz de Mitch era un susurro áspero que la acariciaba en algún lugar de su interior.

—Es muy obstinada al levantarse, pero iremos a un restaurante,

ya que insiste —dijo él.

—No, no lo haremos.

—Tiene que comer algo. Bajaremos un poco la hinchazón y después iremos a cenar —contestó él, alzando las cejas en un gesto de irritación.

Lorna tiró una vez más de su mano atrapada y él finalmente la dejó ir.

—No cruzaría la calle con usted —dijo ella, elevando imperceptiblemente la barbilla—. Y creo que le pondré en evidencia con la dichosa prueba de sangre, señor Ellery. Ya que, obviamente, es usted un genio de las «fusiones», puede concertarme una cita y allí estaré.

Los ojos de Mitch brillaron de rabia y Lorna se sintió atemorizada.

—Y yo la pondré en evidencia a usted, señorita Farrell. Se someterá a la prueba, pero ahora déjeme ver esa herida.

Con esas palabras se acercó a ella que dio un paso atrás antes de que él la tomara en brazos como si fuera una muñeca. Tan rápido fue el movimiento que se mareó un poco y se agarró a los fuertes hombros en un acto reflejo. Pareció notar que se había mareado, así es que esperó un poco antes de sacarla de la cocina.

—¿Qué voy a hacer con usted? —continuó él, con un gruñido, y su aliento mentolado le rozó la cara.

—¿Qué tal si me deja en el suelo y se marcha? —espetó ella.

—Su testarudez y persistencia pueden traerle todo tipo de problemas —dijo él después de estudiar el rostro de la mujer, con creciente enfado—, algo que podrá comprobar si no se aleja de Kendra.

—Déjeme en el suelo, señor Ellery —contestó ella, cada vez más ansiosa.

—Intento fallido —dijo él, y se giró con ella en brazos en dirección al salón, posándola en una silla.

El teléfono sonó en la desajusto a su lado. Lorna se sorprendió de que él no hubiera contestado ya. Se estiró y levantó el auricular, con Mitch delante de ella irguiéndose como una enorme torre.

La voz angustiada de Melanie llegó desde el otro lado de la línea.

—¿Estás bien? No lo he visto salir —fueron las palabras de su

vecina.

Lorna alzó la vista hacia el rostro de roca de aquel hombre que la vigilaba, con sus oscuras cejas arqueadas que le otorgaban un gesto de hosquedad.

Se dio cuenta de que Mitch Ellery no era un hombre guapo. Sus rasgos eran demasiado toscos, pero tenía carisma, un aura que lo hacía tremendamente atractivo. Más, incluso, que muchos hombres objetivamente más guapos que él. Asombrada ante sus propios pensamientos, desvió la mirada.

—Sí, estoy bien, y sí, todavía está aquí —le dijo Lorna a su amiga, alzando de nuevo la vista hacia su invitado no deseado al ocurrírsele una idea—, pero se niega a marcharse. Si vinieras hacia aquí con tu *spray* de pimienta para indeseables, puede que cambiara de opinión.

La expresión de Mitch se volvió furibunda de nuevo. Lorna lo observaba mientras apretaba las mandíbulas para susurrar alguna palabra desagradable.

—Dios mío —dijo Melanie, como si realmente hubiera escuchado esa palabra malsonante—. Voy para allá.

—Le daremos otros cinco minutos. Si no se marcha, ven —dijo Lorna.

—Vale, y ya me explicarás por qué tenemos que darle otros cinco minutos, cuando llegue, ¿de acuerdo?

—Muy bien —contestó Lorna. Mel colgó el teléfono y Lorna se volvió a inclinar para devolver el auricular a su sitio.

—Tiene que irse, señor Ellery —dijo Lorna una vez más, echándose hacia atrás sobre el respaldo de su silla, y sin dejar de mirarlo—. Mi amiga vive al otro lado del pasillo, no tiene un *spray* de pimienta, pero es muy leal y protectora conmigo —no pudo reprimir una sonrisa al decir esto—, por lo que no me extrañaría que acabara conduciendo hacia su casa apestando a cualquier otra cosa que encontrara por la cocina, ya sea limpiacristales o líquido de pulir lo suelos.

—¿Y no podría ella hacerle un sándwich para que dejase de sentirse mareada?

Semejantes preguntas la dejaron, una vez más, asombrada. Le parecía que volvía a preocuparse por ella, un poquito, y eso la conmovió. Lorna sintió que su resentimiento hacia él se dulcificaba

ligeramente.

—Estoy segura que puede hacer algo mejor que un simple sándwich. Es una cocinera excelente. Lo que me recuerda que podría venir armada con un rollo de amasar también. ¿Ha visto alguna vez lo que un trasto de ésos puede hacer con un tirano? Se han hecho todo tipo de estudios y las fotografías son más que explícitas —se recreaba Lorna.

La expresión aterradora del hombre pareció calmarse, y ella se percató de la diferencia. La sutil curva de su rígida boca probablemente era lo más parecido a una sonrisa, pero si algo lo divertía, no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Cuidará de usted esta noche? —preguntó él.

La preocupación que una pregunta así implicaba se le antojó muy dolorosa a Lorna y su media sonrisa se esfumó.

—¿Por qué demonios le importa? —Las palabras se escaparon de sus labios sin que pudiera controlarlas.

De repente, Mitch Ellery se arrodilló y rodeó con sus fuertes brazos los de la silla. Su cara estaba muy cerca de ella y el escalofrío que la recorrió por entero era, sin duda, de aspecto sexual.

—Si no fuera por lo de Kendra, me resultaría usted… interesante —respondió.

El franco reconocimiento era más de lo que podría esperar, y no paraba de hurgar en su cabeza alguna respuesta con la que contraatacar.

—¿Y qué sentirá cuando la prueba sanguínea le demuestre que Kendra es mi hermana?

Su contestación volvió a irritarlo y su expresión se endureció de nuevo.

—Eso no pasará.

—Pasará, señor Ellery, y cuando ocurra, no cambiará nada las cosas, porque Doris nunca lo reconocerá —y al decir esto en voz alta, una oleada de dolor, antiguo ya, la invadió y sintió que los ojos le quemaban. Luchó por contenerse, su mirada nunca fija en el brillo fiero que salía de los ojos de él—. De hecho, a menos que me equivoque, Doris nunca se someterá voluntariamente a la prueba.

—Lo hará porque será la única forma de poner fin a todo esto.

Lorna había conseguido enfadarlo de nuevo y esas palabras eran

su forma de tomar represalias. La sonrisa que brotó de los labios de ella entonces no era sincera, era más bien una mueca que dejaba escapar como una válvula algo del dolor que aprisionaba su corazón.

—Le envió a usted a verme con un cheque para poner fin a todo esto. Ésa es la única manera en la que quiere hacerlo —dijo ella.

El cuerpo de Mitch se volvió rígido, sus ojos oscuros clavándose en ella como si la estuviera midiendo.

—Coma algo. Estaremos en contacto —contestó él entonces.

Lorna no encontró palabras para responderle y lo miró mientras tomaba su abrigo que estaba sobre la mesa y se lo ponía, abrochado hasta el cuello. Era una manera de decirle adiós que le resultó incluso educada.

—Tendrá noticias mías para la prueba —dijo, con una voz grave que era casi una advertencia.

—Estaré esperando —contestó ella—, pero no esperes obtener el beneplácito de Doris. —Lorna se volvió a sentir intimidada, frente a la mirada sombría del hombre.

A modo de declaración muda, sacó del bolsillo el cheque doblado y lo dejó sobre la mesa fuera del alcance de Lorna, y salió del apartamento sin echar la vista atrás.

La exasperaba que hubiera dejado el cheque en la mesa, pero sentía alivio de perderlo de vista. Lorna se levantó entonces y sé dirigió al cuarto de baño. El pequeño chichón, casi no se veía. Había sido simplemente un desmayo y se encontraría mejor por la mañana. ¿Por qué se había molestado tanto por un simple chichón?

Oyó a Melanie que la llamaba y abría la puerta al tiempo, así es que respondió desde el baño.

—Salgo en un minuto. Me estoy cambiando. —Lorna entró en el dormitorio y se puso, con manos temblorosas, unos vaqueros y una camiseta. Se cepilló el pelo rápidamente, y salió al encuentro de su amiga.

—Estaba mirando por la mirilla, y lo he visto salir —dijo Melanie cuando vio a Lorna salir de su habitación. —Es una mezcla entre John Wayne, Tommy Lee Jones y el Minotauro de la mitología. No es atractivo, sino más bien aterrador y si me lo permites, *sexy* —declaró, con un brillo en la mirada—. No tienes que explicarme lo de los cinco minutos extra, amiga, pero ¿estás

bien?

Lorna se rió, sintiéndose de repente como no lo había hecho en años. Había sobrevivido a su encuentro con Mitch Ellery y había, literalmente, declarado que una prueba sanguínea probaría que no era una mentirosa, o al menos, que deseaba que pusieran a prueba su honestidad y ganaría. Tal vez fuera bueno que hubiera dejado el cheque en la mesa. La haría sentir todavía mejor cuando se lo devolviera por segunda vez.

—Estoy bien —dijo Lorna—. Más que bien, en realidad. Te lo contaré todo mientras nos comemos una *pizza*. Te dejaré elegir los ingredientes esta vez.

—Suena bien. ¿Llamas tú o llamo yo?

—Yo pagaré, así es que llama tú.

Mientras esperaban a que llegara la *pizza*, Lorna comenzó a contarle a su amiga casi todo de Mitch Ellery; todo menos la punzante atracción que sentía por él. Le sorprendió no poder confesárselo a su amiga, cuando le confiaba casi todo.

«Si no fuera por lo de Kendra, me resultaría usted… interesante».

Y le sorprendía todavía más ser consciente de lo morboso que resultaba y cuánto le gustaría ser el centro de su atención.

El comportamiento superprotector de Mitch hacia su hermana, aunque la estuviera protegiendo de ella, indicaba una personalidad formidable y explicaba también el cuidado que la había dispensado cuando se desmayó. Los hombres como Mitch Ellery no abundaban y ella lo había comprendido cinco años atrás. Él la atemorizó entonces y ahora lo había hecho de nuevo, pero el brillo tierno que había visto esa noche en sus ojos la habían afectado mucho.

«Si no fuera por lo de Kendra, me resultaría usted… interesante».

¿Cómo sería captar ese interés? Si había conseguido que la mirara con los ojos de un hombre, ¿qué vendría ahora? Mitch Ellery tenía un cierto aire de galantería en bruto a su alrededor, e incluso al estrecharle la mano aquel día en que le mostró toda su furia cinco años atrás, lo había hecho con cierta delicadeza. Pero esta noche la había tocado de una forma… más tierna.

Para un hombre de su estatura y fuerza, el contraste entre semejante potencia y esa delicadeza era, cuando menos, perturbador. Recordarlo le ponía el vello de punta, igual que entonces. ¿Cómo sería tener a alguien como Mitch Ellery en su vida?

Finalmente todas esas ideas se desvanecieron. La realidad era que ella no había captado la atención de aquel hombre de esa forma. La misión del señor Ellery era intentar sobornarla para que abandonara San Antonio.

Un soplo de brisa fresca le rozó la piel llegando incluso a su corazón. Si Doris no se ofrecía voluntaria a tomar parte de la prueba sanguínea, estaba claro que Mitch volvería con algún otro método para ejercer presión sobre ella para que dejara su trabajo y se esfumara.

Los tiranos poderosos y ricos como Mitch Ellery siempre tenían una legión de abogados a su servicio. Además de ser socialmente influyentes. Decir la palabra apropiada a la persona apropiada podría destruir todo aquello que tanto esfuerzo le había costado conseguir y arruinaría toda oportunidad de mejora en su vida.

«Le estoy dando la oportunidad de elegir una vida feliz, señorita Farrell».

La absurda fantasía de conseguir ganarse el interés de ese hombre, le pareció de repente de lo más necio, por lo inútil. Debía

haberse golpeado la cabeza con más fuerza de lo que pensaba. Cuando su amiga se fue a casa, Lorna se sumergió en una especie de melancolía que pareció aumentar en la oscuridad de su dormitorio, lo que la hizo preocuparse pensando qué más se le podía ocurrir a Mitch Ellery para obligarla a alejarse de la vida de su hermana.

Lorna durmió hasta tarde para recuperar el sueño perdido, después desayunó los restos de *pizza*, y se dispuso a hacer la colada. Frustrada por que Mitch ocupara el centro de sus pensamientos, comenzó sus tareas del sábado. Tenía que llevar algunas cosas a la tintorería y retirar lo de la semana anterior. Después se detuvo en el supermercado y en su frutería preferida. Era casi mediodía cuando volvió a casa.

Vivir sola y tener que llevarlo todo hasta el aparcamiento frente a su apartamento, y subirlo luego por las escaleras, era una dura tarea que formaba parte de la rutina de Lorna.

Con la ropa de la tintorería cuidadosamente doblada sobre el brazo, y las manos llenas de bolsas de plástico, atravesó el soleado aparcamiento y ya estaba abriendo la puerta del portal cuando un hombre corpulento salió de una esquina y se interpuso en su camino.

Mitch Ellery estaba vestido igual que un vaquero de verdad, con una camisa azul y unos vaqueros desgastados. El sombrero oscuro que llevaba parecía más informal que el gris plata de la noche anterior, y las botas mostraban las marcas propias de algo que se usa a diario.

A juzgar por la marcada línea de su hosca boca, y el fruncido de las cejas bajo el ala del sombrero, daba a entender que no estaba allí en una visita de placer. De haber llevado un revólver bajo el abrigo, parecería un proscrito salido de una vieja película del Oeste.

—Ésta no es carga para una dama —dijo sin rodeos, sus ojos oscuros mirándola con desaprobación, mientras le quitaba las bolsas de las manos.

Lorna se abalanzó hacia él para recuperar sus bolsas pero sólo obtuvo un «ya las tengo» por parte de él.

—Pero yo no le he invitado a entrar, señor Ellery, ni tengo intención de hacerlo —dijo ella, con una sonrisa forzada, recuperando sus bolsas—. Pero le agradezco su caballeroso gesto.

En el momento que sus dedos tomaron las asas de las bolsas,

Mitch las sostuvo con más fuerza, atrapándolos. Pequeñas descargas saltaban de las fuertes manos, la mirada de ella soltando chispas fija en los ojos de él.

—Podemos quedarnos aquí el resto de la tarde o puede invitarme a entrar —gruñó él.

—No tenemos nada de que hablar, así es que no hay razón alguna para invitarlo sino a marcharse —contestó ella, los dedos rígidos intentando liberarse de la prisión de las manazas de Mitch, pero eran demasiado fuertes.

—Pues yo creo que sí tenemos que hablar —respondió él, la mirada sombría, atemorizándola de nuevo.

—Lo único que quiero escuchar, es el día y la hora de la prueba —espetó Lorna.

—El lunes la llamaré para concretar los detalles de eso, pero en este momento, tenemos otro problema del que ocuparnos —se le notaba frustrado al pronunciar estas últimas palabras, y Lorna hizo todo lo que pudo para tratar de aparentar tranquilidad—. Es sobre Kendra —y al decir esto soltó un poco las manos de Lorna.

—¿Cómo que tenemos que hablar sobre Kendra? ¿No le habrá pasado nada, verdad? —preguntó ella.

—Se trata de una absurda idea que tiene que ver con usted. De eso tenemos que hablar. Ahora —respondió él, suavizando su hosca mirada un poco.

Al escuchar que nada malo le había ocurrido a Kendra, Lorna decidió que no iba a soportar más órdenes.

—Escuche, señor Ellery. Puede que en su rancho tenga que ir dando órdenes, pero eso no quiere decir que tenga derecho a mandar sobre el resto del mundo. Tanto si siente un mínimo de respeto hacia mí, como si no, tendrá que hacer uso de la buena educación y hablarme como es debido, o por mí puede irse al infierno.

La expresión de asombro que asomó al rostro del hombre se borró al instante haciéndolo fruncir el ceño. No esperaba que aquella mujer le hiciera frente y, evidentemente, no le gustaba.

Ella nunca había hablado a nadie así en su vida, pero algo en las formas autocráticas de aquel hombre le aconsejaba que tenía que aprender a hacerlo o volvería a pasar por encima de ella sin pensárselo dos veces.

La expresión del hombre se volvió de roca. El tiempo que le llevó tragarse su orgullo y formular una disculpa pareció insultantemente largo, lo que hizo resurgir el genio de Lorna.

—Puede dejar mis bolsas sobre la acera o quedarse con ellas —continuó ella, girándose para meter la llave en la cerradura. Tenía la esperanza de que, como la idea de quedarse con la comida y la pasta de dientes que había comprado no era muy atractiva, dejaría las bolsas en el suelo y se marcharía.

—Señorita Farrell —comenzó en voz baja, que hizo a Lorna girar sobre sus talones y mirarlo—. Debe estar pensando que tengo las forma de un… —Se detuvo para ver la mirada encendida de ella, como tratando de estudiar hasta qué punto tendría que humillarse, pero sólo arqueó una ceja expectante, y continuó con un gruñido—… de un cerdo.

—Si tiene usted razones que lo refuten, será mejor que hable rápido —dijo ella, con una risa de sorpresa.

De nuevo, el hombre pareció dudar, pero finalmente se decidió a hablar, aunque las palabras resultaban monótonas, como si estuviera leyéndolas.

—Le ruego me disculpe, señorita Farrell. ¿Consideraría la posibilidad de invitarme a pasar para discutir este nuevo problema?

Lorna sintió que su enfado se enfriaba un poco, aunque se estaba empezando a cansar de dejarle entrar siempre.

—¿Se comportará como es debido?

—Se lo prometo —contestó rápidamente, señal de que estaba ansioso por hablar con ella sobre el asunto.

El hecho de que un hombre tan enorme se rebajara a sus demandas de buen comportamiento, aunque le resultara difícil, la hacía sentir poderosa. Sin embargo, el sentido común la seguía advirtiendo que la posible colaboración entre ambos no era sino una ilusión.

—De acuerdo. Veremos cómo lo hace, pero le advierto que soy cinturón negro.

En realidad lo dijo para aligerar el ambiente entre los dos, pero ninguno sonrió. Lorna ya sabía que sonreír era algo que Mitch Ellery no solía hacer muy a menudo. Tal vez, el motivo principal de que ninguno sonriera era que ambos se dieron cuenta de que el comentario se había debido al miedo y la desconfianza de ella.

Lorna abrió entonces la puerta, y Mitch la siguió. Subieron las escaleras y llegaron al descansillo, y desde ahí al apartamento de ella, todo en silencio. Igual que pasara abajo, ella mantuvo la puerta abierta para que él entrara con las bolsas. Llevó todo a la cocina mientras Lorna dejaba la ropa en su habitación y cuando regresó a reunirse con Mitch se encontró con que estaba dejándolo todo en la encimera.

—¿Será una pérdida de tiempo si le ofrezco algo para beber? Las posibilidades siguen siendo las mismas de anoche: un refresco o un café. Agua, tal vez —preguntó Lorna.

Mitch parecía no poder evitar mirarla como si fuera a comérsela. El cuerpo flexible de Lorna era simplemente perfecto. La camisa blanca de algodón que llevaba marcaban sus curvas al igual que los vaqueros, que por lo tieso, dejaban ver que estaban planchados. Las sandalias bajas que cubrían sus hermosos pies mostraban una cuidadosa pedicura. El nunca había prestado especial atención a los pies de una mujer antes, pero los de Lorna eran tan apetecibles como el resto de su cuerpo.

Sintió la repentina necesidad de abrazarla y probar si sus besos eran tan fieros y tentadores como su personalidad, y esos pensamientos lo hicieron sentir incómodo. En vista de las complicaciones que habían surgido con Kendra y su madrastra ese día, dar rienda a la urgencia del contacto sería peligroso. Mitch recordó lo de la buena educación a tiempo para responder a Lorna antes de exponerle los motivos de su visita.

—No, gracias, pero tome usted algo si le apetece.

—Tal vez sea mejor que nos centremos en ese problema que tenemos que discutir. ¿Nos sentamos? —ofreció Lorna, los dedos entrelazados firmemente.

Mitch estaba demasiado impaciente para sentarse, así es que negó con la cabeza y sin más expuso las razones que lo habían llevado allí.

—Kendra está completamente enamorada, y piensa que por eso todo el mundo tiene que estarlo también. Piensa que hay química entre usted y yo y que sería un necio si pretendiera ignorarlo.

Lorna lo miró sinceramente desconcertada, pero con la suficiente educación como para no traslucir el horror que le provocaba, tanto que el ego masculino de su interlocutor se sintió

herido.

—¿Pero de dónde ha sacado esa… idea? —Acertó a preguntar, como si fuera un misterio indescifrable para ella.

—De la forma en que nos miramos el día que nos presentó en la oficina de John y nos estrechamos la mano. Además sabe que ninguno de los dos sale con nadie en serio, información que yo no debería estar compartiendo con usted, a propósito. —Mitch no pudo evitar decir estas últimas palabras.

Lorna desvió el rostro y sus mejillas estaban encarnadas como una granada, y aunque no hizo ningún comentario sobre esas reprobatorias palabras, parecía profundamente afectada.

—Las personas no siempre pueden evitar una determinada reacción cuando conocen a alguien. ¿No cree que lo sabrá? —dijo ella, que había vuelto a mirarlo—. Usted estaba tan enfadado y yo tan… horrorizada de verlo que… —Perdió un poco la voz, como si se hubiera dado cuenta de repente de lo que había dicho y temiendo la reacción de él.

Lorna intentó sonreír antes de continuar.

—No se ofenda, sabe a lo que me refiero —continuó ella—. Me había enterado de que iría a buscarla tan sólo diez minutos antes… y luego lo vi tan enfadado. No sabía lo que iba a hacer.

Esta respuesta pareció aplacarlo un tanto y aprovechó para continuar con lo que tenía planeado decirle.

—Entonces saldremos juntos unas cuantas veces hasta que se convenza de que realmente hay algo entre nosotros, y luego usted me dejará por cualquier motivo —dijo él.

El silencio se apoderó de la cocina durante unos minutos.

—¿Disculpe? —dijo finalmente Lorna, un poco temblorosa y los ojos entreabiertos en un escrutinio desconfiado.

—Me ha oído perfectamente —contestó Mitch, con voz tersa.

—Si he oído bien, mi respuesta es no. No y no —dijo ella, sacudiendo la cabeza con determinación y la sonrisa que apareció en su rostro indicaba más la mortificación que sentía que alegría.

Lorna se dirigió al fregadero y se agarró a la encimera como si fuera a perder pie y necesitara algo donde apoyarse.

—¿Por qué demonios me viene ahora con algo así? ¿Cómo se le ocurre que nosotros precisamente podríamos salir juntos? —continuó Lorna soltando la encimera y volviéndose furiosa hacia él,

increpándolo nuevamente antes de que pudiera contestarle—. ¿Por qué no le dice que está equivocada, que no tiene ningún interés por mí y que sólo estaba siendo cortés por la situación? O mejor, dígale que estaba provocando una reacción en mí, pero no resultó ser la de una mujer con la que le gustaría quedar para salir. Espero que le dijera algo así.

—No, no lo hice —respondió él.

Lorna miró a aquel hombre que confería un sutil énfasis a cada una de sus palabras. La había tomado por sorpresa, sin ninguna duda.

—¿Por qué no?

—Porque Kendra tiene ojos y está dispuesta a que surja el romance entre nosotros. Ella está enamorada, y piensa que es algo tan maravilloso que todas las personas a las que quiere deberían estarlo también.

Lorna no podía seguir mirándolo y desvió la mirada. Entonces cobró consciencia de que parte del horror que sentía era la terrible atracción que le provocaba aquel hombre, y simular que había algo entre ellos sería letal para alguien como ella. Además estaba todo lo de Kendra y su madre. Lo miró.

—¿Lo sabe Doris? —preguntó Lorna.

—Kendra lo comentó en el desayuno. No para de hablar de nuestro encuentro en la oficina de John, de lo romántico y maravilloso que fue —el rostro serio de Mitch mostró el disgusto que le provocaba—. Así es que… sí, Doris lo sabe.

—Doris lo sabe y además usted ha hablado con ella y han ideado este plan juntos, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y qué dijo?

No debería haberlo preguntado, porque sabía que escuchar las palabras de Doris sería terrible para ella. Su madre la había abandonado cuando solo era un bebé, pero además la había rechazado mucho después, en una ocasión anterior a su traumático encuentro en el restaurante. Lorna rechazó tales recuerdos porque no lo podía soportar, simplemente.

—Ella sugirió que no estaría mal seguir el juego un poco a Kendra, hacer que salimos juntos y después romper por cualquier motivo. Kendra me es leal y, naturalmente, se distanciaría de

alguien que me hiciera daño de alguna manera. Hay muchas relaciones que no salen bien, y la nuestra será una de ésas. —Mitch se detuvo y pareció luchar en silencio entre ser duro con ella o… serlo un poco menos—. Es una posible solución si no quiere dejar su trabajo. Solucionaría el problema de sacarla de la vida de Kendra.

—Así es que yo sería la mala de la película.

La idea la ponía enferma. Significaba que perdería el cariño de Kendra, y saber que la idea había sido de Doris le resultaba todavía más doloroso. ¿Podría ella sinceramente enfrentarse a la idea de que su hermana la considerara una mala persona, o lo que es peor, una persona cruel? Porque eso era lo que Doris había planeado, y había enviado a Mitch para obligarla a arruinar por completo la buena opinión que Kendra tenía de ella.

—Recuerde que las otras posibilidades para quitarla de en medio no son tan agradables —se apresuró a decir él, como si hubiera adivinado lo que estaba pensando ella.

—¿Qué otras posibilidades, las legales? —preguntó ella, enfadada y asustada a la vez. Mitch guardó silencio, lo que la puso de peor humor—. Entonces dígale a Doris que las lleve a cabo, vaquero. Encontraré a un abogado y la obligaré a someterse a la prueba sanguínea.

Lorna logró morderse la lengua para no decir que tanto ella como Doris sabían la verdad, que la prueba era innecesaria, aunque sí una elegante manera de defenderse que Doris nunca provocaría porque entonces no podría engañar a nadie una vez que los resultados salieran a la luz.

—Si lleva a Doris a los tribunales, tendrá que enfrentarse a todo un regimiento de los mejores abogados que el dinero de los Ellery pueda comprar —dijo Mitch, en voz baja.

La atracción que sentía hacia aquel hombre se resintió momentáneamente. Era natural que dijera algo así, era la verdad por otra parte. Sin embargo, se obstinaba en pensar que tuviera algo personal contra ella, segura de que se comportaba así porque estaba protegiendo a aquellas personas a las que amaba.

Nadie había hecho nunca algo así por ella. Nunca había tenido un Mitch Ellery que la protegiera, y no podía evitar desear que alguien hiciera algo así por ella, aunque le dolía ver que al contrario, ella era en ese momento la amenaza.

La tensión existente entre ambos era palpable, pero la rabia de Lorna hacia el despotismo de Mitch se desvaneció rápidamente ante el plan que su madre había urdido.

A pesar del rechazo por parte de Doris, y su falta de honradez, Lorna no estaba segura de que su resentimiento hacia ella fuera tan grande como para revelarle a Mitch por qué estaba tan convencida de que Doris era su madre biológica. Si lo hacía, la buena relación de Doris con su hija Kendra y con Mitch, podría verse dañada irremediablemente, pero por otro lado, Mitch probablemente fuera demasiado fiel a Doris para creer a Lorna, así es que era más sensato no decir nada.

Lorna respiró profundamente y desvió la mirada un momento para ordenar sus pensamientos antes de volverse hacía él de nuevo.

—Mire, pienso que esto es totalmente desproporcionado —dijo ella, con calma, sintiéndose de repente, agotada con todo aquel asunto—. Le juro que nunca le diré a Kendra quién soy en realidad. Puede creerme porque si hubiera querido decírselo, lo habría hecho hace muchos meses.

Se detuvo un poco antes de continuar porque sabía que se pondría melancólica y luchaba por ocultarlo. Después continuó.

—Sé que Doris no quiere saber nada de mí, así es que nunca pondría a Kendra en una posición que pudiera enturbiar la relación que tiene con su madre. Le doy mi palabra.

La intensidad de la mirada de Mitch la hizo sentirse invadida, pero lo aguantó porque esperaba que él dijera que creía en ella. No obstante, hizo un último esfuerzo y continuó hablando.

—Por favor, señor Ellery, vuelva a su rancho y olvide todo esto. Lo único que deseo es encontrar buenas excusas para evitar pasar tanto tiempo con Kendra haciendo las pequeñas cosas que me pide que haga con ella, y, ya que Doris ha decidido que soy la mala, encontraré la manera de pasar el menor tiempo posible con Kendra —dijo finalmente.

—¿Cómo? —preguntó él.

—No lo sé exactamente. Ella es muy sensible y odio herir sus sentimientos tanto como usted, pero es lo suficientemente sagaz como para entender una sutil indirecta —contestó Lorna, sacudiendo la cabeza con tristeza porque no le gustaba la idea de traicionar a Kendra.

—¿Qué tipo de indirectas? —preguntó él, agresivo en su intento protector hacia su hermana, lo que provocó otro pinchazo de envidia en Lorna.

—No sé. —Lorna se encogió de hombros, con gesto de agotamiento—. Podría simular dolores de cabeza, decirle que me gustaría salir pronto de trabajar para tener algo más de tiempo libre, algo así.

—¿Por qué no hizo esas cosas hace meses? —La pregunta hizo que se atragantara.

—Es demasiado personal para hablarlo en este momento, pero si la familia significa tanto para usted como parece, estoy segura de que se lo puede imaginar.

Lorna se peinó el cabello con los dedos para dejarlo caer desordenadamente. No podía aguantar el duro escrutinio a que la estaba sometiendo la mirada sombría de Mitch Ellery, así es que terminó por desviar la mirada.

—Por favor, márchese. Guardaré silencio, se lo prometo. Comenzaré a distanciarme de su hermanastra —continuó, y volvió a contener la respiración esperando la respuesta de él.

—Kendra espera que cenemos con ella y con John esta noche.

Lo dijo como dándolo ya por sentado. Lorna lo miró, asombrada porque él no renunciaba a continuar la absurda idea de la cita, a pesar de lo que ella le había prometido. No había ninguna razón para seguir considerando semejante idea.

—A parte de que la idea es absolutamente ridícula, por no decir deshonesta, estoy segura de que Kendra no pensará en serio en organizarme una cita doble con mí propio jefe.

Ésa era otra prueba de la forma abierta y la ingenuidad de Kendra debidas a su juventud y que tanto frustraban y emocionaban a Lorna.

—Yo le dije lo mismo, así es que lo que haremos será hacer acto de presencia más tarde en el club, veinte minutos como mucho. Después de esta noche, mi hermana quedará bastante satisfecha. Dentro de unas dos semanas, romperá conmigo. Yo estaré de muy mal humor, algo comprensible, y ella no volverá a intentarlo. Llegará a la conclusión de que tiene que serme fiel a mí que soy su hermano y actuará de acuerdo con ese principio.

—No puedo creer que hable en serio —dijo Lorna, sacudiendo la

cabeza.

—Kendra es una niña dulce y con un gran corazón. No permitiré que hieran sus sentimientos con excusas. Se sensibilizaría demasiado al ver su frialdad hacia ella, así es que no será usted la que lo provoque. —Mitch dudó antes de continuar, y vio el gesto de incomodidad en el rostro de ella—. Será mejor que sea ella la que se vuelva fría con usted.

«Será mejor que sea ella la que se vuelva fría con usted».

La imagen de Kendra cuando eso ocurriera pasó veloz por la mente de Lorna, y le hizo mucho daño. Le llevó unos angustiosos segundos recobrar la compostura.

—Creo que… será mejor que se marche —dijo finalmente.

—Póngase guapa esta noche —ordenó él, con brusquedad—. Pasaré a buscarla a las ocho.

—¿Ha escuchado algo de lo que le he dicho? —La frustración de Lorna llegó a su límite—. Es totalmente imposible que esto funcione. A pesar de lo que usted y Doris piensen de mí, no soy buena actriz para simular que me siento atraída por alguien tan horr… por usted.

—No tendrá que simular nada —lo ojos oscuros del hombre brillaron ante el ligero insulto—. Lo veo cada vez que me mira.

La embarazosa situación la hizo ponerse colorada y buscó en su cabeza algo con lo que contraatacar.

—¡Será vanidoso! No tengo muy claro cual de todos sus defectos encabeza la larga lista, pero creo que bien podría ser la vanidad y el orgullo desmedido.

La diversión que aquello le provocaba hizo que en la dura línea que formaban sus labios se dibujara el inicio de una sonrisa, los ojos oscuros brillando como diamantes negros.

—Venga a bailar conmigo esta noche.

Lorna tuvo la impresión de que aquella orden era personal, que salir a bailar con él no era parte de la charada que pretendía Doris, sino algo que él deseaba realmente. La sensación la dejó desconcertada y rápidamente la rechazó.

—No —dijo, con tono firme.

—Entonces, soportará mi vanidad a las ocho y mi orgullo desmedido a las ocho y cuarto —la miró de arriba abajo antes de volver a hablar—. Y póngase algo bonito y corto que deje ver un

poco sus piernas. Me gusta salir con mujeres *sexys* —dijo él poniéndose el sombrero con un brillo desconcertante en los ojos.

Lorna se quedó atónita, y su ira aumentaba por momentos impidiéndole articular las palabras necesarias para decir lo que quería decirle. Para cuando pudo recuperarse de su desconcierto, Mitch se había marchado.

Lorna dio vueltas por el apartamento durante la siguiente media hora sin saber qué hacer, tan frustrada que si hubiera sido un hombre habría salido detrás de Mitch Ellery y le habría quitado esa sonrisa arrogante de un puñetazo.

Aquella noche, Mitch estaba deseando llegar al apartamento de Lorna. La distancia hasta San Antonio nunca le había parecido tan larga. Siempre le gustaba salir con mujeres, pero nunca había sentido antes tanta expectación.

Había estado pensando en ella todo el día, sobre todo después de que la dejara en su apartamento, sin saber qué decir, esa misma tarde. Revisó mentalmente cada momento que había pasado con ella, cada palabra que ella había dicho, cada expresión, cada matiz. Lo único que le había disgustado había sido que intentara negar sentirse atraída por él. La había tomado por sorpresa entonces, pero la reacción que tuvo le indicó que no pensaba así.

No podía olvidar tampoco que no se sentía acobardada ante la amenaza de la prueba de sangre. Costaba creer que pudiera tener algo que ocultar cuando en realidad deseaba que aquella prueba tuviera lugar. El hecho de que creyera que Lorna era una persona honrada que decía la verdad, echaba por tierra la acusación de que era una oportunista que quería aprovecharse de Doris y de Kendra.

Los informes recibidos hasta ese momento del investigador privado que había contratado, parecían confirmar sus propias sospechas sobre la forma de ser de Lorna, aunque el investigador sólo podía suministrarle hechos concretos de su pasado, al final era él quien tenía que interpretarlos. Podía estar equivocado, pero, si Lorna Farrell estaba tratando de engañar a alguien, él no podía verlo. Deseaba estar tan seguro como su madrastra.

En el fondo pensaba, que uno no va ofreciendo sobornos, y menos por la cantidad de dinero que Doris había ofrecido. Había otras maneras, más éticas y más baratas, para deshacerse de una oportunista, y si es que resultaba que la verdad estaba de parte de

uno, siempre podía recurrirse a los tribunales. Mitch era un hombre directo y honesto que no aprobaba los métodos que su madrastra estaba utilizando, pero lo más extraño era lo de la cita, aunque todo sea dicho de paso, pasar el tiempo con Lorna no era exactamente una dura carga.

La idea de que Lorna pudiera ser en realidad la hija de Doris lo tenía preocupado. Para él no había explicación que alguien no quisiera conocer la identidad de un hijo llegada la oportunidad. Ya que los expedientes de adopción eran algo de muy difícil acceso, Lorna podría estar equivocada. Pero estar equivocada no la convertía en una mala persona. Tal vez consiguiera convencer a Doris.

Cuando entró en la calle de Lorna, dejó de hacer conjeturas. Hasta ese momento había permitido a Doris todos sus deseos y sólo cabía esperar los resultados de las pruebas de sangre. Tal vez era la sensación de caminar por la cuerda floja lo que le producía tanta expectación por verla de nuevo. Lo prohibido siempre era deseable, pero lo cierto era que él podría haberse sentido atraído por esa mujer en cualquier circunstancia.

Le gustaban las cualidades que veía en ella, le gustaba sin más. Era una mujer inteligente y sagaz, pero que también tenía agallas, y la forma en que le había hecho frente le había parecido única. Estaba realmente sorprendido de ver cuánto le gustaba aquella mujer.

Tener que simular aquella noche que se sentía realmente atraído por ella, por el bien de Kendra, sin mostrar el deseo que provocaba en él realmente, sería todo un reto.

Lorna había conseguido calmarse y, una vez que su ira estuvo bajo control, el sentido común volvió a instalarse en su cabeza.

Durante meses había sido consciente de que estaba coqueteando con el desastre al dejar que Kendra y ella se hicieran tan íntimas cuando sabía que Doris se opondría con todas sus fuerzas. En un principio se había resignado a la idea de que merecía las consecuencias que aquello pudiera acarrearle, pero cuando Mitch apareció con aquel cheque, se había sentido tan furiosa que cambió de opinión. Las cosas se habían descontrolado desde entonces y prometían empeorar si no tomaba una decisión tajante que pusiera fin a todo.

En vista de que Kendra iba a casarse con John Owen, probablemente sería inevitable que tuviera que dejar su trabajo, aunque ya había pasado suficientes veces por necesidades económicas en su vida como para saber que tenía que encontrar un nuevo trabajo antes de dejar el antiguo.

Hasta entonces, todavía quedaba el problema de Kendra. Aunque Lorna estaba horrorizada por el plan de la cita urdido por Doris, veía que era la única forma de impedir males mayores. Por muy doloroso que fuera, lo que Mitch había dicho era cierto: era mejor que ella sufriera el rechazo de Kendra a que fuera al revés.

La prueba de sangre probaría a todo el mundo quién era ella, pero no obligaría a Doris a querer tener algo que ver con ella o a aprobar una relación con Kendra. Hacía tiempo que lo había aceptado, pero era muy posible que el siguiente paso de Doris fuera demandarla por acoso si no se alejaba de Kendra de inmediato. Una madre biológica podía aducir acoso por parte de un hijo que había cedido en adopción y del que no quería saber nada. Había oído hablar de casos así.

Sabe Dios lo desastroso que podría ser algo así. Una demanda por acoso acabaría en los periódicos al estar involucrada la familia Ellery, y el resultado no sería solamente el daño a la reputación de Lorna sino que mancharía también todas sus expectativas de formar esa familia que tanto añoraba. ¿Qué hombre decente accedería a casarse con ella para que fuera la madre de sus hijos después de haber sido acusada de acoso?

Sin embargo, pensar en perder el cariño de Kendra le dolía profundamente. Si fuera posible que Kendra pudiera llegar a saber que Lorna era su hermana, la propia Lorna no accedería a la cita de esa noche, pero como Doris nunca la aceptaría, no podía poner a Kendra en medio ni arriesgar la relación de ésta con la madre de ambas.

Las relaciones entre madre e hija eran sagradas para Lorna. Después de haber recorrido varios orfanatos tras la muerte de sus padres adoptivos cuando tenía ocho años, se había visto obligada a aceptar el hecho de que nunca sabría lo que era un relación madre—hija hasta que no tuviera sus propios hijos. Y cuando ese milagro ocurriese, le horrorizaría pensar que un extraño pudiera interponerse entre su hijo y ella.

En ese momento ella era la extraña y tenía que tomar medidas para que su hermana no sufriese, por lo que acabó accediendo y buscó un traje para su cita con Mitch.

Era un vestido negro elegante, tan corto como su sentido de la elegancia le permitía, para que sus piernas se vieran realzadas, lo que no significaba que fuera todo lo corto que le hubiera gustado a Mitch Ellery. No solía recibir demasiadas invitaciones a bailar, así es que la oportunidad de ponérselo era un cierto consuelo. Muchos hombres parecían alérgicos al baile, y pensaba que uno con altos niveles de testosterona como Mitch lo sería especialmente, pero tal vez, éste se sintiera más seguro de sí mismo jugando su papel machista.

Su atracción hacia Mitch complicaba mucho las cosas. ¿Por qué demonios se sentiría tan excitada ante la perspectiva de salir con él? Había salido con muchos hombres, aunque todos parecían sosos a su lado. Nunca se había visto intimidada ante ninguno de ellos, ni tampoco lo habría querido. Pero Mitch era diferente, y a pesar de su vanidad, de repente deseaba con todo su corazón haberlo conocido en otras circunstancias. En toda su experiencia con los hombres, nunca se había encontrado con uno como él, y sexualmente era, seguro, demasiado para ella, así es que tal vez fuera el sensual peligro que representaba lo que provocaba en ella aquella excitación. ¿Dónde había quedado su sentido común? Cuando se dio cuenta de que estaba empleando demasiado tiempo en arreglarse, se burló de sí misma, pero continuó.

Cuando Lorna le abrió la puerta y pudo verla con su elegante vestido negro, la fantasía de cualquier hombre, Mitch la miró suspicaz. Todo el tiempo había esperado encontrarse con una Lorna desafiante que le abriría la puerta vestida con vaqueros y camiseta, y en vez de eso, se la encontraba esperándolo con un vestido muy *sexy* y un peinado de lo más elegante, lo que le hizo pensar si no estaría tratando de aprovecharse de su cartera, después de todo.

Pero si fuera una aprovechada, una verdadera oportunista, él no podría haber visto la expresión de angustia de sus ojos cuando lo hizo entrar, y se dirigió a buscar el cheque que le había dejado la noche anterior, para devolvérselo con los dedos temblorosos.

—No lo quiero —dijo secamente, y como él no hiciera ningún movimiento para tomarlo, se acercó más—. Por favor, tómelo o lo

tiraré a la basura. No quiero el dinero de los Ellery, así es que esta noche yo pagaré de mi bolsillo todo lo que consuma.

—Bonito discurso —dijo él tomando el cheque y guardándolo en el bolsillo de su chaqueta.

Ella cruzó las manos en actitud protectora y por la mirada, él pensó que estaba tramando algo.

—Todavía tengo otro discurso preparado.

—En el coche —y la tomó del brazo. Lorna se soltó de él para dejarle claro que no quería que le metiera prisa para salir.

—He decidido que buscaré otro trabajo lo antes posible —dijo, con tranquilidad—. Sólo le pido que me deje el tiempo suficiente para que encuentre algo tan bueno como lo que tengo ahora. En cuanto lo encuentre, avisaré con dos semanas de antelación.

—Honesta decisión, pero hablamos de un mes, o tal vez más —dijo él, mirándola con intensidad.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Siempre se puede elegir mejor cuando uno no está en paro.

—Debía haberlo pensado hace muchos meses. —En ese momento, vio una chispa de resentimiento en los ojos de la mujer.

—Tal vez. Sin embargo, en vista de la promesa que le estoy haciendo, no es necesario que sigamos adelante con la pantomima de la cita. No aceptaré buscar otro trabajo fuera de San Antonio, pero hay otros empresarios a parte de John Owen, y entonces Kendra no podrá visitarme durante mi horario laboral.

—¿Y qué me dice del resto del tiempo?

—Eso nunca ha sido un problema, y tampoco lo será cuando cambie de trabajo porque no lo permitiré. Las amistades superficiales van y vienen. Será algo paulatino —contestó, sacudiendo la cabeza.

—La idea de las citas durará poco, así es que sigamos adelante y seamos convincentes en nuestro papel, y ya veremos como va todo —la tomó otra vez del brazo para hacerla salir del apartamento, pero ella volvió a soltarse.

—No creo que sea buena idea.

—Buena idea o no, Kendra nos está esperando.

Lorna vio cómo la expresión seria de Mitch se ablandaba ligeramente y una sonrisa se dibujaba en sus labios. Era una sonrisa cautelosa que la tomó por sorpresa.

—Tal vez tenga razón —continuó—. Podríamos cancelar lo de esta noche y ver qué efecto tiene. Mañana por la mañana se enteraría de que la cosa se descontroló tanto antes de que pudiéramos salir del apartamento, que me quedé a pasar la noche.

Lorna se puso colorada como una granada y los ojos azules se volvieron fieros.

—De ninguna manera pensaría ella algo así de mí.

—Una imagen vale más que mil palabras, sobre todo si aparezco a la hora del desayuno con el mismo traje con el que salí del rancho anoche, sin afeitar y con la corbata en el bolsillo de la chaqueta. No sería la primera vez.

—¿Sería capaz de hacerme algo así? —dijo Lorna, sintiendo que enrojecía más por segundos.

—Después de verla con este vestido, casi desearía que ocurriera de verdad —contestó él.

Las cosas estaban tomando un cariz demasiado íntimo. La rabia que Lorna sentía por él se rebajó a la mitad y todo su cuerpo temblaba, confundiéndola. ¿Que podía hacer ella sino responder escandalizada a lo que aquel hombre acababa de decirte?

Sentía que el brillo de los ojos oscuros de Mitch la acariciaba y que su voz profunda se hacía más ronca. —Está tan… hermosa— continuó. —No me gusta el motivo que ha hecho que nos citemos esta noche, pero no me arrepiento en absoluto de estar aquí ahora mismo.

Lorna se vio de nuevo sorprendida ante un cumplido tan directo lo que suavizó aún más su rabia hacia el hombre. La forma candorosa en que decía esas cosas tenía un efecto extraño en ella, y de repente, se reprochó que aquel hombre estuviera empezando a gustarle más de lo que podría considerarse prudente.

Una relación entre ambos no tenía ningún futuro, y tenía que recordarlo.

—Por favor, señor Ellery…

—Mitch. Es demasiado tarde para las formalidades, Lorna.

—Por favor, Mitch. No me hagas esto.

Mitch desvió la mirada un poco y ella tuvo la esperanza de que aquella incomodidad fuera una ventaja para ella. Cuando la oscura mirada del hombre volvió a posarse en ella, se había vuelto un poco más suave.

—No te obligaré a que salgas a bailar conmigo, pero creo que Doris se sentirá más satisfecha si lo haces tú.

Lorna pensó fugazmente en una demanda por acoso y en lo que eso podría significar para ella. Le gustara o no, estaba atrapada, peor aún, se había metido ella sola en la trampa y ahora se veía presionada por la aversión que su propia madre sentía hacia ella. Si hubiera dejado su trabajo meses antes o hubiera contactado con Mitch para explicarle su dilema, tal vez no estarían en la situación en la que se encontraban en ese momento, y ella no estaría flirteando con el desastre. Porque simular que se sentía atraída por Mitch era eso exactamente. De no ser porque realmente se sentía atraída por él, la idea de Doris no sería tan peligrosa.

Pero aquel hombre la atraía, demasiado. A pesar de su dureza y sus formas intimidatorios, no podía olvidar la ternura con que la había tratado la noche anterior. Y aunque no lo habría creído posible en él a juzgar por su apariencia, mostraba un sorprendente sentido del humor. Y eso era algo que realmente le gustaba.

Era además, uno de los pocos hombres que no se mostraban ni intimidados ni desanimados ante su reserva. El hecho de que pareciera disfrutar con las pequeñas batallas verbales que habían compartido hasta ese momento, y que pareciera ser lo suficientemente inteligente como para tomarla por sorpresa algunas veces, le resultaba extremadamente atractivo para una mujer como ella que había sufrido muchas decepciones con hombres, a menudo predecibles.

Pero si no hubiera percibido además la integridad que se escondía bajo esa máscara dura, no se habría detenido a pensar en salir con él esa noche. A pesar de la escandalosa amenaza de aparecer en su casa como un conquistador, había tenido la sensación de que era un hombre demasiado honorable para decir algo así, a menos que fuera verdad, e incluso en ese caso, si sentía respeto por la mujer con la que había estado, no se vanagloriaría de ello. Sólo los hombres inmaduros e inseguros necesitaban hacer cosas así.

Todavía había averiguado algo más de su carácter, cuando le había dicho que no la obligaría a salir a bailar con él. Había visto una chispa de decepción en sus ojos oscuros que la habían empujado a confiar en él instantáneamente.

—De acuerdo —dijo ella, con tranquilidad—, pero sigo pensando que es un error.

—Tal vez.

Mitch alargó el brazo y le rozó la mejilla. Fue solo un leve roce con el dorso del dedo, pero sintió como si una descarga de energía recorriera todo su cuerpo. La expresión de dureza de Mitch se volvió una suave sonrisa.

—Regálame una sonrisa, preciosa, y disfruta de la velada. Eso seguro que puedes hacerlo —dijo él, con voz ronca.

Lorna lo miró fijamente, como hipnotizada. ¿Por qué tenía que ser precisamente Mitch Ellery quien la afectara de esa forma? ¿Por qué sentía que ese hombre podría haber sido mucho más que su adversario cada vez que lo miraba? Nada bueno podía resultar de todo eso, y sin embargo, deseaba ardientemente que no fuera así, así es que ¿por qué le estaba permitiendo que se acercara a ella de aquel modo? Sabía que tenía que controlar sus emociones porque Mitch Ellery era todavía más inaccesible para ella que Kendra.

Rehuyó la mirada y tomó su bolso, antes de salir por la puerta que él sostenía abierta. La mano que, con gesto caballeroso, posó en su cintura, la distrajo de sus pensamientos.

Mentalmente lo comparaba con todos los demás hombres con los que había salido y antes de llegar al coche, ya todos le parecían unos palurdos repelentes. Se dijo a sí misma que sería por la edad, ya que Mitch era algo mayor que los hombres con los que normalmente salía. Debía rondar los treinta, aunque resultaba difícil saberlo con certeza debido a su aspecto.

Era un vaquero, acostumbrado al trabajo duro, y su madurez y confianza en sí mismo hacían que sobresaliera notablemente comparado a otros hombres. Pero, a pesar del trabajo al aire libre y de su poderosa masculinidad, todos sus movimientos parecían suaves y sofisticados y sobre todo naturales.

Cuando llegaron al coche, abrió la puerta suavemente y la ayudó a entrar. Lorna no pudo evitar mirarlo mientras se dirigía al asiento del conductor y se metía en el coche. Rápidamente encendió el motor, metió la marcha y salió del aparcamiento.

El silencio entre ellos era pacífico, pero ella podía percibir una tenue tensión en su interior. Ella era consciente de cada uno de sus movimientos; miraba cómo su fuerte mano maniobraba eficazmente

sobre el volante mientras la otra descansaba sobre su muslo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para dejar de mirarlo y dirigir la vista a la ventanilla. La voz de Mitch la devolvió al presente.

—Si tu expediente de adopción estaba sellado, ¿qué te hace suponer que Doris es tu madre?

Esta vez Lorna percibió realmente curiosidad en la pregunta, aunque no le gustara que fuera éste el tema de conversación: Simplemente pensaba que no era algo de lo que debiera hablar con él, y tampoco estaba muy segura de que pudiera contárselo sin ponerse triste.

Además, no le parecía bien tampoco decir algo que pudiera estropear la relación de Doris con su hijastro; si le contaba la historia podría ganar un aliado, pero también cabía la posibilidad de que enturbiase la opinión que Mitch tenía de su madrastra. Algo así podría afectar a Kendra, que sentiría que las cosas no estaban bien entre su madre y su hermanastro.

Lorna pronto estaría fuera de sus vidas. No era justo para ninguno de los Ellery que ella dijera algo con lo que tendrían que vivir mucho después de que ella desapareciera. Su instinto le decía que, si empezaba a contarle aunque sólo fuera una pequeña parte de su historia para saciar su curiosidad, no acabaría ahí.

Mitch tenía dinero y si era el tipo de hombre que a ella le parecía que era, ya debía haber contratado a alguien para que investigase en su pasado. Un pequeño bocado no lo dejaría satisfecho y ahondaría demasiado. Por eso sería mejor no revelarle nada de aquella horrible parte de su vida, cuando tenía ocho años. Sería mejor dejar la puerta cerrada, por el bien de Doris y de Kendra, y por el suyo también. Había decidido dejar su trabajo y seguir adelante con la pantomima de la cita, por lo que ya no era necesario que se realizara la prueba de sangre.

—No es momento para esa pregunta —contestó, con calma y con cuidado de que su voz no sonara alterada—. Te he prometido que saldré de la vida de Kendra. No sólo he accedido a dejar mi trabajo sino que voy a cooperar en esta farsa y después te romperé el corazón —un temblor le recorrió el cuerpo haciendo que Mitch la mirara—. Por tanto, incluso la prueba de sangre es innecesaria. Como no soy un personaje público y no nos movemos en los mismos círculos sociales, dudo que los Ellery volváis a tener noticias mías.

Mitch la penetró con su sombría mirada durante más tiempo de lo que resultaba prudente, considerando que estaba conduciendo, pero enseguida volvió a mirar a la carretera. Tenía un perfil duro, y su voz era grave aunque sonó tersa.

—Entonces no estás segura.

—Sin comentarios.

La miró tan repentinamente que la pilló por sorpresa. Ella dio un brinco y lo miró percibiendo en el brillo de sus ojos que estaba enfadado y también alerta.

El coche se deslizaba con suavidad y Lorna trató de relajarse. Podía sentir cómo él elucubraba y la miraba de vez en cuando. Parecía imposible calmar sus nervios y volvió a pegar un brinco al oírlo hablar.

—¿Quieres saber lo que estoy pensando?

Aunque el tono era suave, la pregunta no. Lorna entrelazó los dedos en el regazo sin mirarlo. Habían parado en un semáforo en rojo, así es que Mitch estaba pendiente del paso de cebra que tenían delante.

—En realidad no —contestó, mirándolo.

—No te ofendas, pero lo que tú piensas y lo que yo pienso no afectará al resultado.

—Tal vez no —los ojos oscuros de Mitch se posaron en el rostro de Lorna como buscando algo muy pequeño difícil de encontrar. Lorna tenía que escabullirse del feroz escrutinio—. Ya está verde —espetó ella, deseando que les quedara poco para llegar y poder marcharse cuanto antes.

Contuvo la respiración hasta que el coche llegó al cruce, y después se relajó cuando notó que empezaba a tomar velocidad, pero su relajación duró poco porque al momento Mitch continuó con sus preguntas.

—Te diré lo que estaba pensando, de todas formas.

—No me sorprende —respondió ella, pero no lo dijo con tanto desdén como habría deseado, y sonó más bien divertido. Pero entonces, dijo algo que sí la divirtió. Era un hombre directo, que no se andaba con rodeos y que siempre se salía con la suya.

Muy probablemente sería un déspota, pero su instinto le decía que era muy benevolente con aquéllos a quienes amaba. Después de todo, debía querer mucho a su hermanastra y posiblemente también

a su madrastra, porque, aparentemente, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para protegerlas.

Mitch respiró profundamente y terminó riendo entre dientes, indicándole a ella que su respuesta parecía haberle gustado. Aunque también podría ser un gesto de cansancio típicamente masculino. La mayoría de los hombres que conocía se quedaban callados sin saber qué hacer ante sus comentarios. Puede que le hubiera ocurrido lo mismo a él, pero parecía disfrutar con las cosas que decía. Le entristecía pensar que podría haber habido algo entre ellos de no ser por las circunstancias.

—Creo que no eres una mentirosa ni una oportunista.

—Vaya, gracias —contestó ella, arqueando las cejas por la sorpresa.

—No parece que tengas una mente inestable tampoco.

—Dios mío, cuánto cumplido. Tendré que poner tu nombre en mi currículum para te pidan referencias sobre mí.

Para su absoluta sorpresa, Mitch se inclinó un poco para tomarle la mano. El movimiento fue tan espontáneo que la dejó sin saber qué decir. Su manaza cubrió la suya con suavidad. Era firme pero maravillosamente suave. Y tal muestra de gentileza le provocó una oleada de emoción tan honda que sintió escozor en los ojos. ¿Por qué demonios le pasaba eso?

Mitch giró y metió el coche en un aparcamiento gigantesco en la puerta del club. Evidentemente, había dicho todo lo que quería decir de las cualidades que veía en ella, pero no podía comprender por qué le había tomado la mano y la había sostenido con tanta ternura. Sus emociones se habían vuelto locas con Kendra durante meses, y se habían intensificado al conocerlo a él el día anterior. Seguro que por eso la afectaba tanto.

Algún día no muy lejano, estas emociones cesarían y podría volver a sentirse relajada, en paz, con alguna cita de vez en cuando, con algún hombre que la llevara a cenar y luego le diera unos cuantos besos húmedos nada impresionantes, y después se irritaría cuando ella no lo invitara a entrar. El dolor que sintió entonces, hizo que le escocieran los ojos más todavía.

Lorna se relajó cuando Mitch soltó su mano para maniobrar en el aparcamiento. Después le dio un billete al aparcacoches y rodeó el coche para ayudaría a salir. Resignada, Lorna tomó su bolso y

salió.

Le lanzó una mirada fugaz y al ver su expresión directa se sintió un poco reconfortada. Era la mirada decidida de alguien que sabe que tiene la obligación de hacer algo. La obligación de ella era no la de simular atracción por él sino frenar la que de verdad sentía.

Probablemente le resultaría más difícil a él simular sentirse atraído por ella, a pesar de que la noche anterior le hubiera dicho que la encontraba interesante. Las cosas que le había dicho esa misma noche probablemente no eran más que lo que cualquier hombre hubiera dicho en una cita, y no tenía que seguir dándole vueltas.

Tal y como lo veía ella, la actuación de Mitch tenía que parecer más realista a los ojos de Kendra que la de ella, porque más tarde tendría que quedar convincente cuando ella lo dejara. Probablemente las miradas habían sido un intento por parte de él de caldear el ambiente o un esfuerzo por obtener la respuesta adecuada por parte de ella. Al menos él había quedado satisfecho.

Lorna salió del coche y aceptó la mano que le tendía Mitch y que colocó en su brazo.

—Hagamos que parezca perfecto —dijo, con voz ronca. Y tenía toda la razón. Era muy inteligente por su parte que parecieran una pareja desde el mismo momento de su llegada, tanto si pensaban que Kendra estaría mirando como si no.

Pero era una locura disfrutar tanto con todo aquello que el corazón latía desaforado albergando una esperanza imposible, y de repente, sentía el deseo de estar entre sus brazos, muy cerca de ese cuerpo varonil, *sexy*, que no había olvidado desde que pusiera sus ojos en él.

Cuando entraron en el salón abarrotado y Mitch puso su brazo en la espalda de Lorna, apretándola contra él, el corazón estuvo a punto de salírsele del pecho.

Temblando por el efecto del abrazo de Mitch, Lorna tuvo la repentina certeza de que esa noche sería uno de los errores más importantes de su vida.

Mitch no se molestó en buscar una mesa. Se movía con facilidad entre la multitud, escudándola con su enorme cuerpo, y cuando llegaron a la pista de baile y se giró hacia ella, le quitó el bolso y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta para mayor seguridad. El gesto

la sorprendió arrancándole una sonrisa, pero antes de que pudiera reaccionar Mitch la tomó de la mano, deslizando a continuación su brazo por detrás de su cintura y la atrajo hacia él.

El súbito contacto de su cuerpo contra el de él, fue como si chocara con una pared electrificada. Las piernas le temblaron y se quedó mirándolo temerosa de que se hubiera dado cuenta de su flaqueza. Todavía no habían comenzado a bailar.

La oscura mirada de Mitch estaba fija en ella y ésta no podía soportar que la mirara de aquella manera sintiendo además el cuerpo de él firmemente pegado al suyo, así es que desvió la vista hacia el alfiler de la corbata de Mitch. Entonces fue cuando el aroma de su loción de afeitar inundó sus sentidos llenándola de deseo.

—Creo que no será suficiente con hacer acto de presencia durante veinte minutos. Hacemos mejor pareja de lo que creía —dijo él, con voz grave.

Una vez más, su comentario tan directo hizo que se pusiera roja. ¿Por qué le decía esas cosas? Como si fuera cierto que había estado pensando en ella, con un deseo imperioso.

Trató de apartarse un poco de él, pero el potente brazo que ceñía su cintura no le permitió escapar. Todavía no habían empezado a bailar.

—Deberíamos buscar una mesa —dijo ella, temblorosa.

—Parece que no hay ninguna libre, así es que tendremos que bailar.

Ante la sugerencia, Lorna alzó los ojos. Incluso bajo la tenue luz del salón podía percibir el fuego en aquellos ojos negros.

—Baila conmigo —pidió él, con voz ronca.

Pero era incapaz porque las rodillas no dejaban de temblarle y la sensatez que debiera regir su cerebro, como era lo habitual, no estaba, había sido reemplazada por aquella burbuja de sensualidad que parecía envolverlos. Incluso la balada *country* que estaba sonando hacía tan sólo unos segundos, parecía haberse detenido. Mitch la sonreía y ella podía ver el brillo del deseo en sus ojos.

Una vez más desvió la mirada y Mitch la llevó dulcemente al ritmo de la música. Cada uno de sus movimientos era seguro y certero, mientras que el cuerpo tembloroso de ella se iba fundiendo más y más con el de él. Mitch entrelazó sus dedos con los de ella y

ésta sintió cómo la mano que reposaba en su espalda a la altura de la cintura, se deslizaba osadamente más debajo de lo que ella había permitido a ningún otro hombre.

Lorna recibió la caricia tornándose cálida y húmeda en su interior, pero, desesperada por luchar contra esas tremendas sensaciones, trató de pensar en otra cosa.

—¿Ves a Kendra? —preguntó, estirándose para mirar por la sala, aunque lo único que encontró fue la mirada de Mitch.

—Todavía no. ¿Por qué?

—Estamos haciendo esto precisamente para que ella nos vea juntos —respondió.

—Pero no quedaría convincente si ella nos viera buscándola entre la multitud —señaló él.

—No he dicho que tengamos que buscarla descaradamente.

—Estás nerviosa.

Y estaba en lo cierto.

—¿Por qué habría de estarlo? —preguntó ella, dubitativa—. No deberíamos estar haciendo esto.

—Tal vez no, pero como ya te dije, no me arrepiento en absoluto.

Lorna se obligó a fijar la vista en los anchos hombros de Mitch.

—Si querías hacerme un cumplido, debes saber que no lo has conseguido. A menos que lo que intentes decirme es que no has salido a bailar en mucho tiempo.

—¿Por qué no?

—Pareces un hombre inteligente. Estoy segura de que lo sabes.

—Sé que tú eres quien va a pagar el precio más alto, y lo lamento. Más de lo que imaginas.

La comprensión que Lorna vio en ese momento en los ojos de Mitch hicieron que le gustara todavía más y se obligó a rechazar tal pensamiento.

—Estoy sedienta. ¿Podemos beber algo?

Mitch dejó de bailar, pero no soltó la mano de Lorna y la guió por entre la gente que bailaba en la pista. La balada había terminado y una melodía más movida empezó a sonar justo cuando llegaron al bar. A pesar de estar abarrotado Mitch encontró un taburete que cedió caballerosamente a su pareja dejando una mano en la espalda de ella en actitud posesiva. La miró como

preguntando qué quería beber y alzó las cejas ante la respuesta de ella: quería un doble de lo que fuera. Haciéndole una señal al camarero, le pidió dos *whiskies*.

—No imaginé que te gustaran las bebidas fuertes.

—Nunca en mi vida he bebido ninguna bebida fuerte.

—Si querías hacerme un cumplido, debes saber que no lo has conseguido —dijo él, repitiendo las palabras de ella de unos momentos antes—. No quiero pensar que he inducido a una abstemia a beber.

A lo que ella respondió, siguiéndole el juego, con lo mismo que él le respondiera a ella momentos antes.

—¿Por qué no?

—Pareces una mujer inteligente. Estoy seguro de que lo sabes —sus ojos bailaban divertidos, con la broma que se traían entre manos.

A Lorna le parecía increíblemente halagador que él recordara con total exactitud las palabras que ella había dicho antes. Lo que también era un consuelo, porque ella dudaba mucho de que pudiera olvidar todas y cada una de las palabras que él le había dicho. Jamás. Eso la entristeció bastante.

—¿Cómo es tu rancho? —preguntó. Su intención era cambiar de tema y hablar de algo neutral, pero, de repente, dudó que ése fuera el tema más apropiado. Ya había tenido la impresión de que Mitch era muy posesivo con las propiedades familiares, siempre vigilante por si aparecía algún oportunista.

—Lo suficiente para que no puedas recorrer todo el terreno a caballo en un día.

Ella desvió la mirada ante la respuesta, agradeciendo que el camarero acabara de colocar sus bebidas en la barra. Mitch retiró su mano de la espalda de Lorna para buscar la cartera, y mientras, Lorna tomó su vaso. La verdad es que no podía relajarse, sobre todo después de que Mitch guardara la cartera y posara de nuevo su mano en la espalda de ella.

Entonces recordó que le había dicho que pagaría su parte en todo. Dejó el vaso y le pidió su bolso. Mitch se lo entregó, y después de darle las gracias, lo tomó y buscó un billete.

—Guarda tu dinero —gruñó él, pero Lorna no hizo caso y le metió el dinero discretamente en el bolsillo de la chaqueta.

—Dije que yo pagaría mi parte, y la pregunta sobre tu rancho no era más que un intento de ser amable. No estaba intentando averiguar realmente lo rico que eres para ver si me interesas.

—Puedo ser muy generoso en la cama y fuera de ella, con la amante adecuada.

La sincera sorpresa que le provocó el comentario, la dejó sin respiración y sus sentimientos hacia él comenzaron a helarse.

—Yo no tengo amantes —contestó, con sequedad.

—Bueno, tampoco bebías nada fuerte antes de esta noche.

Frustrada por no encontrarse tan cómoda hablando con él como lo estaba en la pista de baile, miró hacia la barra y tomó su vaso, del que bebió precavidamente, como sospechando el sabor amargo que tendría. El resultado fue que se atragantó ligeramente y los ojos se le humedecieron. Buscó una servilleta para secarse un ojo y después el otro, antes de poder seguir bebiendo. La risa entre dientes de Mitch resonó en sus oídos, pero también sintió el aliento en su mejilla.

—¿Acaso estás tratando de ahogar lo que te come por dentro? —continuó Mitch.

Ante la respuesta sin apenas voz, él volvió a reír lo que la hizo sentirse enfadada y frustrada de nuevo, así es que se obligó a beberse la copa de un solo trago, para dejar después el vaso sobre la barra y limpiarse la boca con la servilleta. Tenía la sensación de que el *whisky* le había quemado la garganta, y el estómago no parecía haberlo aceptado. Estaba sintiendo náuseas. Lorna no se movió esperando que la náusea pasara para no añadir una humillación más a los acontecimientos de la noche.

La mano de Mitch subió por la espalda de ella para posarse cálidamente sobre un hombro, a la vez que se inclinaba para susurrarle:

—¿Estás bien?

Lorna afirmó con un ligero movimiento de cabeza, aliviada de que el malestar fuera cediendo. No podía mirarlo, aunque su cara no estuviera a más de un milímetro de distancia de la de ella.

—Creo que me sentaría bien algo con lo que diluir el alcohol. Un refresco o un vaso de agua con hielo, tal vez.

Mitch volvió a reír y Lorna se sintió como una idiota. Le pidió un Sprite mientras ella buscaba dinero otra vez en su bolso para

pagar. Hizo la misma operación que antes.

—Eres una cabezota, Lorna Dean Farrell. Y te creo en lo del rancho.

—Entonces, por favor, deja de ponerme a prueba. Pensé que ya te habías convencido de que no era una oportunista, y, para tu información, no todas las mujeres que no tienen tanto dinero como tú, anhelan tu fortuna. Además, incluso un oportunista se lo pensaría dos veces antes de enfrentarse a un dragón para alcanzar el tesoro, así es que, se podría decir que estás a salvo —dijo ella, y de repente se dio cuenta de que Mitch la había llamado por su nombre completo—. Dime, ¿cuándo contrataste al investigador?

—El viernes cuando llevé a Kendra a casa.

—¿Y cuánta información te ha proporcionado tu dinero?

—Lorna Dean Farrell, tomó el segundo nombre del apellido de soltera de su madre adoptiva. Buena, bien educada, seis orfanatos —contestó él, sin vacilar.

—¿Has podido leer mi expediente? ¿Es eso legal?

—¿Quieres oír más?

—No, no importa —contestó ella, avergonzada y dolida.

Mitch apoyó el antebrazo en la barra y se acercó de nuevo a ella.

—De acuerdo, pero hay algo que me gustaría saber. —Estaba tan cerca de ella que podía sentir su aliento en la cara.

—¿Tal vez tu investigador dejó pasar algo por alto? —Mitch sonrió ligeramente, pero no contestó en seguida.

—Me preguntaba si habrías aprendido lo suficiente sobre caballos en aquel orfanato con ponis en los que solías montar para ir de excursión al río, porque mañana vendrás a ver el rancho.

Cualquier esperanza que Lorna hubiera albergado sobre la privacidad de su pasado se esfumó al ver que hasta esos detalles insignificantes sobre su vida en los orfanatos habían sido descubiertos. No pudo evitar quedar impresionada por la habilidad de quien quiera que estuviera trabajando para Mitch. El que no hubiera ningún detalle bochornoso en su expediente la consolaba, al menos. Podía decirse que ésa era la recompensa por haber sido siempre una buena chica, aunque nunca pensó que la recompensa fuera «así».

Finalmente, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, Mitch. No voy a ir al rancho. Jamás.

—Kendra no se creerá que me haya encaprichado de una mujer y que no sea capaz de convencerla para ir al rancho.

Sintiéndose realmente dolida, Lorna dio un último trago de su Sprite y se levantó bruscamente de su taburete.

Mitch se puso a su lado inmediatamente, pero ella se escabulló y se abrió paso entre las mesas, dirigiéndose directamente hacia la puerta. Mitch la tomó del brazo con suavidad, al ver a Kendra en una de las mesas, que les hacía gestos enloquecidos para llamar su atención.

Como si la noche no hubiera sido ya un desastre, ahora tendría que hacer frente a Kendra. Y lo que era todavía peor, tenían que simular que lo estaban pasando bien. No le gustaba nada todo aquel plan absurdo, pero logró esbozar una sonrisa cuando Mitch la empujó para llegar hasta la mesa de Kendra.

—¡Qué guapa estás Lorna! Tan elegante y sofisticada. Hacéis una pareja perfecta —dijo Kendra, radiante de felicidad mostrando su aprobación a la relación. Buscó la mano que Lorna tenía libre y la apretó en un gesto de complicidad, antes de volverse, entusiasmada hacia Mitch—. ¿No es maravillosa?

Lorna se notaba muy incómoda ante la situación, pero Kendra pareció pasar por alto ese detalle.

—Sí que lo es —respondió él.

Consciente de su presencia, Lorna saludó a su jefe con un movimiento de cabeza, al que éste respondió de igual modo antes de que Kendra continuara con su animada charla.

—¿Por qué no os unís a nosotros? Podemos ir a un sitio más tranquilo, si os apetece.

Lorna sacudió la cabeza automáticamente y Mitch respondió, casi simultáneamente.

—No, gracias hermanita. Vamos a cenar algo.

—La llevarás al rancho mañana, ¿verdad? —Lorna se contrajo involuntariamente y Mitch se rió.

—Sí, pero para una excursión a solas. Nada de hermanas pequeñas por allí que nos espíen.

—Jamás se me ocurriría entrometerme entre una pareja de tortolitos en sus primeras citas —contestó ella.

—Además yo tengo planes para Kendra mañana que la mantendrán fuera de vuestro alcance —dijo John Owen.

—Te lo agradezco, pero creo que hace años aprendió la lección.

—Eso fue hace mucho tiempo. Mitch —contestó ella, sonrojándose.

—Y yo tengo una gran memoria. Dudo que aquella jovencita se haya recuperado de la sorpresa al enterarse de que cierto mocoso de catorce años y sus amigos la habían pillado en su primer escarceo amoroso.

—Hace tiempo que pasé esa etapa —contestó Kendra, con risa nerviosa.

—También recuerdo otra vez, tan sólo hace dos años… —empezó Mitch de nuevo, lanzándole a su hermana una mirada burlona.

—De acuerdo, tú ganas. Os dejaré a ti y a Lorna solos. Prometo no interferir.

—Está bien. Esta vez John cuidará de que sea así. Te debo una —finalizó, mirando a John.

—Para mí es suficiente con que no le pagaras con la misma moneda cuando empezamos a salir juntos —contestó John.

Lorna seguía allí de pie, escuchando la conversación ansiosa por marcharse. Le daba vueltas la cabeza entre la música y el ruido, y lo único que deseaba era salir de allí y tomar el aire en un lugar tranquilo. Necesitaba encontrar una excusa para evitar ir con Mitch a su rancho al día siguiente.

De ninguna manera podía dejarse convencer. Doris vivía allí, y lo último que quería era volver a encontrarse cara a cara con su madre. Seguro que Mitch sabría comprenderlo sin necesidad de que ella se lo dijera.

Kendra los dejó ir por fin pero, para su desesperación, la cabeza le daba más vueltas fuera del club, en el calor de la noche. Los tacones que se había comprado a propósito para ese vestido le parecieron de pronto demasiado altos e incómodos, y como Kendra ya no estaba cerca, soltó el brazo de Mitch para caminar sola. Y lo hizo bien los tres primeros pasos, pero acabó encajando el tacón en un hueco de la acera y se rompió. Sólo los rápidos reflejos de Mitch evitaron que cayera al suelo.

Lorna no pudo evitar una risa nerviosa antes de agarrarse al brazo de él, para sacar con cuidado el tacón enganchado. Mitch entregó el *ticket* al aparcacoches para que les llevara el coche, y

después volvió a prestarle toda su atención a Lorna.

—¿Estás mareada? —preguntó aunque la mirada en sus ojos lo afirmaba, y Lorna se empeñaba en negarlo.

—Vamos a comer algo así se te pasará el malestar.

—No estoy borracha —dijo ella riéndose con risa floja.

—No hay más que verte para saber que un *whisky* doble es demasiado alcohol para un cuerpo tan pequeño.

—No es verdad —contestó, riendo de nuevo aunque más suave esta vez. Seguía estando muy mareada—. Quiero ir a casa.

—No hasta que comas algo.

Cada vez más mareada y frustrada era incapaz de dar una respuesta coherente.

—Quedamos en que sólo estaríamos juntos veinte minutos bailando para que nos vieran; Kendra ya nos ha visto y ha decidido que somos pareja. Misión cumplida. Me voy a casa.

Donde tenía la esperanza de encontrar una excusa para no ir al rancho al día siguiente, le faltó decir.

—Pero no hemos estado bailando ni cinco minutos y sé que necesitaré algo más para convencerte de que vengas conmigo al rancho mañana. Así es que vamos a comer algo.

Lorna no cabía en sí de la frustración que sentía. Se quedó mirándolo malhumorada, inconsciente de estar agarrando la solapa de la chaqueta de Mitch igual que hiciera su hermana momentos antes para dar más énfasis a sus palabras.

—Mira, señor Ellery, como ya te he dicho esta tarde, no puedes darme instrucciones todo el tiempo co…

Lorna se detuvo al ver que Mitch había cerrado su mano tiernamente sobre el puño de ella, lo cual la hizo darse cuenta de que lo estaba agarrando por la solapa.

—Por favor, Lorna, cena conmigo —dijo él, casi en un susurro—. Estoy hambriento, el cocinero ya se habrá acostado cuando quiera llegar a casa, y odio comer solo.

Lorna lo miraba embobada. Lo estaba haciendo otra vez: cambiar bruscamente del tono tiránico al susurro. No podía odiarlo viendo la sinceridad que había en esos ojos negros con la imagen que había dibujado, con mucha habilidad, del hombre solitario que llega tarde a casa y tiene que comer sólo en la cocina de su rancho o en un restaurante sólo también y rodeado de parejas en las demás

mesas.

Su frustración se suavizó un poco convirtiéndose en compasión por sí misma consciente de que se abalanzaba hacia lo inevitable.

—Mitch, esto es una locura —intentó una vez más, antes de perder por completo la cabeza.

Pero él por toda respuesta soltó la mano de ella que apresaba su solapa y besó con ternura los nudillos. Ver que un rostro de la fiereza del de Mitch podía transformarse delicadamente para darle aquel beso, le resultó erótico, y las oleadas de calor que la recorrían, la hacían desearlo más todavía.

—Entonces será la locura más agradable que hayamos sufrido, Lorna Dean —susurró él, la mirada sombría, aunque ella seguía viendo que era sincera y eso la emocionó—. Me parece que no quiero desperdiciar ni un solo momento que pueda pasar contigo.

Y volvió a besarle los nudillos, mientras ella se sentía traspasada por un deseo como no había sentido jamás. Mitch alzó lentamente la cabeza y la miró. Lorna se volvía absolutamente vulnerable ante ese hombre, esa mirada. Sintió la necesidad de llorar de emoción, y lo único que pudo hacer fue aguantar sin desfallecer el ardor que se desprendía de aquella mirada. Aquél era el hombre que había estado esperando toda su vida. Su instinto se lo había indicado ya varias veces desde que se encontraran, pero de repente, la seguridad ardió intensamente en su interior. Y la tristeza de saber que lo único que conseguiría sería un corazón destrozado, fue la mayor que había sentido nunca.

A pesar de que hacía mucho tiempo que había aprendido a no mostrar su dolor, realmente era un milagro que lo consiguiera esa vez. Le temblaban hasta las comisuras de los labios, pero consiguió transformarlos en una sonrisa.

—Supongo que no es divertido irse a la cama hambriento —su voz sonó melancólica a pesar de la sonrisa. Notó que él lo había percibido también y se le ocurrió reírse para distraerlo—. Pobrecillo, pobre millonario texano. Supongo que una hamburguesa para llevar no es lo que estás pensando, ¿verdad? —dijo, soltándose de él—. Supongo que los chicos muy ricos como tú sabéis lo que son esos sitios donde paras el coche y compras la hamburguesa, ¿no?

El silencio que sobrevino le pareció interminable. Lorna no podía ni respirar, pero intentó poner su mejor sonrisa mientras

esperaba la contestación de él.

—Aquí está el coche —fue su contestación. El aparcacoches corrió a abrir la puerta para que entrara ella que así lo hizo, abrochándose el cinturón y acomodándose en su asiento mientras Mitch daba la propina a chico y se metía a su vez en el coche.

Ninguno de los dos dijo una palabra mientras salían del aparcamiento. Finalmente fue Mitch quien rompió el silencio.

—¿Entonces qué has decidido, Lorna? ¿Vienes a cenar conmigo o no?

—De acuerdo —se rindió ella finalmente, tras un breve lapso de serenidad, para ver en Mitch una suave sonrisa.

Sentía que la estaba estudiando, y miró hacia otro lado pero él volvió a tomarle la mano y condujo así, unido a ella. Lorna bajó los ojos y miró las manos de ambos, y no pudo resistir la tentación de cubrirlas con su mano libre. Al principio lo hizo para sentir la firmeza de esos dedos, confirmándole que estaba contento de que hubiera decidido ir a cenar con él, pero después se sintió realmente cómoda en la posición y se dejó llevar.

Sus sentimientos por Mitch eran demasiado fuertes, pero por una vez en su vida, estaba siendo capaz de desterrar la idea del inminente desengaño porque ya era demasiado tarde para ella y porque podía ser que nunca volviera a sentir algo parecido, por lo que simplemente se dejó enredar en el torrente de esa maravillosa sensación.

Como si él también sintiera la misma implacable sensación que ella ante lo inevitable, Mitch se mostraba solícito y amable como si de verdad la estuviera cortejando. Después de pedir en un pequeño y apartado restaurante que Lorna no conocía, charlaron sobre toda una variedad de temas desde el tiempo hasta la política.

La conversación era relajada, pero Lorna se mostraba precavida y mucho menos comunicativa que Mitch. Éste, sin embargo, expresaba sus firmes ideas de forma directa pero entretenida, resultando ser un hombre muy culto. Probablemente había sido educado para poder mantener una conversación de cualquier tipo, y eso también le resultaba poderosamente atractivo.

Acabada la cena, pidieron café y Mitch le preguntó cuál era el trabajo con el que soñaba. Lorna no podía confesarle que lo que más deseaba era casarse y formar una familia a la que cuidar, así es

que se puso a nombrar toda una serie de excitantes carreras y finalmente le dio la vuelta a la pregunta, y le dijo que qué haría él si no tuviera el rancho y los pozos petrolíferos, si de repente se quedara sin su fortuna.

—Algo relacionado con los caballos y el trabajo al aire libre —contestó él, sin pensárselo dos veces.

—Un tipo duro —dijo ella, sin apenas sorprenderse. Lo cierto es que no podía imaginárselo yendo todos los días a trabajar a una oficina todo trajeado—. ¿Tendrías que ser rico o te conformarías con ser un pobre mortal con una hipoteca que pagar llevando una modesta vida?

—El dinero no lo es todo, pero me gustaría ganar lo suficiente para poder formar una familia y dar educación a mis hijos. Y para poder comprarle algo bonito a mi mujer de vez en cuando.

Hasta ese momento, la conversación entre ellos había sido bastante superficial, como si hubieran alcanzado un acuerdo tácito que prohibía los temas personales. Lorna le había dado una lista llena de trabajos frívolos, pero en el momento en que lo escuchó, el corazón le dio un brinco. Formar una familia era su meta en la vida, y escucharlo a él hablar del trabajo que le gustaría hacer y del dinero que le gustaría ganar con el único fin de formar una familia y educar unos hijos, lo hacía aún más deseable a sus ojos.

Aunque había sido la última frase, «poder comprarle algo bonito a mi mujer de vez en cuando», lo que le pareció muy muy personal y dirigido a ella de lleno.

La lealtad y protección que mostraba hacia su hermanastra y madrastra la habían hecho sentir envidia, pero escuchar esas palabras, era aún peor. Tal vez estuviera confundiendo las cosas al oír la palabra «mujer» porque era algo que ella deseaba ardientemente llegar a ser.

La mayoría de los tipos con los que había salido estaban inmersos en sus carreras y le parecían tan inmaduros, tan preocupados por cosas insustanciales que un hogar y unos hijos les quedaba demasiado grande. Por eso Lorna no podía tomarlos en serio. Pero Mitch era diferente.

—¿He dicho algo malo?

La suave voz de Mitch la hizo volver en sí y consiguió sonreírle.

—Pensaba que la mayoría de los hombres sólo piensan en sus

carreras y en el dinero. Tus palabras me han hecho pensar que tus prioridades son la familia y los hijos.

—«Mujer» e hijos —corrigió, dando especial énfasis en lo primero.

La miró detenidamente, estudiando sus tensos rasgos. Ella era tan transparente para él que le resultaba todo un esfuerzo mantenerle la mirada. Lorna no podía responder a lo que acababa de decir Mitch, y tampoco lo necesitó porque éste continuó hablando.

—Yo ya quiero sentar la cabeza, Lorna. Tengo casi treinta y tres años y ya es hora de buscar una mujer y empezar a formar el nuevo clan Ellery. Como yo fui hijo único, mi ilusión es formar una familia numerosa.

Lorna se apresuró a levantar su taza y bebió tratando de encontrar algo que contestarle. Su corazón latía desenfrenado, pero consiguió sonreír.

—¿No crees que tu futura mujer tendrá algo que decir al respecto?

—No me casaré con una mujer con la que no me pueda poner de acuerdo en el número.

El carácter de la conversación había cambiado radicalmente. Unas cuantas palabras y ya estaban tratando de algo mucho más personal y serio.

«¿Qué te parecen cuatro hijos, señor Ellery? O mejor, ¿media docena?».

Lorna se imaginaba un montón de niños con el pelo negro y los ojos oscuros, y un par de ellos con los ojos, azules como los de ella, todos felices, sanos y protegidos a los que nunca les faltaría amor y cuidados, niños que nunca se sentirían desplazados ni abandonados.

Y tal vez uno o dos más recogidos de un orfanato. Niños como ella, huérfanos, porque sus familias los habían abandonado. Niños que no tenían a nadie, que ansiaban el amor de una familia. Lorna no podía decirle esas cosas, pero su corazón le gritaba que lo hiciera y ella también deseaba saber lo que Mitch le habría dicho de todo esto.

Afortunadamente, la camarera les llevó la cuenta y Mitch le pagó. Lorna le estaba muy agradecida por no interrumpir el tono que la conversación había adquirido. Se habían alejado de esos tópicos utilizados para romper el hielo y hablaban del tema que más la afectaba. Habían terminado de cenar y ya habían pagado, así es que podían abandonar el restaurante y terminar la velada.

Ella arrastró su silla separándose de la mesa dispuesta a marcharse y puso su mano en el pequeño bolso. La mirada de Mitch se movía tomando nota de cada uno de sus leves movimientos, pero él no se movió.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó de pronto, la mirada fija en ella —. ¿Te gustaría tener hijos?

—Sí —contestó ella, tímidamente, deseando interiormente cambiar de tema. No quería que le sonsacara nada relacionado con su deseo de formar una familia, pero, de repente, se vio arrastrada al centro de la cuestión.

—¿Continuarás con tu trabajo y serás una madre moderna, o tal vez eres una mujer más clásica que no pensará dos veces en dejar una vida laboral para quedarse en casa y criar a sus hijos?

Mitch le estaba haciendo aquella pregunta porque realmente quería saber lo que ella opinaba, su interés era real, y por tanto esperaba una respuesta real también. Era demasiado tarde para cambiar de conversación, así es que lo único que se le ocurrió fue contestar a la pregunta con otra pregunta.

—¿Y tú seguirás siendo un ranchero todo tu tiempo, saliendo a cabalgar desde el amanecer hasta el anochecer mientras tu mujercita se queda en casa cuidando de los pequeños?

Lorna le sostuvo la mirada, aunque el brillo de los ojos de éste penetraba los suyos.

—Te incomodan las preguntas tan personales, ¿verdad?

Mitch afirmaba pero de una manera que sutilmente requería una contestación. Así es que se la dio.

—Piensa en las circunstancias, Mitch. No deberíamos preguntarnos cosas tan personales, y ninguno de los dos debería responder —lo miró con más profundidad y su voz se dulcificó—. No hay razón alguna para que estemos ahondando en temas personales, basta que sepamos lo más preciso para que luego podamos separarnos. Por eso la pantomima esta de la cita es una total pérdida de tiempo para ambos.

Para Lorna fue un alivio poder decirlo todo, restableciendo así el límite que no debían sobrepasar, aunque le doliera pensar que su relación se limitaría a un saludo en caso de encontrarse en vez de lo que su corazón le dictaba.

—Y a propósito —continuó, tratando de mantener las distancias —, esto me hace recordar que al salir te dije que yo pagaría mi parte. Te lo daré cuando lleguemos al coche.

—Así es que lo que te pone nerviosa es hablar de maridos, mujeres y niños —dijo él, ignorando lo del dinero de la cena. Lorna dejó escapar la respiración que había estado conteniendo, aunque volvió a hacerlo al ver que Mitch continuaba—. Entonces planearemos lo de mañana. Pasaré a buscarte a las ocho para ir al rancho —dijo, sin rodeos—. Saldremos a pasear a caballo, comeremos junto al riachuelo, aunque el calor nos hará regresar a la casa hacia la una. Te enseñaré los alrededores para que Kendra tenga la oportunidad de vernos juntos, y te traeré de vuelta a casa hacia las cinco, seis como muy tarde.

Consternada, puso sobre la mesa el bolso que sostenía en el regazo, deseando marcharse y poner fin a la velada.

—No puedo ir a tu rancho —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Kendra no se creerá lo de esta noche si no vienes conmigo mañana.

—No puedo ir a tu rancho —repitió.

—¿Por qué no?

Lorna vio la mirada de aquellos ojos oscuros que le decían que él ya sabía la razón, pero la dureza de su rostro le exigía que fuera ella quien se lo dijera.

¿Y por qué no? ¿Por qué no decírselo? El resentimiento afloró y Lorna se dio cuenta de que no iba dirigido a él, sino a Doris. Alzó la barbilla ligeramente con la esperanza de que su mirada pareciera más fría que dolida.

—No quiero volver a ver a Doris, y ambos sabemos que el sentimiento es mutuo.

—Pero no la verás mañana —contestó él con calma—. Se habrá marchado mucho antes de que lleguemos y no volverá hasta la noche.

—Cuanto menos sepa de Doris, más fácil será vivir con… todo esto.

—Rancho Ellery es de mi propiedad.

—Pero ella vive allí ahora, ha sido su hogar durante años… —contestó sacudiendo la cabeza.

—Olvida que Doris vive allí. Yo vivo allí, Lorna, es mi hogar.

Ni siquiera el recordatorio bastaba para consolarla. Y la forma en que lo había dicho, como si quisiera realmente que ella pensara que aquél era su hogar, implicaba de alguna manera que debía ser significativo para ella. Era como si la estuviera llevando a su hogar por deseo propio, y que ese deseo debía ser mutuo. Simplemente eso. Pero con aquello, lo único que conseguiría sería que después de pasar tiempo con Mitch, lo recordaría todavía con más cariño después.

Esta vez no esperó a que él captara la indirecta de que quería marcharse. Simplemente se levantó, se detuvo un momento esperando que él lo hiciera también, y después se dirigió hacia la puerta, mientras él se ponía a su lado y le pasaba su brazo alrededor de la cintura.

Era un gesto totalmente razonable en un hombre educado en una primera cita, pero para ella sólo aumentaba la tortura. Su cuerpo se acoplaba perfectamente al de él y le encantaba el calor y la protección que le daba. La atracción que sentía hacia aquel hombre había ido aumentando a cada minuto, y tener su brazo rodeándola la excitaba. Hasta aquella noche, no había sentido nunca la urgencia del deseo.

En cuanto entraron en el coche, sacó su cartera y dejó un par de billetes sobre el salpicadero. Mitch entró, arrancó, y entonces vio el dinero. No hizo ningún comentario y para alivio de ella, tampoco hizo ademán de devolvérselo.

Lorna consiguió mantener el silencio y cuando llegaron a la puerta de su edificio, le dio apresuradamente las gracias por la velada. Se estaba desabrochando el cinturón cuando Mitch paró el

coche y le tomó la mano antes de que pudiera abrir la puerta.

—Parece que tienes prisa, Lorna.

—Es tarde —dijo ella, mirándolo casi sin aliento, lo que provocó una breve sonrisa en él.

—¿Es así como quieres que termine la noche?

La pregunta puso su corazón a la carrera, parte de ello debido a que veía el calor que desprendían sus ojos negros. Pero estaba claro que no pretendía besarla.

—Si hablas de lo que creo, por favor, no lo hagas —dijo ella, con voz ronca, mezcla de miedo y de anhelo.

—Busca una ropa apropiada para mañana. Si no tienes botas o sombrero, te conseguiré unos.

La orden fue un alivio para ella, aunque también complicaba las cosas. Un alivio porque había conseguido negarse a algo y él parecía haberlo aceptado, pero empeoraba las cosas porque significaba que no cejaba en su empeño de la excursión a caballo en su rancho.

—Ya te he dicho por qué no puedo ir contigo mañana.

Mitch acarició el dorso de la mano de ella con el pulgar, y su voz sonó asombrosamente suave.

—Pero tenemos un trato.

—Deja de acosarme —dijo ella, y su voz sonó ligeramente dolida en vez de enfadada.

—Permíteme llevarte a montar a caballo mañana. El río es un lugar tranquilo y fresco, llevaremos cosas ricas para comer, será un día maravilloso…

—Y cada segundo será una farsa —le cortó ella, pero ni siquiera entonces consiguió que sus palabras sonasen tan fuertes como le hubiera gustado.

Mitch afianzó más la presión sobre los dedos de ella y ésta vio el ardor en aquellos ojos negros mientras él se inclinaba hacia ella.

—Cada segundo no —dijo él, justo antes de que su boca se posara sobre la de ella.

Sus firmes labios provocaron en ella una suave conmoción, sellando su boca antes de que pudiera retirarse o girar la cabeza. El fuego que desprendían se extendió por su cuerpo llenándola de una sensación de voluptuosidad.

No era consciente de que había alzado la mano, hasta que sus

dedos rozaron la suave mejilla de él. Entonces un fogonazo de cordura la hizo despertar y se apartó. El beso no debía haber durado más de unos segundos, pero el ardor había hecho que buscara aire con desesperación, como si hubiera estado aguantando la respiración mucho rato, su cuerpo era todo un caos y su cerebro se movía en una actividad frenética.

—Por favor, Lorna Dean. Ven conmigo mañana —continuó Mitch.

Ella lo miró fijamente, abrumada por el seductor timbre de su voz y la sinceridad que veía en sus ojos. La forma en que la llamaba Lorna Dean era tan aplastantemente persuasiva que no pudo resistirse.

—Está bien —dijo finalmente, con apenas un hilo de voz, sintiendo a la vez excitación, miedo y disgusto. ¿Desde cuándo tenía tan poco carácter?

Lorna salió del coche con brusquedad, corriendo hacia el portal tan rápidamente que Mitch sólo llegó hasta la mitad del camino cuando ella ya estaba dentro y había cerrado la puerta. Lo vio detenerse en seco, y tocarse ligeramente el ala del sombrero a modo de despedida, y entonces sintió unas ganas tremendas de llorar al verlo darse la vuelta para dirigirse al coche.

Estaba claro que fue sólo su imaginación la que hizo que lo viera caminar con un paso menos firme que el de costumbre, como si no tuviera ganas de marcharse. Estaba claro también que fue sólo su imaginación la que lo hizo verlo llegar al coche y mirar por encima del techo hacia el portal durante unos instantes de locura, antes de meterse.

Pero lo que no fue imaginación de nadie es que permaneció allí, de pie, en la más absoluta tristeza, hasta que las luces de su coche se confundieron con las del tráfico antes de desaparecer por completo en la distancia.

En cuanto Lorna llegó a la seguridad de su apartamento, se metió en su habitación y colgó el vestido. Su cuerpo y su corazón todavía estaban alterados después del beso de Mitch. Lorna se dedicó a la agitada actividad de desnudarse, y cepillarse el pelo con la intención de hallar en ello la tranquilidad de la rutina, pero ni siquiera el hecho de desmaquillarse y darse una ducha rápida bastó para quitarle la idea de que aquel hombre la afectaba demasiado.

Y es que no era sólo el beso, sino todo lo que había ocurrido en los últimos dos días. Desde el momento que entró en la oficina aquel día y lo vio allí sentado, su corazón volvió a la vida. Era como si todos esos años hubiera estado en una burbuja, trabajando muy duro para abrirse camino en el mundo mientras esperaba que el hombre de sus sueños apareciera. Un ideal de hombre que buscaba una serie de cualidades que le habían ido pareciendo cada vez más utópicas según pasaba el tiempo, hasta que Mítch apareció y las hizo tomar cuerpo de nuevo.

Seguro que se equivocaba. Las cualidades que había visto en Mitch no eran más que un truco, una ilusión que veía porque su corazón solitario se empeñaba en verla, un corazón demasiado confundido por el deseo como para ver con claridad.

Lorna salió de la ducha y se secó con firmeza, antes de envolverse en una bata de ligero tejido y salió de la habitación. Se encaminó a la cocina para buscar un refresco, cuando oyó la llamada inconfundible de Melanie y fue a abrir la puerta. Esta puso delante de Lorna un papel doblado, para explicar su presencia. Como Melanie había estado fuera todo el día, Lorna había pasado una nota por debajo de la puerta de su amiga, y ahora se moría de curiosidad.

—¿Has ido a bailar con Mitch Ellery?

—Lamentablemente, sí, y ahora necesito hablar con alguien para que me ayude a recuperar la cordura.

—Entonces te gusta —afirmó Melanie.

Lorna dio un paso hacia atrás y la dejó entrar en la casa. Sacaron unos refrescos del frigorífico y se sentaron en el salón.

—En tu nota decías que me lo explicarías más tarde, así es que llevo toda la noche en suspense —continuó Melanie, acomodándose en el sofá dispuesta a escuchar todos los detalles de la velada.

Lorna le contó rápidamente todo, desde la cita fingida hasta lo de la visita al rancho al día siguiente.

Mellie guardó silencio durante unos minutos, y después le lanzó una mirada comprensiva a su amiga.

—A juzgar por la desolación en tus ojos, piensas que Mitch Ellery es el hombre más maravilloso del mundo, y estás absolutamente loca por él —dijo Melanie, finalmente.

—Probablemente solo sea un capricho pasajero. Un

enamoramiento de adolescente. Enamorarte tan rápido de alguien, indica que no es amor de verdad. Al menos no el tipo de amor que dura, ¿verdad? —dijo Lorna, mirando esperanzada a su amiga.

—En todo el tiempo que te conozco, nunca te había visto usar la palabra amor para definir tus impresiones después de una cita —contestó Mellie, con una sonrisa.

Lorna se levantó de pronto, y se puso a pasear por el salón, demasiado nerviosa para quedarse sentada.

—Puede que un hombre realmente interesante estuviera destinado a aparecer en mi vida —dijo Lorna, tratando de parecer filosófica—. Tal vez porque es el primero que realmente ha llamado mi atención —se detuvo, para mirar a su amiga de frente—. O mejor todavía, tal vez la razón de que me resulte tan interesante sea porque es un hombre que está fuera de mi alcance.

Aquella conclusión sólo rozaba la verdad realmente, y Lorna pareció visiblemente consternada.

—Vale, pero resulta que tú eres bastante autodestructiva —señaló Mellie, haciendo ver que la absurda idea de que aquel hombre estuviera fuera de sus posibilidades no tenía nada que ver con los sentimientos imposibles que su amiga sentía hacia él—. ¿Y por qué está fuera de tu alcance?

La pregunta sorprendió a Lorna por lo obvia que a ella le resultaba la respuesta.

—Por favor, Mel, ya sabes por qué. Por Doris y por Kendra.

—Pero ellas son su familia postiza. Doris todavía es joven. Probablemente volverá a casarse y formará una nueva familia. Y Kendra va a casarse y se mudará a San Antonio. Tu señor Ellery se quedará muy pronto solo en aquella casa. Además, dudo mucho que un hombre como él necesite el permiso de nadie para elegir a la mujer que quiera o para casarse con ella —dijo Mellie, sonriendo burlonamente—. Y todo esto lo adivino después de haberlo visto una sola vez y a través de la mirilla.

Lorna se sintió esperanzada, pero terminó por sacudir la cabeza categóricamente.

—Pero los tres están muy unidos, Mel, y la familia significa mucho para él. No permitiría que su relación con Doris y Kendra se estropease, y no permitiría que una extraña fuera la causante. Probablemente permanezcan unidos para siempre —concluyó

Lorna.

El rostro de Melanie se apenó.

—Lo siento. A veces olvido que no todas las familias son tan desleales como las nuestras lo fueron —dijo con tristeza.

Realmente se quedaba corta con la palabra desleal. Cuando la madre divorciada de Melanie murió, la nueva familia de su padre no quiso que se quedara con ellos, así es que éste renunció a todos sus deberes como tal. En el caso de Lorna, sus familias adoptivas no la habían visto como un miembro legítimo de la familia así es que nadie quiso que entrara a formar parte.

Mellie la miró con perspicacia.

—Y eso también te atrae, ¿verdad? Primero aparece para proteger a su hermanastra de ti, después deja que su madrastra lo manipule para que simule contigo una farsa con el fin de no herir los sentimientos de Kendra y conseguir que ella misma ponga punto final a su amistad contigo —continuó Mellie, sonriendo con tristeza —. Y ahora te preguntas que si ha sido tan permisivo y protector con su familia postiza, qué no hará por su propia mujer e hijos.

Lorna sintió que el latido de su corazón se ralentizaba.

—Debe ser eso, sí, Mel. Estoy segura de que es eso —dijo Lorna, casi atragantándose por la emoción.

Mellie dio la sensación de estar pensando en ello, y finalmente asintió con la cabeza.

—Sí, probablemente sea eso. Los hombres como Mitch son tu debilidad y la mía, así es que… estoy segura de que tu atracción no tendrá nada que ver con su aspecto tan viril y… ardiente.

Melanie dijo esto último como si no le diera demasiada importancia, y Lorna no pudo evitar sonreír.

—Bueno, sí, supongo que también influye eso —convino ésta.

Las dos estallaron en una carcajada y el tono lúgubre del principio desapareció.

—No conozco a Doris y no quiero decir nada que eleve tus esperanzas, pero creo que lo de la farsa de la cita es más de lo que parece. Está tramando algo y tal vez sea algo bueno —dijo Melanie.

La alegría se esfumó. Lorna desvió la mirada, alarmada ante lo mucho que deseaba que lo que decía su amiga se hiciera realidad.

—No, no es nada bueno —la corrigió Lorna rápidamente—. Doris no tiene un plan secreto, al menos, un plan que me beneficie

en modo alguno.

Además, la idea de algo bueno sería que Lorna no existiera. No era un pensamiento de autocompasión sino un hecho en su vida.

—¿No crees que Doris pueda tener curiosidad por conocerte? —preguntó Melanie.

Lorna comenzó a caminar por la habitación de nuevo, lastimosamente atormentada por la idea, a pesar de la certeza de los sentimientos de Doris, o mejor la falta de sentimientos, hacia ella. El que Doris tuviera curiosidad por conocerla no era ni remotamente posible, no a la vista del comportamiento de su madre en el pasado. Además, Doris podía satisfacer cualquier atisbo de curiosidad contratando a un investigador privado, y Mitch ya había contratado a uno muy bueno.

—Doris nunca quiso aparecer en mi vida —dijo Lorna, con un gesto de dolor, tratando desesperadamente de eliminar la pequeña llama de esperanza—. No quiere tener nada que ver conmigo.

—Entonces siento haberlo sugerido. Si Doris es como mi padre, no merece ni la más mínima consideración.

Lorna dejó de dar vueltas por la habitación y, acercándose a su amiga le tocó el hombro en un gesto de silenciosa comprensión. Al menos nunca conoció a Doris. Mellie había vivido con su padre y su nueva familia un tiempo antes de que la echaran. Lorna consideraba que aquella traición era peor que las que ella misma había sufrido.

—El mundo es como es, Mellie, por mucho que deseemos que sea de otra manera —dijo Lorna, con voz queda.

Mellie trató de mostrar su acuerdo con una sonrisa, pero más bien pareció una mueca.

—Lo cual nos trae de nuevo a Mitch Ellery —dijo Mellie.

—Lo que siento por él es imposible, Mel, y parece que es más y más fuerte a cada segundo —dijo Lorna, que vio la expresión en la cara de Melanie y sabía lo que le iba a decir.

—Entonces no te acerques a él, Lorna —dijo Mellie con suavidad—. Llámalo y dile que has decidido no ir, y pasa el día fuera de aquí para distraerte y dejar de pensar en él.

Lorna desvió la mirada, sin sorprenderse de lo mucho que le dolía escuchar la verdad, no volver a ver a Mitch. Pero antes de que pudiera recordar lo que había pasado esa noche con él, Melanie continuó con su discurso.

—Le puede decir a Kendra que lo dejaste plantado y ahí terminará tu contribución al plan. Kendra se sentirá muy decepcionada contigo. No me gusta nada la idea, pero no se me ocurre qué más puedes hacer.

Lorna se imaginó a Kendra comportándose con frialdad hacia ella y le dolió vivamente. Durante toda su vida la obsesión de ser rechazada por la gente la había perseguido y eso era algo que odiaba, pero que su única hermana verdadera también lo hiciera, era más de lo que podía soportar.

La idea de dejar su trabajo de forma inmediata para salir de la vida de Kendra para siempre, cobró fuerza en su mente. Después de la peligrosa velada con Mitch, prefería la inseguridad económica a perder la buena opinión que Kendra tenía de ella y a entregar su corazón a un hombre al que nunca podría tener.

Tal vez la farsa de la cita pudiera sufrir algunos cambios, como sugería Mellie. Tal vez si dejaba su trabajo en seguida sin el aviso previo de los quince días, Mitch aceptaría que la relación entre ambos se había terminado porque él no tenía ningún interés en ella, así no habría necesidad de herir los sentimientos de nadie, simplemente no habría funcionado.

Los planes de boda de Kendra absorberían todo su tiempo las semanas siguientes. Cuando Lorna ya no trabajara para su prometido, Kendra no tendría oportunidad alguna de ponerse en contacto con ella, y al final se olvidaría de Lorna.

Si pensaba dejar el trabajo, lo de ir al rancho al día siguiente ya no importaba. El plan podía tener éxito sin tener que pasar el día con Mitch, incluso podía ser más efectivo si lo cancelaba. Le daría a Kendra la impresión de que Lorna no quería volver a verlo tan pronto. Nadie tenía por qué saber la verdad excepto ella.

Se sintió repentinamente aliviada. El amor de verdad nunca se encontraba en tan poco tiempo como el que ella había pasado con Mitch. Si conseguía dejar de verlo desde ese momento, sus sentimientos desaparecerían de forma progresiva. En un par de semanas podría recordar esos días sin sentir dolor.

Cuando perdió a sus padres adoptivos tuvo que vagar de orfanato en orfanato y eso la había enseñado a soportar los continuos cambios. No era novata exactamente en lo que a cuestiones de adaptación se refería. No deseaba dejar su trabajo y

alejarse de Kendra y de Mitch, pero no estaba en sus manos esa decisión. Si fuera ella la que controlara el destino, seguro que lo haría de forma mucho menos traumática.

Lorna se veía capaz de mostrar el alivio lo suficiente para contarle su plan a Melanie. Cuando Mel se hubo marchado, llamó a información para que le dieran el número de teléfono del Rancho Ellery.

Antes de perder los nervios, marcó el número y esperó contando las llamadas. Aunque era imposible que Mitch hubiera llegado, supuso que saltaría el contestador.

Quedó horrorizada cuando contestaron, y no era una voz grabada sino una voz real, de mujer. Su agudo instinto le dijo que era Doris la que hablaba.

—¿Dígame?

Pasaban los segundo mientras Lorna luchaba por decir algo.

—¿Óigame?

—Por favor, perdone que la moleste a estas horas, pero me preguntaba si podría dejar un mensaje para el señor Ellery —consiguió decir finalmente, deseando haber colgado al oír la voz.

El largo silencio que sobrevino le confirmó que era Doris la que había respondido, y justo cuando Lorna reconoció la refinada voz de su madre, tuvo el presentimiento de que a ésta le había ocurrido lo mismo al otro lado.

—¿Con quién hablo?

El tono imperioso de la pregunta la hizo temblar de la cabeza a los pies, por lo que tuvo que sentarse en el sofá. Trató de imprimir algo de firmeza a su voz que la hiciera parecer segura de sí misma.

—Soy la señorita Farrell y le agradecería que le dijera al señor Ellery que me telefonee por la mañana antes de salir hacia San Antonio. En realidad no tiene ni siquiera que llamarme, dígale simplemente que cancelo los planes de mañana.

Lorna se tapó la boca fuertemente con el puño cerrado, mortificada ante la idea de que le hubiera salido una voz temblorosa, apresurada, de tanto intentar parecer imparcial. El silencio al otro lado se hizo más intenso, y Lorna contó cada segundo. Finalmente, la mujer habló dejándole claro quién era.

—Espero que no sea así.

La severidad de la voz de Doris la hizo sentir como una niña que

se hubiera portado mal, o como si la estuviera advirtiendo. La rabia por todo el dolor que le había hecho pasar se concentró y empezó a temblar. Para ella era todo un esfuerzo tratar de que su voz sonara tranquila.

—¿Podría darle el mensaje?

De nuevo un largo silencio y el corazón a punto de salírsele del pecho. Después consiguió darle las gracias con una voz apenas audible, antes de colgar el teléfono. Había conseguido no dar rienda suelta a la ira que la consumía en ese momento y se asustó de lo mucho que deseaba irritar a Doris.

Lorna se fue a la cama, amargada. Todo lo que creía haber superado le parecía en ese momento una falsa ilusión. Seguía sintiendo la herida abierta y le dolía hasta el punto del llanto, pero se obligó a no llorar. Hacía mucho tiempo que había dejado de llorar por Doris.

Pero entonces el centro de su dolor se volvió hacia Mitch, hasta convencerse de nuevo de que sus sentimientos hacia él no eran realmente lo que parecían ser. Permaneció largo rato en la oscuridad pensando en ello. Sería un milagro que durmiera algo en toda la noche.

No recibió la llamada de Mitch a primera hora de la mañana, pero se dio cuenta de que tampoco debería haberla esperado. Mitch estaba empeñado en que lo acompañara al rancho y era muy posible que Doris no le hubiera dado el mensaje.

Las palabras de Mellie no se le iban de la cabeza: «¿No crees que Doris pueda tener curiosidad por conocerte?». Y finalmente se levantó a las seis de la mañana.

De mala gana se vistió luchando por quitarse de la cabeza las palabras de su amiga. Hacía mucho tiempo que había renunciado a Doris, y la irritaba pensar que todavía le quedara alguna esperanza. Doris no podía tener curiosidad alguna por ella, al menos no con buenas intenciones. La única curiosidad que podía albergar era ver si lo de la cita podía despertar alguna vieja herida en ella.

Hacia las siete, Lorna decidió aceptar la sugerencia de Melanie de pasar el día fuera. Estaba cambiando las cosas de bolso cuando escuchó que llamaban a la puerta.

Por el tipo de llamada, seca y fuerte, supo al momento que era Mitch. Se las había ingeniado para entrar en el edificio sin llamar al

portero automático. El simple hecho de volver a verlo la llenaba de ansiedad… y de excitación. El corazón le latía desbocado. Estaba claro que no podía pasar el día con él pero, de pronto, lo único que deseaba era precisamente eso.

Era una idiota. Se había vuelto loca por un hombre con el que no tenía absolutamente nada que hacer. Mas la completa certeza de que no podía resistirse a volver a ver a Mitch, hizo que su pulso se acelerara. Tenía que luchar contra ese sentimiento.

Lorna dejó, con manos temblorosas, el bolso sobre la mesita y permaneció con la mano en el pomo de la puerta conteniendo la respiración. Otro golpe seco sonó en la puerta y Lorna se retiró.

«Dudo mucho que un hombre como él necesite el permiso de alguien para elegir a la mujer con la que quiere salir… o con la que quiere casarse…».

Tanto si la opinión de Melanie sobre la poderosa personalidad de Mitch era acertada o no, resultaba absolutamente desesperanzador recordarlo en ese preciso momento en que lo tenía al otro lado de la puerta esperando a que lo dejara entrar.

Ni siquiera forzándose a sí misma a recordar las otras palabras de su amiga, «entonces no te acerques a él», conseguía vencer el deseo de abrir la puerta, sobre todo ante la idea de que esta vez iba a pasar el día con él. Un largo día en su rancho que sabía se le pasaría volando solo porque estaría con él.

Lorna se estrujó las manos en una silente agonía contando los segundos. El silencio al otro lado de la puerta le pesaba como una losa en el corazón. ¿Se hartaría de esperar y se marcharía? Se esforzó por escuchar los pasos alejándose pero, nada.

Entonces escuchó el sonido de alguien rasgando un trozo de papel y al mirar hacia abajo vio que deslizaban una nota por debajo de la puerta. La necesidad de leerla era desesperante, pero se quedó donde estaba. Puede que finalmente pensara que lo había dejado plantado y le pasaba su tarjeta de visita por debajo de la puerta para que supiera que había estado allí. Tal vez se marcharía entonces.

Entonces sonó un tercer golpe seco, sólo que esta vez fue más suave. A Lorna le sonó como un último intento para convencerla, porque estaba seguro de que ella estaba en casa.

—Oh, Dios —dijo Lorna, apenas en un susurro, llena de

disgusto.

Se dirigió entonces hacia la puerta para recoger el papel. Llegado ese punto, le costaba más trabajo dejarlo marchar. Podía ver lo suficiente de la nota para rendirse por completo:

Por favor, mi preciosa Lorna Dean.

Era diabólico. La emoción la embargó, llenándola de recuerdos sobre sus padres adoptivos.

«¿Lorna Dean?». «¿Dónde está mi pequeña?». Lorna Dean era como la llamaba su padre cuando llegaba a casa. «¿Ermalene?». «¿Dónde está mi mujer —cita?». Y a continuación gritaba: «¿Lorna Dean?». «¿Dónde está mi pequeña?».

Ermalene y Lorna Dean. Su madre se llamaba Erma, pero su padre la llamaba Ermalene para que rimara con Lorna Dean. El recuerdo de su padre la hirió muy profundamente. Nadie la había llamado así excepto él, y el hecho de que Mitch la hubiera llamado de esa forma más de una vez, llegando a escribirlo en ese caso, la afectaba tremendamente. Recordó su hogar, y la pérdida que la sumió en la tristeza más absoluta después, y sintió que los ojos le escocían con las ganas de llorar.

Se frotó la nariz con fiereza y luchó por apartar los recuerdos y las lágrimas. Dudó un momento y finalmente guardó la nota en un cajón en la consola de la entrada, como si fuera un tesoro robado.

Sin control sobre sí, se acercó al pomo. Dudó una vez más si abrir la puerta, y en ese momento, aceptó que no era lo suficientemente fuerte como para negarse un último día de locura. Ni siquiera el mal agüero que presentía fue suficiente para que abandonara la idea. Tenía que probarlo. Resignada, finalmente abrió la puerta.

Mitch se había apoyado en el marco de la puerta, pero se enderezó en cuanto vio que abría. Llevaba un enorme ramo de flores dentro de un hermoso jarrón de cristal. Había flores de todos los colores, y desprendían un olor delicioso. La sonrisa de Mitch la taladró.

—Me pareció más inteligente colarme cuando alguien saliera del portal.

—Pues no lo ha sido en absoluto. Eso demuestra que no confiabas en que contestara a tu llamada por el portero automático.

—Y estaba en lo cierto —contestó él, alargándole el ramo.

Nerviosa ante la presencia del hombre, Lorna se inclinó para tomarlo, dándole las gracias en voz baja.

—¿Puedo entrar ahora? —continuó él. Lorna se puso colorada como una granada, mientras se hacía a un lado para dejarlo entrar.

—Será mejor que ponga estas flores en algún sitio —dijo ella, dándose la vuelta consciente de la tremenda presencia de Mitch detrás de ella. Éste se quitó su sombrero negro y lo dejó en una silla, mientras Lorna ponía las flores sobre la mesa de café.

—Llegas temprano —acertó a decir ella, inclinándose sobre las flores para olerías.

—No podía esperar más para venir a buscarte y convencerte para que pases el día conmigo.

—Has venido porque Doris quería que lo hicieras —dijo con dureza.

—Habría venido de todas formas.

Lorna lo miró, buscando la verdad en sus gestos. Era un hombre tan corpulento y fuerte. Llevaba una camisa de rayas azules que subrayaba sus anchos hombros y los fuertes brazos, y unos vaqueros gastados bajo los que se escondían unas piernas musculosas. Las botas estaban limpias pero sin brillo. No había en él ni un ápice de deshonestidad y Lorna no pudo mantenerle la mirada a aquellos ojos oscuros.

Quería pedirle que no la hablara así, como si todo aquello fuera para él mucho más personal que una actuación fingida por el beneficio de Kendra. Pero decírselo era como confesar que era vulnerable a ese tipo de comentarios. Además, como no había hablado con él desde la noche anterior, todavía tenía que contarle lo de su nueva idea para la cita, aunque ella ya había perdido la batalla contra sí misma.

A pesar de todo eso, si podía convencerlo de su plan, estaba segura de que cambiaría de idea y la cancelación de la visita al rancho evitaría el desastre. Así es que fue directa al grano.

—Te llamé anoche porque pensé que sería mejor cancelar una visita al rancho. Pensé que así te evitaría el viaje hasta aquí —comenzó Lorna, viendo la seriedad en el rostro de Mitch—. Podrías decirle a Kendra que no estaba interesada en ir a tu rancho…

—No confías en lo que podría pasar si estamos todo un día juntos, ¿verdad?

La pregunta tan directa la sobresaltó y buscó desesperada algo con lo que contestar, pero Mitch no la dejó hablar.

—Tienes miedo de no ser capaz de quitarme las manos de encima durante ocho, tal vez diez horas —continuó él en una exhibición de total arrogancia masculina—. Entonces, si ésa es la razón, la respuesta a tu idea de la cancelación es no. No te dejaré que lo hagas. Estaría loco si lo hiciera.

Contrariada ante las palabras de Mitch, el color le subió a las mejillas, aunque luchó para que no se le notara. En realidad, su corazón latía pletórico viendo cómo Mitch bromeaba con ella, casi regañándola por tratar de ocultar su atracción hacia él, cuando estaba claro que eso le gustaba. Incluso era muy posible que él sintiera lo mismo por ella.

—Tal vez aplastaría esa vanidad tuya yendo contigo al rancho y demostrándote que puedo mantenerme alejada de ti sin ningún problema —dijo ella.

Los ojos oscuros de Mitch brillaron y ella se dio cuenta, consternada, de que su contestación había sonado a reto.

—Desde luego, señorita, claro que lo harás. Ponme en mi sitio y enséñame la lección.

La sonrisa de vanidad desapareció ligeramente y Lorna sintió la caricia de la intensa presencia masculina. El ambiente estaba tenso, como el silencio que lo embarga todo justo antes del trueno. La atracción entre ellos era indudable y, de repente, pareció más fuerte que ellos mismos.

Lorna podía ver la expresión de los ojos de él, y a pesar de haberse negado a aceptar la propuesta de ella, estaba esperando a que ésta cediera. Para Lorna aquélla era tentador y tranquilizador al mismo tiempo.

—Entonces tendré que ponerme algo más apropiado para ir al rancho.

—Si no tienes botas o sombrero… —comenzó a decir Mitch, sonriendo ampliamente.

—Tengo de todo.

—Estupendo.

Lorna se dirigió hacia su dormitorio entonces, y cerrando sin hacer ruido, se apoyó contra la puerta tratando de recuperar el aliento. Sabía que aquello estaba mal; era estúpido, inconsciente y

destructivo. Pero también tremendamente excitante, pensó, corriendo literalmente hacia el armario.

Lorna se quedó un poco sorprendida al ver que irían en la pequeña avioneta de Mitch en vez de en el coche.

—Así no perderemos tanto tiempo en la carretera —le había dicho Mitch de camino al aeropuerto.

La vista del Rancho Ellery desde el aire era espectacular. Mitch le señaló las tierras antes de dirigir el avión hacia el hangar situado a un kilómetro de la casa, aproximadamente.

Pero la casa desde el suelo era todavía más impresionante que desde el aire. Era una construcción de dos plantas de estilo Victoriano, con una terraza con barandilla que la rodeaba, y un patio trasero donde había una piscina a la sombra de unos gigantescos árboles.

En realidad no era necesario que le enseñara el interior de la casa, pero Mitch no hizo caso a la educada negativa de ella. La última parada fue su despacho dentro del enorme estudio del primer piso, donde le ofreció un vaso de té helado que la doncella les había dejado preparado. Mientras ella lo bebía, él echó un vistazo a los papeles que había sobre una bandeja justo debajo del fax.

Una llamada los interrumpió así es que Lorna tomó su vaso y salió al porche para darle un poco de intimidad. No había hecho más que salir y dejar el té sobre una mesa a la sombra, cuando escuchó el piafar característico de los potros al otro lado del patio.

Mitch colgó el teléfono y miró el resto del papel desenrollado en la bandeja del fax. Empezó a leer, pero fuera lo que fuese no le gustó nada. El investigador que había contratado había descubierto muchas cosas sobre Lorna, pero sólo le hacía sentir un terrible peso en el pecho que no lo dejaba respirar.

El sonido de la risa en el patio lo hizo mirar en esa dirección y vio que Lorna había atraído la atención de los potros que correteaban libres fuera del establo. Se detuvo un momento para mirarlos saltando y jugando entre las piernas de la chica mientras ella intentaba atenderlos a todos.

En cuestión de segundos, Lorna estuvo sentada en el suelo rodeada de un montón de potros enloquecidos de contento. Sus intentos de calmarlos no tenían ningún éxito y los pequeños no

dejaban de saltar, y de darle lametones.

Su alegría infantil hizo que perdiera toda reserva. La tristeza que se empeñaba en asomar a sus ojos se había desvanecido y en su lugar una risa juguetona salía de sus labios mientras intentaba acariciar a todos los potros apartándolos un poco para que no la chuparan.

Consiguió ponerse en pie y fue a sentarse en el banco para mirarlos desde el porche. Mitch continuó observándola hasta que se acordó del informe que acababa de leer y luchó contra el impacto que le había provocado.

Parecía que ni los Farrell ni los Dean habían llegado a considerar a Lorna un miembro de la familia, y la terrible verdad había salido a la luz tras la muerte repentina de Robert y Erma Farrell. Los hechos indicaban que, aunque había más miembros de la familia que podrían haber cuidado de ella, ninguno lo hizo. No la querían porque no era de la misma sangre. Según el investigador, no se debía a que fuera una niña problemática. E incluso si lo hubiera sido, ¿tan problemática podía ser una niña de ocho años?

La tristeza del descubrimiento se tornó en rabia y abriendo de golpe un cajón del escritorio, guardó el informe y lo cerró con llave. ¿Tan insensible podía ser alguien para desprenderse de una pobre niña huérfana y condenarla a una vida errante de orfanato en orfanato?

El investigador estaba ahondando más, pero Mitch no estaba seguro de si lo quería saber; él ya sabía lo suficiente sobre Lorna para no considerarla una amenaza. Su instinto le decía que heriría el orgullo de Lorna si ésta llegara a enterarse de lo que había descubierto sobre los Farrell y los Dean, así es que sería mejor controlar su ira antes de que ella notara algo. De momento, Lorna ya estaba en guardia contra él porque no estaba segura de lo que saldría de aquel día en el rancho y era una persona muy perspicaz a la que no se le escapaba nada.

Sorprendentemente, había conseguido calmar a los caballos que en esos momentos remoloneaban a su alrededor mientras ella les iba haciendo mimos a cada uno. Se mostraba tan amable y abierta con ellos, tan paciente con sus gracias. Su reserva, su cautela y la forma en que había tratado de mantener una distancia entre los dos a pesar de su atracción hacia él, contrastaba vivamente con su

actitud frente a los animales, y cobraba significado para él después de saber el porqué.

Lorna tenía un refinamiento que dudaba mucho hubiera adquirido en un orfanato. Era una dama. Pero su reserva con él, sus negativas a encontrarse cara a cara con Doris, y la melancolía que él había percibido cuando ella se callaba, eran la única evidencia del abandono y el rechazo que había sufrido.

Por no hablar del encuentro con Doris en aquel restaurante cinco años atrás. El había sido culpable de añadir más dolor al corazón de Lorna al perseguirla para obligarla a mantenerse lejos de Doris. Pero lo que más lamentaba era el soborno y la amenaza de demandarla. Y para colmo, la estaban obligando a fingir una relación amorosa con él.

Desde el principio sabía que si el plan de Doris tenía éxito, Lorna saldría perdiendo. Aquello lo había inquietado al principio, pero ya no estaba seguro de que todo saliera como Doris quería. Sobre todo después de la noche anterior.

Lorna miró a través de los cristales del porche, haciéndose sombra con las manos para poder ver. Kendra solía hacerse sombra igual, y de nuevo, se sintió lleno de ternura. Si esa mujer no era hija biológica de Doris Jackson Ellery, entonces Kendra tampoco lo era.

Los potros piafaban reclamando la atención de Lorna pero se limitó a darles unas palmaditas en el lomo mientras se levantaba y tomaba su vaso. Se dirigió hacia la entrada a la casa y él abrió la puerta. Con gesto cariñoso, Mitch les ordenó que se alejaran un poco, el tiempo preciso para que Lorna se colara en el estudio.

—Necesito ir al cuarto de baño antes del paseo —dijo Lorna, la cara iluminada todavía por la emoción tras jugar con los potros. Los miró a través del cristal, y un par de ellos le devolvieron una mirada triste.

Como si no pudiera resistirlo, fue hacia el cristal y los animales se arremolinaron al otro lado. Uno de ellos golpeó con fuerza la puerta y piafó.

—Oh, no —gritó Lorna, haciendo ademán de abrir para ver si le había pasado algo.

—No le ha pasado nada —sonrió Mitch—. Simplemente se han prendado de ti. Haré que alguien los meta en el establo para que no nos sigan.

—He sido una incitadora, ¿verdad? —dijo ella, irguiéndose.

—Más de lo que te imaginas —respondió él.

Los ojos azules de Lorna se fijaron en él, y Mitch sintió como si lo tocara, pero entonces volvió a vislumbrar la reserva que había perdido jugando con los caballos.

—Será mejor que vaya a lavarme —dijo ella.

—Vale. Iremos al establo cuando termines —dijo él, viendo como el recelo y la reserva lo llenaba todo.

Lorna salió del estudio en busca del cuarto de baño y Mitch la guió, marchando a la cocina a esperarla.

A Lorna le encantó el paseo a caballo, a pesar del calor que hacía. La yegua baya que Mitch había elegido para ella estaba bien entrenada, y no le costó apenas nada acostumbrarse a ella. Aunque había vivido en un rancho hasta los ocho años, y más tarde había estado en un orfanato donde había caballos, era bastante novata montando. El poni que su padre le había dado y los ponis con los que había jugado en el orfanato tenían un temperamento muy distinto de los caballos adultos. Sin embargo, Mitch tan sólo le dio un par de consejos para su seguridad, a modo de recordatorio, y ella agradeció que no la criticara.

Era el anfitrión perfecto y se estaba muy a gusto a su lado. Estaba orgulloso de su rancho, y ella envidiaba las generaciones de Ellery que habían vivido en aquella tierra y que continuarían haciéndolo. Una forma normal de criarse, y no como lo había hecho ella, y de pronto tuvo la sensación de que algún día formaría su propia familia también.

En ese momento, una oleada de sutil sensualidad brotó entre ambos, por mucho que ella intentara ignorarla. Se podía percibir en cada mirada que Mitch le regalaba y las palabras que se decían. Un simple roce entre ellos, levantaba un deseo incontrolable. El hecho de que todavía les quedara por delante casi todo el día, la tenía en una constante vigilancia porque no podía permitir que aquellas cálidas miradas y casuales roces se convirtieran en algo más, aunque lo deseara con toda el alma.

La cálida quietud en la mirada de Mitch y la tensión que se alzaba más y más entre ambos, era algo a lo que ella no podía quedar indiferente. No dejaba de recordarse a sí misma que, si conseguía mantenerlo a distancia, tal vez podría evitar un mayor

desencanto cuando toda la pantomima terminara, que ella estaba segura iba a sufrir.

El riachuelo a cuya orilla se detuvieron, era poco profundo y con un suave fondo arenoso. Había una mesa a la sombra de los árboles y pudo ver que sobre ella había una nevera. Mitch desmontó sin problemas, pero Lorna no podía manejar sus piernas que habían quedado rígidas después del paseo. Mitch la detuvo antes de que se hiciera daño al pasar la pierna sobre el caballo.

—Inténtalo de la otra forma —dijo, con una sonrisa acercándose a ella.

—¿De qué otra forma? —preguntó ella, mirándolo con sorpresa desde la silla.

—Balancéate un poco y pasa la pierna por delante de ti girando en sentido opuesto a las manecillas del reloj —explicó él.

Lorna hizo lo que le indicaba, pero una vez tuvo las dos piernas juntas al costado del caballo, su bota izquierda se enganchó con el estribo y quedó atascada. Mitch la liberó rápidamente, pero sin estribo en el que apoyarse Lorna empezó a deslizarse por el cuerpo del animal. Mitch la alcanzó sosteniéndola con la mano en la cintura hasta que estuvo a salvo en el suelo. De forma instintiva, Lorna puso sus manos en los anchos hombros de Mitch.

Lorna sintió que su cuerpo ardía como la lava después del sensual contacto de sus cuerpos. En cuanto llegó al suelo quitó las manos de los hombros de él, pero sus piernas se negaban a sostenerla. Asustada, buscó el brazo de Mitch, pero fue la firmeza de sus manos en su cintura las que evitaron que cayera al suelo.

—Pensé que habías dicho que mantendrías tus manos lejos de mí todo el día —dijo Mitch, con una sonrisa.

—Y yo creo que cierto ranchero me ha tendido una trampa —contestó ella, visiblemente consternada al verse susurrando.

—Habrá sido porque cierta novata en el mundo de los caballos olvidó cómo se quedan las piernas después de montar —dijo él, riendo.

Lorna pudo sentir cómo se tensaban todos aquellos músculos bajo la palma de sus manos y el calor en su interior comenzó a subir.

—Pero no hemos dado un paseo tan largo —dijo.

—Lo suficiente. Cuando vuelvas a sentir las piernas,

probablemente estarás demasiado débil para montar de nuevo.

Lorna se dio cuenta de que sus piernas flojeaban por algo más que el paseo a caballo. Todavía estaban juntos, rozándose, y el contacto con aquellos fuertes brazos la hacía ceder cada vez más. Tal y como estaba con la espalda contra el costado de su caballo no había manera de separarse de él y si seguían así mucho más, se derretiría allí mismo.

—Ya estoy bien —dijo Lorna, poniendo la mano en el pecho de Mitch para tratar de mantenerlo a distancia, al tiempo que desviaba la vista con fingida despreocupación.

Afortunadamente para ella, Mitch la dejó ir, y acto seguido, ató a la silla las riendas de la yegua que montara Lorna. Atónita, vio cómo Mitch palmoteaba al animal que salió trotando por donde habían llegado.

—Hey… —comenzó a decir después de la sorpresa, pero se detuvo al ver que hacía lo mismo con el que montara él—. ¿Pero qué estás…?

—Tienes los ojos como platos, Lorna Dean. Mira hacia los árboles, un poco hacia tu derecha —le dijo él.

Lorna no se atrevió a desviar la vista sin hacerle caso, pero se limitó a echar un vistazo en la dirección indicada y finalmente tuvo que volver la vista para confirmar lo que creía haber visto. Aparcado entre los árboles, había un todoterreno negro parcialmente cubierto por las ramas de los árboles.

—Pensé que tus piernas tendrían suficiente con un pequeño paseo para ser el primer día, así es que volveremos a casa en el coche cuando nos apetezca. Tan sólo estamos a un kilómetro de distancia —le explicó él.

—¿Y qué pasará con los caballos?

—Los caballos irán directamente al establo y alguno de mis hombres se ocuparán de ellos.

Un poco avergonzada de la reacción que había tenido, Lorna miró hacia otro lado al percibir la sonrisa burlona de él.

—Piensas que no tengo buenas intenciones, ¿verdad? —le preguntó.

—Supongo que ha sido mi primer pensamiento, sí. Te pido disculpas —contestó ella, frotándose las palmas contra los vaqueros demasiado avergonzada para mirarlo.

Mitch volvió a reírse y se giró para acercarse a la mesa donde estaba la comida.

—No te molestes en pedir disculpas —le dijo—. Estabas en lo cierto.

El breve lapso de tiempo que le llevó a Lorna procesar el significado verdadero de aquellas palabras, era como añadir leña al fuego, y provocaron el esbozo de una sonrisa. Afortunadamente estaba demasiado lejos para verlo. Lorna lo siguió hacia la mesa, caminando por la orilla del riachuelo, más nerviosa que nunca.

Lorna sintió que las piernas se le iban desentumeciendo, después de caminar la corta distancia hasta la mesa. Una vez resguardada a la sombra de los árboles, se quitó su sombrero y lo dejó en uno de los bancos, junto a la nevera. Mientras Mitch estaba extendiendo un enorme mantel de cuadros rojos sobre la mesa.

—Aquí tienes toallitas limpiadoras, y ahí están las bebidas —le dijo él.

Lorna usó una toallita y después se sirvió un refresco. Mitch esperó que ésta hubiera bebido un poco para calmar la sed.

—¿Tienes hambre ya?

—Mucha.

Inspeccionaron juntos lo que había en la nevera, sirviéndose del contenido de los múltiples recipientes. Había varios tipos de ensaladas y bocadillos de tres clases diferentes. Mitch le dijo que tomarían el postre al llegar a la casa. Después sugirió que se sentaran en la mesa, como si el mantel estuviera en el suelo, y a Lorna le gustó la idea.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó Mitch, después de haber comido durante un rato en silencio.

Lorna estaba disfrutando del sonido del agua, y el gorjeo de los pájaros en los árboles, tanto como la comida en sí. Y como Mitch había dejado de lanzarle indirectas sobre sexo, había bajado un poco la guardia. La paz que se respiraba a su alrededor la calmó bastante.

—Sí, mucho —se detuvo un poco antes de continuar—. Mi padre tenía un rancho, claro que no era tan enorme como éste, pero para mí era el más grande de Texas. Había olvidado los olores y los sonidos, los establos, los ríos, los animales, los espacios abiertos… —sonrió, sintiéndose feliz y muy a gusto, como no lo había hecho

en mucho tiempo—. Se respira una paz maravillosa aquí fuera. También había olvidado eso.

—Veo que te gustaba vivir en el rancho —dijo él, que terminando su comida, dejó el plato dentro de la nevera de nuevo.

—Me encantaba. Claro que era demasiado pequeña para ser realmente útil, pero me gustaba estar al aire libre y correr por el campo —los recuerdos hicieron que olvidara toda su reserva con él —. Tenía un poni que se llamaba Pepper y un perro color canela que se llamaba *Flash*. Hacíamos un montón de cosas juntos, incluidas las que no debíamos hacer.

Lorna miró a Mitch, y, al ver la curiosidad con que la miraba, se volvió automáticamente tímida. Desvió la vista. Le había confiado cosas de su niñez que no le había contado antes a nadie, y no debería haberlo hecho. No con él.

La visita al rancho le había hecho recordar cosas, y al relajarse, su corazón sucumbió ante la ternura de aquellos recuerdos que ella asociaba a la parte feliz de su infancia, cuando sus padres todavía vivían.

Su vida había sido idílica entonces. Con los años, sus recuerdos habían perdido intensidad, pero de pronto ese día habían cobrado vida y la estaban afectando tanto que le parecía natural hablar de ellos. Desde su encuentro con los potros, y después con el paseo a caballo, no había dejado de pensar en *Flash* y en Pepper. Entonces, la risa de Mitch la devolvió a la realidad.

—Pepper y *Flash*. ¿Fuiste tú quien les puso el nombre?

Habría resultado extraño que no quisiera responder a una pregunta tan simple, así es que contestó pero con cautela.

—Mi padre me ayudó, y sí, te diré que él pensaba que había que nombrar a los animales según su personalidad. Se llevaba muy bien con los animales, sobre todo con los pequeños, y todos lo que estuvieran heridos.

—¿Y cómo era tu madre?

Como había hablado de su padre, no estaría bien no decir nada de su madre, pero trató de ser lo más breve posible.

—Mamá era muy correcta y silenciosa, una dama. Papá era todo lo contrario, alegre y vivaracho, le gustaba reír, eran completamente opuestos, pero se amaban con locura. Y también me amaban a mí.

Lorna guardó silencio entonces, triste, no sólo porque le había dicho a Mitch demasiadas cosas, sino porque una súbita emoción la embargó y le resultaba muy difícil ocultarla.

—¿Y qué me dices de tus padres? —preguntó ella, ansiosa por cambiar el tema de la conversación—. Si no te importa contármelo, claro.

—Mi padre era un hombre muy estricto que casi nunca sonreía. Los comentarios irónicos eran lo único que lo divertía. Se casó con mi madre cuando tenía casi cuarenta años. Era una mujer muy hermosa pero frágil. Falleció cuando yo estaba en el colegio. Él lo tomó fatal y no se volvió a casar hasta muchos años después.

Mitch se detuvo al llegar a ese punto y ella supo que lo había hecho para evitar sacar el nombre de Doris a relucir, aunque la pregunta que le hizo Mitch en ese momento le sentó peor que hablar de su madre.

—¿Y tu padre todavía tenía el rancho cuando falleció? —preguntó Mitch.

No era extraña la pregunta en sí, teniendo en cuenta que él era ranchero también, pero debía ser cuidadosa con la contestación.

—Bueno, sí, pero tenía muchas deudas y hubo que venderlo.

La respuesta debería haber puesto punto y final al tema, pero al mirar los ojos de Mitch, se dio cuenta de que tenía gran interés. El corazón le dio un vuelco y de forma inconsciente empezó a frotarse las manos en los vaqueros como hiciera antes. Nunca se había creído del todo que el rancho fuera tan mal, pero sólo tenía ocho años por entonces, y lo más probable era que no le contaran determinadas cosas.

Uno de los hermanos de su padre había sido su albacea, y se había encargado de todo, incluida ella. Hasta que llegó al orfanato, semanas después de la muerte de sus padres, donde la dejó literalmente abandonada en vez de hacerse cargo de ella, o pedirle a alguien de la familia que lo hiciera, siempre sospechó que algo malo se traía entre manos respecto al rancho. Sospechas que se multiplicaron cuando lo compró después.

Pero era demasiado tarde para hacer nada, aunque hubiera tenido recursos para ello. Desafortunadamente no había contado con alguien como Mitch que estuviera junto a ella cuidando de sus intereses. Estaba segura de que gran parte de su atracción por él era por esa cualidad suya. Un hombre como Mitch nunca la habría abandonado a su suerte.

No quería que siguiera haciéndole preguntas sobre el rancho. Si seguía ahondando en su pasado llegaría a la parte en la que aparecía Doris. Aunque Doris debía haber tenido su merecido por aquello, Kendra no. Así que cambió de tema.

—¿Estará Kendra en casa cuando lleguemos? —preguntó Lorna, colocándose la cinta que le sujetaba el pelo, cada vez más a disgusto por el silencio que reinaba entre ellos.

Pensó que recordarle el motivo de que estuviera allí sería mejor que seguir con los recuerdos.

—Buen intento, pero lo de hoy no tiene nada que ver ni con Kendra ni con Doris, sólo con lo que sentí teniéndote en mis brazos la otra noche cuando bailábamos —le dijo Mitch, con dulzura.

Lorna lo miró sorprendida. Antes de que pudiera darse cuenta, éste se tumbó de costado, apoyando la cabeza en un codo. Ella se giró para no perderlo de vista, pero se movió hacia el borde de la mesa por si tuviera que salir corriendo.

Mitch la miraba con calma mientras se quitaba el sombrero y lo dejaba en el banco a los pies de ella para volver después a la misma

posición. La tensión entre ellos aumentaba, fluyendo como una corriente de sensualidad.

—Desde la otra noche —continuó él lentamente—, no he pensado en otra cosa que volver a estar cerca de ti.

La declaración la hizo tambalearse y el corazón empezó a latirle desaforadamente. La masculinidad que emanaba de aquel hombre, la embargaba y comenzó a acalorarse. Ya no hablarían más sobre su pasado porque Mitch había cambiado de tema, centrándolo, peligrosamente, en ella.

Lorna no podía dejar de mirarlo. Era como si la hubiera hipnotizado y estuviera perdiendo el autocontrol. Imaginó de pronto que aquello era una táctica de acercamiento sexual en la que aquel hombre tenía gran maestría. Preocupada, comenzó a deslizarse hacia el borde de la mesa, pero él la tomó del brazo con suavidad, atrayéndola hacia él.

Lorna sabía que tenía que detenerlo. No podía permitir que Mitch jugara con ella de esa forma, no cuando ella tenía mucho más que perder.

—Puede que consigas diferenciar sexo y sentimientos, pero yo no —cortó ella.

—De acuerdo, Lorna Dean —contestó él, en actitud razonable—. Estoy seguro de que terminarás esta conversación diciéndome que no soy más que otro tipo obsesionado con el sexo. Vale, continúa y después te prometeré algo.

Lorna se puso colorada, esta vez de frustración y furia. Dio un tirón para soltarse de él y Mitch lo hizo al momento.

—¿Pero quién demonios te crees que eres? ¿Por qué no puedes entender que no me gustan todos esos comentarios tuyos tan escandalosos?

—¿Y por qué no puedes ver tú que tengo un motivo para hacerlos? —contestó él, con calma, enfureciéndola aún más.

—Por favor —estalló, en un tono desdeñoso inusual en ella—, ¿qué motivos podrías tener? A menos que estén desesperado por añadir otro trofeo en tu dormitorio.

—No guardo trofeos como piensas, Lorna. No soy un obseso —contestó él, sonriendo débilmente.

Lorna temblaba de la cabeza a los pies, pero de repente, se dio cuenta de que no estaba tratando de apagar el deseo de Mitch tanto

como el suyo propio y se sintió como una traidora a su sentido común.

—Entonces deja de comportarte como uno de ellos —dijo, cada vez más nerviosa—. Kendra no puede vernos aquí, así es que no hay razón alguna para que me hables de esa forma ni para que te comportes como lo estás haciendo, a menos que estés buscando un entretenimiento fácil. Y yo no estoy dispuesta a serlo.

—Estás luchando contra tus sentimientos, ¿verdad? —dijo él, y una mueca desdeñosa afloró a sus labios—. La verdad es que hacía mucho que no me hacían un cumplido como ése, pero creo que deberías besarme y acabar de una vez por todas con el asunto.

La sugerencia le pareció tan escandalosa y tentadora que la boca se le quedó seca. Se atragantó un poco cuando intentó hablar, de lo irritada que estaba.

—Pensé que habías comprendido lo que esto suponía para mí. Me diste tu palabra.

—No confías demasiado en la fuerza del amor, ¿verdad? —dijo él, mirándola con ternura.

Tal afirmación la dejó completamente aturdida. Era demasiado para ella que Mitch hubiera llegado a esa conclusión en tan poco tiempo. ¿Qué había averiguado sobre su pasado? También podía ser que ella fuera más transparente de lo que quería mostrar. En cualquier caso, lo que había dicho sobre el amor no era un simple comentario, era una afirmación muy directa y también muy peligrosa para alguien como ella. No podía permitirse albergar esperanzas sobre lo de tener una relación con él, y no le quedaba más remedio que poner fin al asunto.

—No es de amor de lo que estamos hablando, y lo sabes —dijo ella, con fiereza.

—¿Y cómo lo sabremos si no dejamos que las cosas sigan su curso? —preguntó él.

Así es que lo que estaba haciendo era tantear el camino para un encuentro sexual que no tenía nada que ver con el amor. No era la primera vez que un hombre le sugería algo así, pero sí era la primera vez que la sugerencia la afectaba.

Estaba tan frustrada con ella misma como con él, y su rabia crecía por momentos.

—Déjate de cuentos y no trates de seducirme con bonitas

palabras —dijo ella.

—Vaya, así es que ya hemos avanzado algo. Antes eran comentarios escandalosos y ahora son bonitas palabras —dijo él, con una amplia sonrisa, y la miró con un gesto travieso muy excitante—. Y ahora ven y dame un beso.

Semejante demostración de arrogancia era la gota que colmaba el vaso. ¿Por qué era ella la única que se sentía torturada por algo que no podía tener? No se mostraría tan arrogante si tuviera tanto que perder como ella. Como todavía estaba esperando escuchar la promesa que le había hecho, se lo tendría bien merecido si ella incitara su deseo animal para mandarle después a casa, sin postre. Tal vez así sabría lo que ella estaba sintiendo.

Estaba demasiado enfadada para darse cuenta del peligro, y la provocación era demasiada para ver que estaba reaccionando de esa manera por la forma en que lo deseaba. Así es que hizo lo impensable.

Apenas si sentía el entumecimiento de sus piernas cuando se levantó para acercarse a él y lo besó. Mientras lo hacía, rodeándolo con sus brazos, decidida a que la deseara como nunca.

Aunque sabía que no todas las mujeres actuaban así con los hombres, tal vez haría que se lo pensara dos veces antes de volver a jugar con ella si sabía que no podía haber nada entre ellos.

Lorna utilizó todo lo que se le ocurrió para que aquel beso resultara muy erótico. Creyó haber vencido cuando el hombre la abrazó con fuerza, pero de pronto se encontró tumbada de espaldas bajo él, a merced del deseo más devastador que hubiera sentido nunca y estaba totalmente indefensa ante un experto como él. Al momento la mano de Mitch comenzó a desabrocharle la camisa con habilidad, para acariciarla con el mismo ardor con que la besaba. Era ella la que se estaba volviendo loca de placer, respondiendo e instigando según le dictaba su instinto femenino. Había perdido la cabeza y a su cuerpo le encantaba.

Cuando Mitch separó sus labios de los de ella, ésta temblaba de pies a cabeza, desnuda sobre la mesa y totalmente desvalida ante los sentimientos que se arremolinaban en su cabeza. Nunca en la vida había perdido el control de esa manera, y lo peor es que estaba ansiosa por recibir más.

Una lágrima de derrota rodó por su mejilla, pero en vez de

empujarlo, Mitch comenzó a besarla en el cuello, deslizándose por su cuerpo sin dejarla presentar la más mínima oposición.

—Tú ganas —susurró Lorna, rendida a la realidad, así es que pensó que tal vez a su orgullo le costaría algo más de tiempo admitir la derrota.

—No se trata de ganar o perder, Lorna —contestó él, con brusquedad alzando un poco la cabeza para mirarla a los ojos, con una intensidad que la penetró por completo.

Ella deslizó una mano y le acarició la tersa mejilla, demasiado hambrienta de él aún, y él se inclinó entonces y le dio el beso más tierno imaginable.

—Creo que será mejor que sigamos en casa —continuó él.

Esas palabras le hicieron sentir un poco de resentimiento, pero ¿qué podía pensar él después del beso que ella había comenzado? Por la forma en que había adoptado una posición dominante, le había dejado claro que el sexo no tenía misterios para él. De lo que también estaba segura era que no podría resistirse a él una vez en la casa, porque hacer el amor con él era lo que más deseaba en ese momento.

Mitch se incorporó y la ayudó a sentarse primero, pero en vez de dejarla que se vistiera sola, la ayudó a abrocharse la camisa, y ella disfrutó de la ternura del gesto.

Él dobló rápidamente el mantel y lo metió en la nevera, mientras Lorna buscaba su sombrero y se anudaba la camisa a la altura del ombligo. Evitó mirarlo hasta que escuchó un gruñido y al mirar en la dirección de donde provenía, vio a Mitch debajo de la mesa donde estaba su sombrero. Cuando lo sacó de allí, Lorna comprendió por qué gruñía y ahogó la risa. El sombrero se había arrugado. Debía haberlo aplastado cuando cruzó por encima de la mesa para besarlo, y se sintió mortificada y divertida a un tiempo.

Mitch se giró y se percató de la diversión en los ojos de Lorna, pero no dijo nada. Sonrió ligeramente mientras metía el puño debajo del sombrero y le daba un golpe seco para volverlo a su forma original, se lo puso y bajó el ala.

Lorna consiguió mantenerse seria dando la impresión de estar apenada.

—Lo siento. Debí pisarlo cuando me acerqué a… —comenzó pero no pudo terminar porque estalló en carcajadas y tuvo que

morderse el labio para no atragantarse.

Mitch lo vio y sus oscuros ojos llamearon de felicidad aunque continuó con su expresión de estoica resistencia mientras tomaba la nevera para llevarla al coche.

—Nunca juegues con el sombrero de un hombre —dijo él, con fingida severidad cuidadosamente calculada para hacerla estallar en risas de nuevo. —Y nunca, nunca lo pises cuando quieras subirte encima de él, aunque te propongas darle el beso más apasionado de su vida.

La exageración del último comentario alegró su corazón, pero Lorna consiguió mantenerse seria hasta que Mitch pasó por delante de ella.

—Venga, vamos —dijo él al pasar a su lado—, aplastasombreros —y Lorna ya no pudo contener más la risa, que era la prueba de que se sentía a gusto allí, la tensión de los últimos tres días se dulcificaba quitándole un gran peso de encima a su solitario corazón, a pesar de saber que aquello no podía tener un buen final.

Lorna acabó controlándose cuando subieron al coche de camino a la casa. Mitch la acercó a su cuerpo y ella se inclinó contra su hombro, absorbiendo el calor y el aroma del hombre para que quedara prendido en su corazón.

Quedaba poco tiempo para que tuviera que olvidarse de todo lo que le estaba ocurriendo, y volvería a su solitario apartamento donde tenía guardados todos los recuerdos agradables de su vida, incluidos aquellos lugares y personas que no volvería a ver. Algún día sus recuerdos de Mitch se harían borrosos, como había ocurrido con los demás. Pero en ese momento no le importaba cuántos días o semanas o años necesitara, tan sólo le importaba crear momentos que poder recordar después, durante lo mucho o poco que le quedara por vivir con él.

La ternura que Mitch sentía por Lorna no la había sentido por nadie antes. La había presionado hasta tal límite que se había sentido un verdadero bruto, pero había conseguido sacarla de su reserva. Después la había hecho enfadar tanto que había terminado por besarlo, y ambos habían perdido el control.

Lo había sentido en el momento que la pasión de ella desencadenó la suya, y respondió a las demandas de ella. Y le había faltado muy poco para hacerla suya allí mismo, junto al río. De

camino su cabeza estaba bastante más despejada y se dio cuenta de que eso habría sido devastador para el orgullo de Lorna. Una mujer como ella nunca aceptaría llegar a tal grado de intimidad sin una promesa de matrimonio, al menos no sin pagar un alto precio emocional por ello.

La tranquila sensación de derrota que había visto en sus ojos después le había llegado muy dentro. Aquella mujer no creía en el amor, y le daba mucho miedo intentarlo, aunque era obvio que ansiaba poder amar y ser amada igual con la misma necesidad imperiosa que tenía de respirar para vivir.

Estaba acurrucada junto a él como si al fin se hubiera decidido a confiar en él, pero él no creía que aquella sensación durara demasiado, y mientras Doris y Kendra se interpusieran entre ellos no habría oportunidad para ambos.

Tal vez Lorna tuviera razón después de todo. Tal vez debería haberla dejado en paz. Mitch se inclinaba ligeramente hacia ella para depositar un dulce beso en el sedoso cabello de Lorna a modo de disculpa silenciosa. Se lo había dejado suelto y todavía olía a champú. Se quedó en aquella posición un rato, saboreando la sensación, sin dejar de pensar en el riesgo de todo aquello.

Tres días no eran suficientes para estar seguro, pero ¿cuánto se necesitaba para saber si se quería dar uno la oportunidad de conseguir algo o alguien tan prometedor?

Cuando llegaron a la casa, Mitch sacó la nevera y se dirigieron, de la mano, hacia el patio trasero, por donde entraron al estudio silencioso y fresco por el aire acondicionado.

Lorna supo nada más entrar que algo había cambiado. La enorme casa tenía un aroma distinto que cuando llegaron a ella por la mañana, presentía algo que la ponía nerviosa. Lorna miró a Mitch inquieta mientras éste dejaba la nevera en el suelo.

—Pensé que habías dicho que Doris no regresaría hasta la noche.

—Bueno, ése era el plan —contestó él, incorporándose y frunciendo el ceño—. ¿Qué te hace pensar que está aquí?

De pronto escucharon el sonido de unos zapatos de tacón sobre el suelo de madera acercándose desde la entrada y a Lorna le entró el pánico. Su instinto le decía que tenía que huir de allí, pero Mitch la tomó del brazo con suavidad y la acercó a sí en un gesto

protector. Pasó después los brazos por detrás de su cintura y ella colocó sus manos en el pecho de él. Su voz profunda fue como un calmante.

—No hay ninguna razón para tener miedo —le dijo—. Sus planes deben haber cambiado, pero esta vez no será como hace cinco años en aquel restaurante —y la atrajo todavía más hacia su cuerpo—. Has accedido a todas sus peticiones, Lorna, así es que Doris sería una completa estúpida si tratara de ponerte en peligro.

Cada vez más nerviosa, Lorna alzó la vista asombrada al comprender lo que Mitch acababa de decirle. La estaba recordando que su comportamiento hasta el momento le servía, de alguna forma, de protección frente a Doris. Pero es que además, le dio la impresión de que Mitch estaba más de su parte que de la de Doris, aunque no podía ser. Debía estar equivocada. ¿Y cómo podía estar él tan seguro sobre la reacción que iba a tener Doris?

No había tiempo para detenerse a considerar la pregunta porque los firmes pasos se acercaban. Lorna miró hacía la entrada, paralizada, al ver cómo la gélida mirada azul de Doris se percataba de la forma en que Mitch la estaba abrazando. Doris no la miró a los ojos, apenas si se detuvo unas décimas de segundo en el rostro de Lorna. Simplemente ofreció una educada sonrisa que no se centraba en ninguno de ellos, pero los incluía a los dos. Su voz delataba un brusco e imperioso tono.

—¿Es que no vas a hacer las presentaciones, Mitch?

—¿Es que no vas a hacer las presentaciones?». Aquella hipocresía levantó la ira de Lorna pero consiguió no alzar la voz.

—Creo que todos sabemos quiénes son los actores aquí, señora Ellery. No necesitamos hacer un ensayo general —dijo Lorna.

Aquélla era la contestación más atrevida que le había dado a una figura paterna en toda su vida, y Lorna apretó los dientes para no decir nada más. Doris no era en realidad una madre para ella, así es que no debería sentirse culpable por la forma en que le había hablado. Lorna odiaba sentirse culpable, de todas formas.

Doris la miró entonces y se hizo más dura, pero perdió algo de aquella dureza al darse cuenta de la forma en que Mitch la sostenía por la cintura antes de volver a mirarlo.

—Me gustaría tener una conversación en privado con la señorita Farrell, Mitch.

Lorna se puso en guardia y la sangre se le heló.

—En el estudio, si no te parece mal —continuó Doris.

Lorna no miró a Mitch para ver su reacción. Parecía petrificada mirando la dura expresión de su madre y le pareció que pasaron siglos antes de escuchar la voz de Mitch.

—Supongo que eso es algo que tendrá que decidir Lorna —respondió él.

Lorna se dio cuenta de la sorpresa que aquella respuesta le causó a Doris y sintió que aquellas palabras eran otra muestra más de la protección que Mitch se empeñaba en ofrecerle. La conmovía que lo hiciera, y estaba claro que Doris no lo esperaba tampoco.

—Por supuesto —dijo ella, en un tono algo más conciliador y le dirigió una rápida mirada evitando el contacto directo con los ojos.

Lorna sintió que la presión que ejercía Doris y la amargura la invadían. Se separó del abrazo de Mitch antes de dirigirse a ella.

—Preferiría no hacerlo —contestó Lorna, tomando aire, algo temblorosa, mientras luchaba contra la necesidad de irritar a Doris y también de hacerla tambalearse en aquella actitud regia que tenía —. No soy una amenaza para usted, señora Ellery, ni para su hija, y ahora que ya he visitado el rancho de Mitch y usted ha sido testigo de ello, me gustaría volver a San Antonio sin más demora.

Doris abrió ligeramente la boca para oponerse a Lorna, pero entonces pareció cambiar de idea.

—Como quiera, pero me gustaría que me diera su palabra de que vendrá a la barbacoa del viernes. Es Cuatro de Julio y en el rancho ya es tradición celebrarlo con una gran fiesta. Kendra espera que Mitch aparezca con su nueva amiga.

Lorna no necesitaba que le recordaran el lugar que ella ocupaba. Fuera lo que fuera que hubiera ocurrido entre Mitch y ella, no dejaba de ser un personaje secundario en el teatro que la madrastra de Mitch había organizado. El hecho de que Mitch no le hubiera mencionado lo de la barbacoa la hizo pensar que, tal vez, éste pensara que las cosas habrían terminado antes de esa fecha. Quizá ya había decidido que no había que dejar que las cosas siguieran su curso.

—No estoy segura de que pueda venir —dijo Lorna, dejándose llevar repentinamente por el resquemor que le producía todo el resentimiento acumulado con el tiempo y que ya no se veía capaz

de seguir conteniendo—. Mañana informaré al señor Owen de que dejo el trabajo, me tomaré el resto de la semana libre y por tanto, Kendra no tendrá ningún contacto conmigo. Quien sabe, tal vez Mitch encuentre una nueva amiga en la barbacoa que cure su corazón herido —finalizó Lorna.

La satisfacción al ver cómo su madre palidecía ante la respuesta, fue mínima en realidad.

—¿Podemos hablar un momento en el estudio? —Doris lanzó una mirada afligida a Mitch.

Lorna quedó turbada al ver que la aflicción de Doris se debía a que ella se hubiera negado a seguir haciéndole el juego. Había temido la idea de volver a encontrarse cara a cara con su madre, y al ver que, llegado el momento, había conseguido sorprenderla, ya no había necesidad de reforzar su autocontrol.

Veía que Doris se quería llevar a Mitch a otra habitación para hablar con él en privado, tal vez para convencerlo de que la engatusara para meterla en el juego, y Lorna no pudo contenerse más. Necesitaba hacerle ver a Doris el dolor que le había causado.

—Todo esto suena a «Tienes que hacer que Lorna vuelva» —comenzó a decir Lorna hasta que captó la atención de Doris—. Nunca se preocupó por ello en el pasado, y cuando lo ha hecho no me ha gustado el resultado. No tengo ningún deseo de estar cerca de usted, así es que preferiría que hablara con Mitch después de que me lleve a San Antonio. Además, en este momento estoy demasiado asqueada y furiosa y si sigo cerca de usted mucho más tiempo, creo que todos corremos el riesgo de descubrir lo desagradable que puedo llegar a ser.

Lorna se debatía interiormente en una mezcla de rabia y dolor, y un remordimiento tan angustioso que le hacía sentir náuseas. Nunca se habría imaginado capaz de semejante maldad, y el descubrimiento la avergonzaba profundamente. El poco orgullo que le quedaba fue lo que evitó que le pidiera disculpas por su comportamiento y tratar de arreglar las cosas. Puede que Doris mereciera esa maldad, pero Lorna se avergonzaba de haberse rebajado a su nivel.

Por supuesto, Mitch había visto y escuchado todo. Lorna había sido consciente de su hercúlea presencia todo el tiempo y no se atrevía a mirarlo. ¿Era acaso su silencio de ultratumba el

responsable de que ella se sintiera tan horrorizada de pronto?

Estaba segura de que el impulso que había tenido de pedir disculpas había sido debido a su presencia. Desde luego no podía deberse a la compasión que sentía por Doris muy a su pesar ante su asombro y la forma en que parecía cambiar de opinión.

—Voy a lavarme y a buscar mis cosas —dijo Lorna, saliendo de la cocina en dirección a la entrada, donde se detuvo un momento a tomar su bolso antes de encerrarse en el cuarto de baño que había junto al estudio.

Las piernas le temblaban y tuvo que sujetarse a la encimera de mármol donde estaba el lavabo, apoyando la frente sobre el espejo mientras tomaba aire profundamente tratando de asimilar las terribles cosas que había dicho allí fuera.

—Dios mío, perdóname, perdóname —rogaba en un susurro, hundida en el terrible sentimiento de la culpa.

Hasta ese momento, ella era la que sufría el tratamiento injusto, a pesar de ser inocente, pero la pequeña venganza que se había permitido con Doris ensuciaba su alma, y se arrepentía de haberlo hecho.

Lloró llena de confusión, y finalmente abrió el grifo del agua fría. No podía derrumbarse allí, así es que se armó de valor y, lavándose la cara para bajar la congestión, se recompuso lo mejor que pudo.

—Mitch, si no puedes hacer que se quede hoy aquí, tienes que hacer que venga a la barbacoa —se apresuró a susurrarle Doris en cuanto Lorna se hubo ido.

—Le di mi palabra de que no se encontraría contigo hoy aquí. ¿Por qué has venido? —preguntó él.

—Obviamente le ha disgustado. —La forma en que Doris ignoró sus palabras, lo pusieron en guardia.

—¿Eso es lo único que te importa? —preguntó irritado.

La pregunta pareció aumentar la aflicción presente en los ojos de su madrastra al tiempo que la veía retorcerse las manos en un gesto de nerviosismo, impropio de ella. El hecho de que aquel gesto se lo hubiera visto hacer muchas veces a Lorna, le resultó familiar.

En el silencio ambos pudieron oír como el grifo dejaba de correr y a continuación abrían el cerrojo de la puerta. Pareció como si el sonido hubiera sacudido a Doris que volvió a presionar a Mitch.

—Por favor, Mitch. Encuentra la manera de que se quede hoy. Al menos hasta que Kendra llegue. Hay algo que…

—Y yo creo que ya ha tenido suficiente. Y yo también —la cortó Mitch.

La dureza del tono que empleó Mitch fue un nuevo impacto para ella. El hijastro al que había respetado y admirado, y al que había llegado a querer como a un amigo, nunca la había mirado antes de esa forma.

A pesar de ser su madrastra, él sólo era ocho años menor que ella, él siempre la había tratado como a la esposa de su padre, y por lo tanto, le había dispensado todo el respecto que debía, igual que si hubiera sido mucho mayor que él. Pero su mirada de roca era en ese momento tan intimidatorio como la de un superior enfrentándose con uno de sus subordinados al que está a punto de despedir por haber sobrepasado la línea.

Doris tenía miedo de ver en Mitch la misma mirada severa de su padre, su difunto marido, de haber averiguado la miseria y el egoísmo que escondía, alerta siempre ante la más mínima señal de ser descubierta. Y en ese momento, igual que le había ocurrido con el padre de Mitch, la aterraba pensar que pudiera perder, no sólo el respeto de éste, sino también su cariño y su lealtad.

Pero ahora que su mayor temor estaba a punto de pasar, y aun sabiendo que lo que venía era inevitable, seguía luchando por contener el desastre hasta que encontrara la manera de arreglar todo lo que pudiera. Siempre le había preocupado que fuera sólo una cuestión de tiempo que alguien con los medios y la motivación suficientes escarbara en su pasado, pero también siempre había esperado poder continuar llevando una vida fácil en paz.

Fue la propia Kendra la que lo inició todo, y Lorna se había encargado, sin proponérselo, la que había acelerado el proceso. El sentimiento de justicia que, en silencio, había ido erosionando el corazón de Doris durante años, reconocía entonces la honestidad de Lorna, pero su temor a perderlo todo lo que tenía, la hacía desear poder huir una vez más.

Lorna era la clave de todo, y en vista de que Doris había encontrado al fin el valor para acercarse a ella, parecía como si su última oportunidad de arreglar las cosas estuviera a punto de desvanecerse antes de que pudiera hacer nada para evitarlo. Lo

había manejado todo muy mal.

El tono severo de Mitch llamó su atención haciéndola caer en la cuenta de que se había entregado a sus miedos interiores y no había escuchado lo que éste le estaba diciendo.

—¿Perdona? —dijo, saliendo de su ensimismamiento.

—He dicho que qué es lo que has hecho —repitió Mitch.

«¿Qué has hecho?». «¿Qué has hecho?». Doris repasó interiormente la pregunta. Aquellas palabras ponían de relieve lo enormemente injusta que había sido. Mitch había dado en el clavo. Doris buscó las manos de Mitch y las apretó desesperadamente tratando de hablar.

—Yo… yo me equivoqué en el pasado, Mitch —se detuvo y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas empañando su hermoso rostro—. Oh, Dios mío, no… fue mucho más que eso… —Sacudió la cabeza con firmeza—. Uno se puede equivocar en el color de un vestido, o cuando escribes mal una palabra y la tienes que borrar. Lo que yo hice no fue una equivocación.

Mitch le tomó las manos heladas y sintió que se le encogía el corazón. Doris pareció retomar entonces el control y lo miró llena de angustia como no la había visto nunca.

—Cometí un terrible pecado, Mitch. Lo que le hice a Lorna Farrell hace dieciséis años fue horroroso. Pensé que era lo correcto, pensé que era la única forma de conservar a Kendra y escapar de la pesadilla, pero nunca debí hacerlo, Mitch, nunca —continuó Doris.

A Mitch se le heló la sangre en aquel momento. Dieciséis años atrás, Lorna debía tener unos ocho años, justo cuando sus padres adoptivos murieron.

—Estoy cansada de que alguien lo averigüe todo. Primero tu padre cuando estaba vivo, y ahora Kendra y tú, pero por fin he encontrado el valor para contároslo, Mitch. Merezco todo lo que me ocurra a partir de ahora —confesó Doris.

—Lorna lo sabe todo, ¿no es así? —La verdad fue como una revelación para Mitch.

Intentando reprimir las lágrimas, Doris luchaba por hablar.

—Sabe algo, pero no sabe por qué lo hice. Tal vez la reconforte saberlo, y tal vez yo esté ya cansada de vivir con la culpa y quiera que alguien me perdone, no lo sé. Pero lo que sí sé es que si Lorna se va nunca volverá a acercarse a mí. Ayúdame a convencerla para

que se quede, tengo que hablar con ella. Por favor, Mitch, es el último favor que te pido.

Doris estaba demasiado angustiada para darse cuenta de que había alguien fuera de la cocina. Kendra había llegado a casa y estaba de pie en el umbral de la puerta, las lágrimas corriéndole por las mejillas. John permanecía en silencio detrás de ella, con gesto de desaprobación. Cuando Kendra habló, Doris se sobresaltó y miró a su hija consternada.

—No te preocupes, mamá. Si Mitch no consigue que Lorna se quede, lo haré yo. Te escuchará, mamá. Sé que lo hará —dijo Kendra.

La magnitud de las palabras de Kendra impactó a Mitch que se dio cuenta, de pronto, de lo que estaba ocurriendo. Cuando Kendra lo miró, supo con certeza que su ingenua hermanita no lo era tanto.

La rabia que sintió entonces no le envidiaba nada a la que Lorna debía sentir. Y sí, estaba de acuerdo en que Lorna debía quedarse. Lo mejor sería sacarlo todo a la luz.

Mitch soltó las manos de Doris y salió hacia la entrada de la casa, sin ni siquiera mirar a su hermana al pasar junto a ella que ésta corrió a los brazos de su madre. Cuando llegó al cuarto de baño, vio la puerta abierta y la luz apagada. No había rastro de Lorna en el estudio pero no era el tipo de persona que se dedica a fisgonear en casa ajena, así es que salió al porche que rodeaba la casa. La encontró sentada con su sombrero y su bolso entre las manos, en el extremo más alejado. No se había dejado ver por Kendra y John cuando éstos llegaron, pero probablemente había oído llegar el coche de John.

Los potros la habían visto pero, como si supieran que no estaba de humor para jugar, se habían arremolinado a su alrededor en silencio, contentos de tenerla allí con los brazos abiertos y sus manos acariciándolos con ternura. Lorna alzó la vista hacia él, y luego la desvió.

—Me comporté muy mal ahí dentro. Lo siento —se disculpó.

—Doris me ha confesado algunas cosas interesantes cuando saliste. Tanto ella como Kendra tienen que confesarte algo si estás dispuesta a escucharlas —le dijo él sin más vacilación.

Había sido directo, para evitarle todo suspense, y esperando que ella se negara y que le pidiera llevarla a San Antonio. Él lo haría sin

preguntar si eso era lo que quería porque, a esas alturas, pensaba que estaba en todo su derecho a exigir sin ser cuestionada.

Pero ella asintió con la cabeza y miró a los potros.

—Después de pensarlo mucho, me he dado cuenta de que algo estaba pasando. Lo que ocurre es que no estoy segura de querer saber qué. Además dudo mucho que tenga alguna importancia ahora —respondió ella.

Mitch apartó a uno de los potros y se sentó a su lado.

—Debe ser muy importante. Doris dice que tú ya lo sabes todo, pero que no sabes el porqué. Parece que le ha estado dando muchas vueltas. Si querías respuestas, éste es el momento —dijo él.

—No soportaré que intente ganarse mi compasión, y no quiero oír un montón de excusas interminables. He descubierto que no soy todo lo tolerante y generosa que creía.

—Y no tienes por qué serlo —respondió él.

Lorna lo miró un instante pero lo suficiente para ver que lo que decía era cierto, y entonces volvió su atención a los animales, luchando por decidir si quería saber la verdad o no. Corría el riesgo de que el grado emocional fuera demasiado elevado y no lo pudiera soportar. Hacía mucho que había decidido no darle a Doris ninguna oportunidad.

Cuando Lorna y Mitch se unieron a Kendra y a Doris en la sala, John ya se marchaba. Lorna conocía lo suficiente a su jefe como para saber que estaba enfadado, furioso más bien. Kendra parecía realmente angustiada, pero ni ella ni John hicieron referencia alguna a la tensión entre ambos cuando él anunció que se marchaba a San Antonio. Cuando éste se ofreció a llevarla a ella hasta allí, todavía hizo a Lorna sentirse más incómoda con lo que estaba ocurriendo.

—No es necesario. Yo puedo acercarla en la avioneta cuando quiera marcharse —atajó Mitch rápidamente.

John se despidió educadamente, pero se mostró reservado con Kendra hasta el punto de parecer maleducado. Una vez se hubo marchado, los demás tomaron asiento.

Lorna no soltó su sombrero ni su bolso. Había algo en todo aquello que la hacía sentir que tenía que estar preparada para salir corriendo de allí, y algo inquietante que la llevaba a querer tener sus pertenencias cerca. Había accedido a escuchar la confesión, pero

los rostros de angustia que mostraban Kendra y Doris la incomodaban. Ambas parecían haber estado llorando, y Lorna trató de no hacer caso.

Declinó también el ofrecimiento de un té helado, ansiosa por acabar cuanto antes con aquello. Mitch se sentó a su lado en el sofá, mientras Doris y Kendra se sentaron en sendas sillas frente a ella, la mesita de café en medio.

Doris se aclaró la garganta y miró a Lorna. Esa vez la miró a los ojos, y Lorna se sintió conmovida, a su pesar, por la vergüenza que leía en aquellos ojos. A continuación, y de forma asombrosamente directa, Doris la puso en antecedentes de numerosos detalles sobre su adolescencia, y cuando se refirió a sus actos ya como adulta, no escatimó en detalles sobre los motivos que tuvo para reaccionar así.

Doris había nacido en una familia pobre, con una madre alcohólica y un padre violento que les pegaba. Ansiosa por conseguir un poco de cariño y ternura, fue muy ingenua y quedó embarazada tras un breve encuentro con un chico de su barrio. Estaba de seis meses cuando su madre lo sospechó y la llevó rápidamente al médico para confirmarlo.

La vida para la joven Doris se hizo todavía más dura, hasta que un día, después de una brutal paliza de su padre, acabó en el hospital. Robert y Erma Farrell se enteraron de lo que le había ocurrido, y a cambio de que los dejara adoptar a Lorna, le pagaron todos los gastos hospitalarios, incluido el alquiler de un pequeño apartamento y una generosa asignación hasta que Doris acabara los estudios.

Aterrorizada y sola en el mundo, Doris se casó a los dieciocho años con el primero que se lo pidió, pero los malos tratos de los que había huido en la casa familiar, volvieron si cabe más violentos por parte de su marido. Después de seis años, trató de conseguir el divorcio para escapar de ese infierno y poder dar mejor vida a la pequeña Kendra.

Cuando los padres adoptivos de Lorna murieron, Doris se encontraba inmersa en una dura batalla legal para conseguir la custodia de su hija pequeña, y le daba miedo que su ex marido supiera de la existencia de Lorna y la usara contra ella para que no consiguiera la custodia de Kendra. Después de ganar la custodia de ésta, seguía siendo pobre, pero al menos estaba segura de que la

familia que había adoptado a la pequeña Lorna era una familia honrada que la trataría bien.

Había trabajado mucho para conseguir una vida fácil, para ella y para Kendra, y entonces conoció a Ben Ellery y se enamoraron. Ben había sido siempre un hombre de principios para quien el honor y la familia lo eran todo. A ella le asustaba que pudiera perder el amor de su vida si se enteraba de lo que había hecho siendo una adolescente. Estaba segura de que no la perdonaría, primero por haber abandonado a una hija aunque fuera para salvar a otra, y después por no buscar a su hija huérfana cuando su vida mejoró considerablemente, sobretodo por no pedirle ayuda una vez se casaron.

A un hombre con sus medios y su influencia no le habría costado nada, pero Doris tuvo miedo de poner en peligro su bonita vida si lo hacía, y cuanto más tiempo pasaba, más difícil se hacía pedírselo. Así es que había guardado silencio hasta aquel día cinco años atrás en aquel restaurante cuando, delante de Ben y de Mitch, un amigo de Lorna la presentó como la hija que Doris abandonara dieciséis años atrás. Muerta de miedo, Doris lo negó y, aunque al principio Ben pareció dudar de ella, finalmente decidió aceptar su palabra.

Aquello había sido un indulto más para Doris hasta que el viernes anterior Mitch descubrió la amistad de Kendra con Lorna. Doris se sintió frustrada en un principio cuando Lorna se negó a aceptar el dinero que le ofrecía. Lo único que quería era tratar de facilitar alguna ayuda económica en compensación por lo que había hecho en el pasado. Después se quedó paralizada cuando Kendra sugirió que Mitch invitara a salir a Lorna. Pero fue después de convencer a Mitch de que lo hiciera, cuando empezó a darse cuenta del tipo de persona que era Lorna. Si ésta no quería dinero, ¿qué podía querer?

Fue cuando se enteró de lo que realmente se traía Kendra entre manos al tratar de acercar a Lorna a la familia, y supo que realmente deseaba enmendar las cosas. Por eso había llegado pronto ese día: quería hacerlo rápidamente, pero no había comenzado con buen pie y tenía que admitir que debía haber empeorado las cosas, si eso era posible.

Lorna no hizo ningún comentario y precisamente para ahorrarle tener que hacerlo, Kendra comenzó su confesión en ese momento.

Todo comenzó cinco años atrás en aquel restaurante. Kendra había estado comiendo con su familia y se había levantado un momento para saludar a un amigo, pero de vuelta a su mesa, escuchó sin querer una conversación de otros comensales. Tenía la sensación de que el enfado de su madre había sido demasiado grande ante la acusación de haber abandonado a una hija, como para ser mentira. Durante muchos años después, Kendra estuvo dándole vueltas al asunto hasta el punto de usar su propio dinero para averiguar más sobre el tema, una vez fallecido Ben.

Cuando se convenció de que Lorna era con total seguridad su hermana, Kendra lo arregló para que le presentaran a John Owen en una fiesta con la esperanza de que saliendo con él pudiera conocer a su hermana y estar más cerca de ella. El final feliz de aquello fue que se enamoró de John.

Impaciente ante la idea de tener que esperar un encuentro casual entre Lorna y Mitch que ella utilizaría convenientemente, Kendra lo arregló para que Mitch fuera a buscarla a la oficina de John donde conocería a Lorna. Si ésta aparecía en la vida de Doris a través de Mitch, Kendra estaba segura de que su madre no podría aguantar mucho sin confesarlo todo.

Al fin y al cabo, Doris había sido una madre maravillosa para ella y Kendra no había podido aceptar que esa madre hubiera podido rechazar a otra hija. Cuanto más averiguaba sobre la infancia de Lorna, más culpable se sentía Kendra de haber sido la hija afortunada, la que había llevado una vida fácil.

Cuando las confesiones llegaron a su fin, Lorna estaba demasiado agotada para reaccionar. Las circunstancias que habían hecho que ella llevara una vida llena de dolor y abandono le habían sido, al fin, expuestas, pero tanto Doris como Kendra habían utilizado lo que ese dolor y abandono habían causado en ella para manipularla.

Nadie dijo ni una palabra y Lorna continuó sentada tratando de asimilarlo. Miró a Mitch y vio su expresión de roca. Era evidente que desaprobaba el modo en que Doris y Kendra habían actuado, a juzgar por la sombría expresión de sus ojos. Lorna, sin embargo, deseaba que sus sentimientos fueran tan claros.

Tras unos minutos, su dulce voz se alzó por fin.

—No puedo decir nada al respecto en este momento —fue lo

único que acertó a decir.

El viejo resentimiento se había repartido de manera homogénea pero uno nuevo parecía surgir al comprender que había sido manipulada por Kendra, a quien había considerado todo el tiempo una niña inocente que necesitaba ser protegida.

Y Doris había hecho lo suyo también. En resumen, ambas la habían llevado a donde querían, jugando con sus puntos flacos, sus necesidades más elementales. El hecho de que ambas tuvieran razones que podían satisfacer los deseos de Lorna de tener una familia, no parecían dignas de mérito alguno, y no se sentía capaz de confiar en esas personas que en ese momento se quitaban la carga con la confesión.

—Me gustaría volver a casa. No quiero decidir ahora lo que siento. Si tuviera que hacer una juicio rápido, no creo que os gustara mucho escuchar lo que os diría —dijo Lorna, con voz queda, dirigiéndose a Doris y a Kendra—. Accedí a formar parte de esta farsa, así es que supongo que ya no tengo derecho a creerme superior moralmente.

Dijo esto último sin mirar a nadie. Cuando terminó se puso en pie, y salió de la habitación. Mitch la siguió y se dirigieron juntos hacia la avioneta.

Parecía que Lorna había encontrado a su familia, a la que había deseado conocer, pero había perdido a Mítch y no sabía por qué.

La había llevado de vuelta a San Antonio en la avioneta y una vez allí habían comido en un restaurante. Él había aceptado el silencio de Lorna, pero se había mostrado decidido a que comiera algo al menos.

A Lorna le gustó que se preocupara por ella y fuera tan paciente. Mitch tenía la capacidad de hacerla sentirse protegida, y la conmovió profundamente que sus caricias fueran tan sinceras. Le daba la impresión de que Mitch era el tipo de hombre que mimaría a la mujer amada y aquello la hacía quererlo más.

Después la había llevado a su apartamento, y la convenció para jugar un poco a las cartas. Había conseguido subirle el ánimo y hacerle reír, pero cuando se le hizo la hora de marcharse, cruzó el pasillo y llamó a Melanie para que cuidara de ella.

Melanie no le quitó la vista de encima mientras Lorna hacía las presentaciones, el tirano y su mejor amiga, y después Melanie les

había dado unos minutos de intimidad para que se despidieran. El dulce beso que Mitch le había dado a Lorna fue tan largo y tan increíble que a punto estuvo esta de pedirle que se quedara a pasar la noche. Afortunadamente pudo controlarse. Después de todo, ambos tenían un montón de cosas en las que pensar. Habría sido una tontería complicar más la situación por un poco de sexo. Mirándolo bien, sólo hacía tres días que se conocían, aunque cada hora que habían pasado juntos le había parecido años, y se alegró de haber recuperado el sentido común.

Una vez volviese todo a la normalidad, tal vez en unos cuantos días o semanas, se atrevería a mirar esos últimos días como un romance pasajero, avivado por la intensidad de los demás acontecimientos. Ella no creía en el amor a primera vista. Su cabeza lo sabía, aunque su corazón no estaba tan seguro.

Pero deseaba no haberle dejado ir esa noche.

A lo largo de la semana la había llamado todos los días para ver cómo estaba, pero no se había acercado a San Antonio para verla, y aunque la había advertido que probablemente no la vería hasta el viernes en la barbacoa, comenzó a preocuparse por la razón de que no le hiciera ni una visita.

¿Era ésa la forma que tenía de distanciarse de ella? O simplemente era que le estaba dando tiempo para conocer a Doris y a Kendra. A Lorna se le había pasado casi por completo su enfado con ellas, y le había parecido que lo lógico era perdonarlas y comenzar de nuevo, pero ese nuevo comienzo parecía subrayar la ausencia de Mitch.

Después de todo, su situación con la familia postiza de él había cambiado. Ya que Kendra y Doris la aceptaban como parte de esa familia, una relación sentimental con él tendría más consecuencias, a menos que la atracción de Mitch hacia ella hubiera sido puramente sexual. Dado que ese tipo de relaciones sería bastante extraña con la nueva situación, era posible que Mitch estuviera reconsiderando el tipo de relación que quería tener con ella, si es que quería alguna a parte de su nueva «hermanastra».

Doris y Kendra fueron a San Antonio y pasaron el martes juntas. Resultaba difícil acostumbrarse a estar con ellas, pero Lorna había empezado a sentirse a gusto después de pasar todo el día juntas. Y como Doris había decidido mudarse a San Antonio, había invitado a

Lorna a ir a buscar casa al día siguiente.

Lo triste del asunto fue que Kendra también estaba pensando mudarse a San Antonio con Doris porque John y ella habían pospuesto sus planes de boda. John se había enfadado mucho al enterarse de las maquinaciones de Kendra y había pensado que, tal vez, necesitaran un poco de tiempo separados para pensar. Kendra trataba de ser optimista, pero había aceptado que lo que había hecho había estado mal y que John estaba en todo su derecho de poner fin a las cosas entre ellos, por el momento.

En vista de lo cual, parecía que Doris y Kendra pronto dejarían de ser parte de la vida diaria de Mitch en el Rancho Ellery, y como el rancho estaba bastante lejos de San Antonio, tal vez las oportunidades de Lorna de ver a Mitch se reducirían considerablemente.

La ironía después de ser por fin aceptada por su familia era que ésta tenía que pasar ahora por un cambio traumático. Tal vez hubiera sido más fácil enfrentarse a que ella fuera el único cambio en sus vidas, pero parecía que se daban un montón de circunstancias en cadena y lo único que Lorna podía hacer era esperar que todo se tranquilizase pronto. Y saber qué iba a pasar entre ella y Mitch.

El día de la barbacoa por la tarde, Lorna y Melanie salieron hacia el Rancho Ellery. Melanie había sido invitada también, y ambas se llevaban una bolsa de viaje por si se quedaban a pasar la noche en caso de estar demasiado cansadas para volver a San Antonio después de los fuegos.

Parecía que no llegaban nunca, y cuando por fin llegaron, la entrada a la casa se estaba empezando a llenar de coches y todoterrenos. Una vez se hubieron cambiado de ropa y se pusieron unos vestidos veraniegos, Kendra llevó a Melanie a que viera los alrededores, pero Doris inmediatamente se puso a presentar a Lorna a sus amistades. No decía nada de «ésta es mi hija», pero Lorna se dio cuenta de que algunos ya habían oído la historia.

Estaba deseando volver a ver a Mitch, pero el hecho de que no hubiera salido a recibirlas cuando llegaron la había decepcionado. Probablemente fuera otra prueba de estaba guardando las distancias con ella por algún motivo.

—John está aquí, y hemos arreglado las cosas —le dijo Kendra

sonriendo—. Llevo un montón de tiempo esperando poder pedírtelo, y ya no lo aguanto más. Me gustaría que fueras mi madrina de boda, ¿me harías el honor, Lorna?

—Me encantaría. ¿Lo sabe tu madre?

—Nuestra madre, Lorna. Tienes que acostumbrarte a decirlo. Y sí, fue lo primero que mamá me sugirió nada más explicártelo todo, pero hacía tiempo que yo lo había decidido —comentó nerviosa—. Sabía que lo conseguiría de alguna manera y por eso tenía tanta prisa en que Mitch y tú os conocierais. Sólo quedan cuatro meses para la boda, y John ya tenía padrino y yo sólo tenía a mis tres damas de honor, pero no a la madrina de boda. —Kendra le apretaba las manos a Lorna mientras hablaba—. Pero ya he dejado de maquinar para conseguir mis objetivos. —Kendra abrió muchos los ojos y se quedó mirando a alguien detrás de Lorna y su sonrisa se hizo mayor—, ¿verdad, Mitch? —Las grandes manos de Mitch se posaron cálidamente en la cintura de Lorna y ésta se sintió excitada. Notó el calor de Mitch cuando se inclinó para besarla en la mejilla al tiempo que la giraba para que lo mirara.

—Veo que John es un hombre inteligente al hacértelo prometer antes de continuar con la boda. Habrá que controlarte.

—Estoy creciendo, Mitch, y sé controlarme yo solita.

—Puedes hacerlo, hermanita. El plan de la cita te salió bien esta vez, pero porque te haya salido bien una vez, no significa que vaya a ser así siempre.

Lorna se sintió esperanzada al oír las palabras de Mitch, pero se lo guardó para sí. Melanie estaba ocupada charlando con otro invitado y Mitch tomó el rostro de Lorna en sus manos para hacer que lo mirara.

—Llegasteis antes de lo que esperaba. Siento no haber estado aquí para daros la bienvenida.

—No importa. Debes haber estado muy ocupado —se detuvo para echar un vistazo a las mesas dispuestas a lo largo del patio, llenas de comida, y la banda de música *country* situada en el porche. Había niños jugando en la piscina, y cada vez llegaba más gente que ocupaba sus asientos, atraídos por el delicioso olor de la carne a la parrilla.

—Es una gran fiesta —continuó—. No esperaba que hubiera tanta gente.

—Parece que hay más asistentes este año —admitió Mitch, pero había una doble intención en sus palabras que Lorna percibió y la hicieron aumentar sus esperanzas.

Sólo hacía una semana de su encuentro en la oficina, y hacía días que no se habían visto. Y aunque hubieran pasado toda la semana juntos, no era posible que sintieran algo tan parecido al amor, demasiado pronto para contemplar la posibilidad de mantener una relación duradera. Lorna no quiso pensar en la palabra «matrimonio».

Mitch le presentó a algunas personas, su mano siempre en la cintura de ella, manteniéndola cerca de él. Eran las seis cuando la comida estuvo lista y comenzaron a servirse los platos. La carne estaba tierna y las ensaladas, deliciosas. Hubo también montones de galletas y pasteles de postre.

Cuando terminaron de comer, la gente se trasladó al porche para comer los postres allí. Había otra mesa más llena de bebidas. Lorna miró a su alrededor y vio cómo algunos niños y jóvenes jugaban en la piscina y fuera de ella, en un partido de voleibol.

La banda comenzó a tocar. Habían retirado las mesas y las sillas para bailar. El sol iba descendiendo, y el aire se fue templando. Los árboles habían sido decorados con bombillas blancas que se iluminaron al caer la tarde, y la banda comenzó a tocar una balada.

Mitch y Lorna bailaron juntos la primera canción y el calor del cuerpo de Mitch la dominó al instante. Sus ojos oscuros brillaban al mirarla, y ella pudo leer el significado claro de aquella mirada. Hasta ese momento, Mitch se había portado como el anfitrión modelo que tenía tiempo para todos sus invitados y se aseguraba siempre de que no le faltaba nada a ninguno, pero el mensaje de sus ojos en aquel momento, estaba dirigido solo a ella, un aviso lleno de sensualidad que le aceleraba el pulso.

—¿Cómo va todo con tu madre y tu hermana? —se interesó Mitch.

Como la conversación no se había dirigido al terreno sentimental, intentó calmar un poco el pulso, aunque probablemente no debía haberlo hecho, porque esperaba que hablaran de otras cosas. Alguna de sus bromas peculiares, algo tentador y claramente sexual. Él parecía disfrutar con ello tanto como ella. La verdad es que esperaba con ansiedad algunos de esos

«comentarios escandalosos» que compartían, pero él no hizo ninguno.

—Bastante bien. Cuesta trabajo acostumbrarse, pero es estupendo —respondió ella.

—Doris está como un chico con zapatos nuevos. No hace más que hablar de ti, de tu precioso apartamento, de lo independiente que eres y el buen gusto que tienes, de lo sensata y lo hermosa que eres. Kendra cree que eres lo mejor que le ha pasado después de la invención de la barra de labios. ¿Has aceptado ser su madrina? —preguntó Mitch.

—Veo que estás familiarizado con lo que se refiere a las bodas —observó ella.

—Un poco. ¿Te importa si pasamos dentro? Tengo un par de cosas que contarte ahora que todo está en orden —dijo él.

Lorna se puso nerviosa, pero tuvo cuidado de ocultarlo. El tipo de confesión que más le gustaría escuchar no era más que una fantasía, de momento, pero aun así tuvo la sensación de que Mitch había decidido algo, y eso la ponía todavía más nerviosa.

Lorna entró en la cocina y atravesaron el salón para ir al estudio. Mitch cerró la puerta, pero no se molestó en correr las cortinas. Como la banda estaba justo al otro lado de los cristales de las puertas acristaladas, en el porche, al menos nadie escucharía su conversación.

Mitch le pidió que se sentara en una de los cómodos sillones y él se sentó en su escritorio. Lorna notó que sacó una pequeña llave y abrió un cajón de donde extrajo un montón de papeles. Lorna reposaba sus brazos en los del sillón y tenía los dedos entrelazados.
—Iré directo al asunto— dijo Mitch. —Ya sabes que contraté a un investigador, pero eso fue hace una semana. Casi todo lo averiguó el domingo pasado. Intenté detener el proceso, pero entonces fue cuando me hablaste de lo del rancho de tu padre.

Lorna se puso tensa de repente, pero Mitch continuó.

—Hay suficientes datos en este informe para saber que el hermano de tu padre no tenía buenas intenciones. Si lo ordenas, haré que siga investigando. Si encuentra lo suficiente para llevarle a los tribunales, lo podría hacer.

La sorpresa la dejó desorientada. Ya sabía que Mitch se volvía muy agresivo defendiendo a su gente, y eso era precisamente una

de las cosas que más le gustaban de él. El hecho de que fuera ella a quien intentaba proteger en ese momento la emocionó.

—No tengo los medios para llevarlo a cabo, y aunque los tuviera, no estoy segura de querer hacerlo. Comparado con todo lo que perdí, lo del rancho fue lo de menos… —contestó ella.

—¿No quieres vengarte? —preguntó Mitch.

Lorna soltó un suspiro y desvió la mirada para pensarlo antes de hacer un gesto negativo con la cabeza y volver a mirarlo.

—Si tomara venganza de todo lo que no me ha gustado en mi vida, ¿cuál sería el resultado? Mi vida ahora giraría en torno al pasado y lo único que me importa es vivir feliz el presente, olvidar lo demás. —Lorna no vio el brillo de satisfacción en los ojos de Mitch ante su respuesta—. Eso no quiere decir que ahora, como adulta, me deje atropellar por circunstancias adversas.

—Claro que no, dudo mucho que lo hicieras —contestó él, riendo ante la idea—. Puedes quedarte con el informe o destruirlo. Ahora es tuyo —dijo él, entregándoselo.

—No quiero leerlo esta noche —contestó ella—. ¿Te importaría guardarlo en el cajón hasta que me vaya a casa? No creo que sea lo mejor dejarlo a la vista.

—Puedes hacer lo que quieras con él —dijo él, guardándolo. Después apoyó los codos en la mesa y se quedó mirándola, serio—. Pero todavía no me has dicho si olvidarás que estuve hurgando en tu pasado. Me entrometí en tu vida personal, señorita Farrell —le confesó seriamente, sintiendo cada palabra—. A partir de ahora, si quiero saber algo, te lo preguntaré. Incluso entonces, tú decidirás si quieres contármelo o no.

A Lorna le gustó aquello y le sonrió.

—Entiendo por qué lo hiciste, las circunstancias. Y estoy deseando olvidar por esta vez, y perdonarte —contestó ella.

Mitch cambió de tema repentinamente y ella lo miró confundida.

—Veo que te has acordado —sonrió ante la expresión confundida de ella. Sus ojos oscuros descendieron fijándose en el vestido de verano azul que llevaba, con un escote en forma de uve que terminaba donde la elegancia dictaba, aunque ella supuso que era suficientemente escotado para que un hombre lo encontrara *sexy*. La parte de arriba se ajustaba a su cuerpo, sujeto por unos

finísimos tirantes, y a partir de la cintura la falda se abría en vuelo, quedando muy por encima de sus rodillas. Llevaba puestas unas sandalias blancas con un pequeño tacón que ensalzaba la curva femenina de las piernas.

—Veo que has recordado que me gustan ese tipo de vestidos. Cortos, que dejan ver las piernas. Totalmente *sexy*. Y no soy el único chico que se ha fijado. Así es que, gracias Lorna Dean, por tener en cuenta mis gustos a la hora de vestirte.

Lorna no pudo evitar sonreír, pero no sabía si mostrarse divertida o cohibida, pero Mitch no le dio tiempo a decidirlo.

—¿Cuántos niños dijiste que querías tener? —continuó él.

Lorna dio un brinco ante el comentario, y el pulso se le aceleró tanto que creía que le iba a dar un infarto allí mismo, pero a la vez se sintió llena de felicidad, pletórica. Mitch no había terminado y continuó.

—Ya te dije que no podría casarme con una mujer antes de ponernos de acuerdo en el número de hijos que queremos tener.

Lorna miró hacia la ventana, como si acabara de recordar que debía controlar sus emociones. Había demasiada gente que podría estar mirando.

—¿Cuántos, Lorna Dean? —repitió Mitch.

—Digamos… seis —contestó ella, mirándolo tímidamente—. Y tal vez podríamos adoptar un par más.

Mítch se cruzó de brazos y puso una cara de estar considerándolo seriamente.

—Creo que seis es un buen número, y los niños son niños, no importa de dónde vengan. Podemos quererlos a todos por igual, pero ¿no será una carga demasiado pesada para que la carrera profesional de alguien lo soporte? —preguntó Mitch.

Lorna supo al instante que él ya sabía la respuesta de ella.

—Lo que más he deseado toda mi vida, es formar una familia, al estilo tradicional. Me quedaré en casa, pero mi marido tendrá que considerar a sus hijos una de sus prioridades.

—Tu marido probablemente tendrá que dedicar al menos unas cuantas horas al día a trabajar para daros a ti a los niños un techo bajo el que vivir —contestó él—. Pero sé que no sólo considerará a sus hijos una de sus prioridades, sino que te considerará a ti una prioridad también. La más importante.

—No sabía que pudieras predecir el futuro —contestó ella, sin aliento por la emoción—. ¿Desde cuándo… lo haces?

—Desde hace una semana, más o menos. Cada vez que miro tus preciosos ojos, puedo verlo, y te diré algo: estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que te cases conmigo.

No hizo ni un solo movimiento hacia ella, y Lorna miró de nuevo hacia la puerta acristalada. El sol ya había descendido, y los invitados los estaban mirando a través de los grandes ventanales.

Se volvió a mirarlo y quedó impresionada ante la mirada tan tierna de Mitch.

—¡Pero sólo hace ocho días que nos conocemos! —se recordó en voz alta.

Mitch sonrió y se dirigió hacia la puerta corredera. Ella estaba tan emocionada que su corazón parecía que iba a salírsele del pecho mientras miraba expectante como Mitch corría las cortinas. Lorna sintió que los ojos se le abrían como platos cuando él se aproximó a ella y se inclinaba para poner sus fuertes brazos alrededor del sillón donde estaba sentada ella. El cuerpo de Lorna temblaba teniéndolo tan cerca, sintiendo su aliento cálido en el rostro.

—Siempre he sabido lo que quería —comenzó a decirle Mitch—. Sabía lo que buscaba, pero nunca lo había encontrado hasta que te conocí.

El tierno beso que le dio a continuación la hizo elevar sus manos y acariciar con ellas el suave rostro de él. Mitch se separó un poco de la silla para meter la mano en el bolsillo de la chaqueta y ofrecerle una pequeña cajita. Sacó el contenido: un hermoso anillo de oro y diamantes. Un círculo de rubíes rodeaba el diamante, y mientras Lorna lo miraba, sin palabras, se puso de rodillas frente a ella y tomó su mano con delicadeza.

—Si no te gusta este anillo, puedes elegir cualquier otro que te guste más.

—Es maravilloso. Perfecto —contestó ella, con un susurro.

Mitch sonrió al ver la expresión aturdida de Lorna.

—Pero no podré ponértelo hasta que me des una respuesta, Lorna. Por favor, mi preciosa Lorna Dean, te quiero. Ven a vivir conmigo y hagamos realidad la vida de ensueño que imagino cada vez que te miro.

—Te quiero —apenas podía hablar de la emoción—. Te quiero

tanto. Mi respuesta es sí —y al decirlo, una lágrima de felicidad rodó por su mejilla.

Mitch le puso el anillo, y se acercó a ella, para depositar un suave beso en sus labios, que continuó durante un rato, cada vez más apasionadamente.

Apenas si se dieron cuenta del aplauso y las felicitaciones que llegaban desde el otro lado, en el porche, que pronto quedaron ahogados cuando la banda empezó a tocar la marcha nupcial. Y poco después, Mitch hizo el anuncio formal de su compromiso, y los fuegos artificiales iluminaron el cielo de verano, en señal de su felicidad.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/